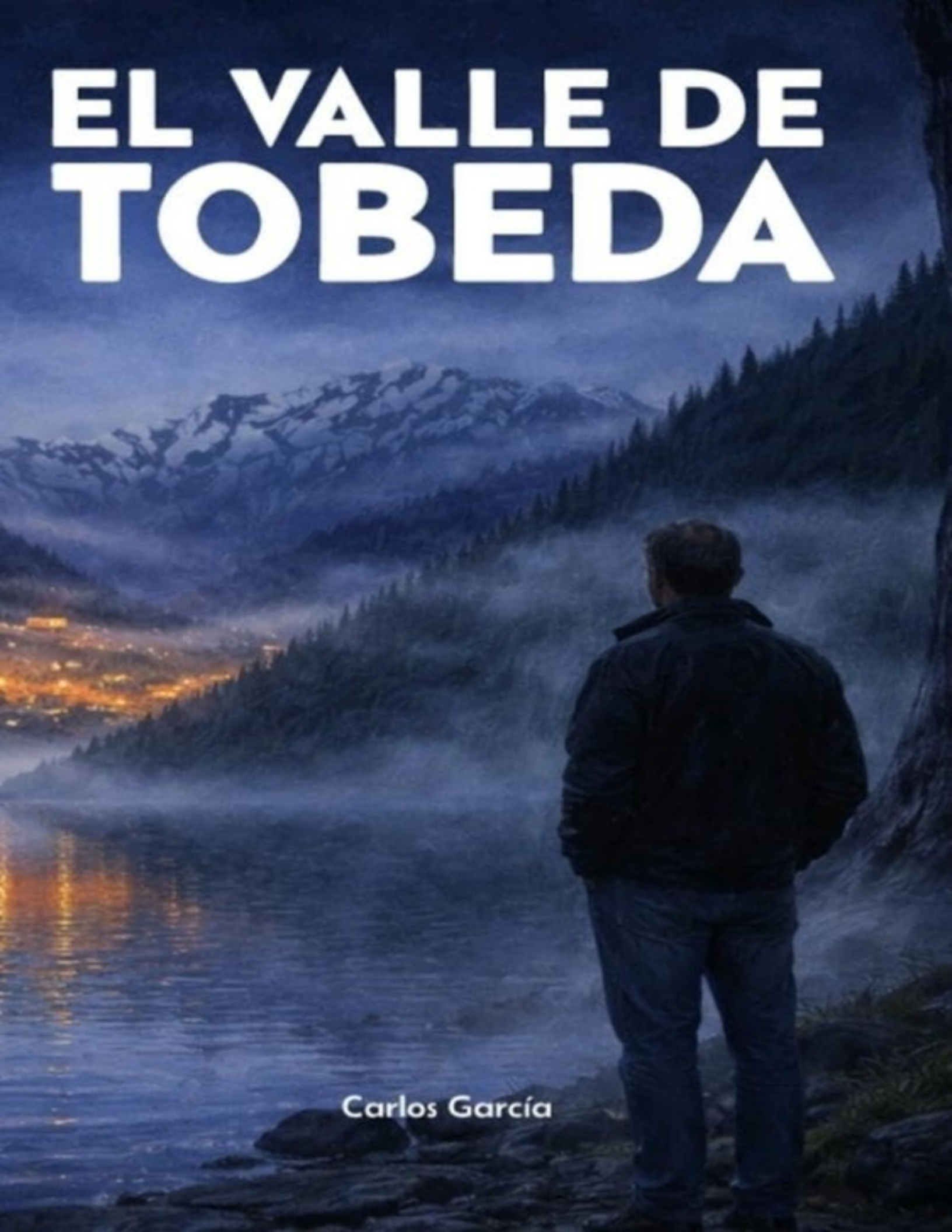
EL VALLE DE TOBEDA



Carlos García

EL VALLE

DE TOBEDA

Carlos García

El Valle de Tobeda

Primera edición: 2026
© 2026 Carlos García
ISBN: 9798251923728
Independently Published
Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Los personajes, lugares y situaciones descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio sin la autorización expresa del autor.
Para quienes confiaron en mí.

Para Sara, mi impulso.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y antes de empezar, me gustaría dar las gracias, de todo corazón, a todas las personas que vayáis a dedicar vuestro tiempo a la lectura de El valle de Tobeda.

Mi nombre es Carlos y, después de varios años con dudas, miedos e inseguridades, he decidido lanzarme a esta aventura: la de mi primera novela.

Tengo que decir que la experiencia ha sido muy positiva y reconfortante a nivel personal. Llevaba años con varias ideas en la cabeza para ponerme a escribir y, sinceramente, al principio ninguna de ellas era El valle de Tobeda. Empecé dos historias diferentes y, un día, paseando a mi perro, mientras maquinaba un posible giro en la trama de uno de esos personajes, nació la trama principal de la que ha sido mi primera novela. Fue como un flechazo. Supe que debía dejar esas historias aparcadas y ponerme con esta nueva idea.

Ni que decir tiene que todos los hechos, personajes y localizaciones son total y absoluta ficción que ha nacido de mi imaginación.

Esto ha sido un auténtico reto personal, por lo que para mí significa la lectura. Un buen libro te transporta a un sinfín de mundos, nos hace vivir historias que jamás habríamos soñado, nos hace sentir todo tipo de emociones, y en esto estaba el reto: en conseguir que el lector sienta y disfrute del libro. Por eso, y de verdad que no quiero repetirme, os doy mil gracias por darle una oportunidad a la novela de un escritor novato que ha querido plasmar sus ideas sobre un teclado durante un sinfín de horas.

El valle de Tobeda nos lleva a esas situaciones difíciles que la vida nos pone delante en muchas ocasiones y en las que jamás sabremos cómo reaccionaremos hasta que las vivamos, y es en ese preciso momento cuando nos damos cuenta de que podemos llegar mucho más lejos de lo que nos imaginábamos.

Espero que disfrutéis leyendo tanto como yo al escribirlo. Que nunca os falte un buen libro en la mesita de noche. Carlos García.

PRÓLOGO

Marc recuperó el conocimiento. Sus ojos se abrieron de par en par a la vez que inhalaba una gran cantidad de aire frío, mientras todo su cuerpo daba un respingo. No era capaz de enfocar una imagen nítida; solo podía percibir oscuridad.

De pronto, como si se tratara de un golpe seco, la cabeza empezó a dolerle con tal intensidad que pensó que le iba a estallar, provocándole incluso pequeñas lágrimas en los ojos.

Estaba tendido sobre algo húmedo, blando y muy frío. Empezó a tiritar y, por instinto, su cuerpo intentó ponerse en pie para alejarse de ese frío que le había calado hasta los huesos y que parecía congelarlo por dentro.

Finalmente, y con muchas dificultades, pues tenía todas las articulaciones entumecidas, consiguió levantarse. Poco a poco, su visión empezó a enfocar todo lo que había a su alrededor.

Se encontraba al borde de un gran lago, rodeado de montañas. Se percató entonces de que aquella sustancia blanda sobre la que había estado tendido era barro, junto a la orilla.

A su izquierda se alzaba un gran árbol que le resultaba extrañamente familiar, aunque no sabía decir por qué. De hecho, no recordaba nada: no sabía dónde estaba ni por qué se encontraba en aquel lugar.

Dio un paso hacia el lago y contempló la superficie del agua, intentando recordar. Permaneció absorto durante varios segundos mientras el agua oscilaba de aquí para allá, reflejando la luz de la luna. Era una luna llena que comenzaba a asomar justo en aquel momento, a medida que una gran nube se desplazaba por el cielo estrellado y la dejaba visible.

Entonces recordó.
Los terribles acontecimientos que habían sucedido a su familia en las últimas horas pasaron fugazmente ante sus ojos como si fueran diapositivas: los disparos, los gritos, la persecución por el bosque, aquel pobre hombre amordazado, la discusión con Pol, los ánimos de Ana justo cuando más lo necesitaba… y, finalmente, recordó a Valeria.
La pieza que faltaba en el puzle de sus recuerdos y que hizo encajar

todo.
Su niña.
Su pequeña, tan llena de vida, llevaba dos días desaparecida y, desde entonces, él había vivido una auténtica odisea para encontrarla.
Su mente trabajaba a toda velocidad intentando unir todas las pistas que había sido capaz de reunir en las últimas cuarenta y ocho horas. Sin embargo, faltaba algo que conectara todas ellas y les diera sentido. De forma inconsciente, miró de nuevo hacia el árbol y reparó en algo que antes había pasado inadvertido: una pequeña caja de madera.
Chapoteando en el barro, llegó hasta ella y, con manos temblorosas, la agarró para abrirla con ansiedad y la esperanza de encontrar algo que le indicara qué había pasado con su hija.
Y así fue.
En el momento en que pudo contemplar lo que había en el interior de la caja, por fin lo entendió todo.
—¿Cómo he podido estar tan ciego? —susurró Marc, decepcionado.
Sabía lo que tenía que hacer para salvar a Valeria y, por supuesto, no dudaría en hacerlo, sin importar las consecuencias personales que tuviera que asumir.
Agarróla soga del interiorde la caja y levantóla vistahacia el árbol.
Ahora ya sabía de qué lo recordaba. Y, con decisión, mientras hacía un nudo en la cuerda, se encaminó hacia él para salvar la vida de Valeria a cambio de la suya.

CAPÍTULO 1
Ana

Dos días antes

Ana contemplaba el paisaje a través de la ventanilla del coche. Hacía escasos minutos que se había despertado y, en el primer momento en que abrió los ojos, se sintió en casa.

En lugar de los grandes edificios, atascos o gente corriendo en todas direcciones de las calles de Barcelona, que era a lo que estaba acostumbrada, ahora podía apreciar árboles, naturaleza, arroyos y esa tranquilidad tan característica del Pirineo aragonés, que le hacía recordar su infancia. Aquellos tiempos en los que solamente importaba corretear entre los árboles con sus hermanos y comer un buen guiso caliente de su abuela después.

La familia Amat Pérez iba al completo en el interior del coche. Era un todoterreno lo suficientemente grande para que todos estuvieran cómodos y relajados. Al volante iba Marc, su marido y el principal culpable de aquellas minivacaciones; en los asientos traseros iban sus hijos. Pol tenía veinte años, pelo castaño, y el mote que su hermana utilizaba para describirle era «espagueti», por ser un chico alto y muy delgado. Estudiaba en la Universidad de Barcelona la carrera de Derecho —quería seguir los pasos de su madre—, mientras que Valeria, con quince años y su larga melena rubia, cursaba tercero de la ESO y no tenía ni la más remota idea de qué querría estudiar después. Sus opciones cambiaban semana a semana o incluso día a día; en ocasiones comentaba que le haría ilusión ser profesora, pero a los pocos días hablaba de ser cocinera y, más tarde, decía que le gustaría estudiar Interpretación para poder ser una gran actriz.

Ambos iban durmiendo y, entre ellos, se encontraba Hulk, un border collie que estaba totalmente enamorado de ellos desde el primer segundo en que lo rescataron de la perrera, cuando no era más que un cachorro.

Marc se percató de que Ana estaba despierta y le posó con suavidad la mano sobre la pierna.
—Buenos días, Bella Durmiente —dijo Marc mientras le dedicaba esa sonrisa que a ella tanto le gustaba.
—Buenos días —contestó Ana mientras se tapaba la boca con la mano derecha para disimular un pequeño bostezo, y se desperezaba estirando brazos y espalda.

Ella se inclinó sobre su asiento y le dio un beso en la mejilla a su marido. Marc siempre había sido muy detallista y mostraba mucho su afecto, tanto con ella como con sus hijos, y especialmente en los últimos dos años. Habían sido los más difíciles de suvida, sin ninguna duda. Ella no tenía duda de que Marc había sido el pegamento que hizo que las piezas no se separaran ni se rompieran en más de una ocasión.
—Marc, muchas gracias por organizar esta pequeña escapada, de verdad. Pero no hacía falta; estamos bien, ya ha pasado todo —susurró ella para que los niños no pudieran escucharlo.
—No creo que nos vengan mal unas minivacaciones, la verdad —respondió él mientras seguía mostrando esa sonrisa tan característica.
—Ya, pero estamos a mitad de curso escolar. Tan solo hace unas semanas que pude reincorporarme al bufete y en tu oficina vais a tope de trabajo —contestó ella utilizando ese tono ligeramente cortante que empleaba cuando quería zanjar una discusión con su marido.
—Bueno, pues tómatelo como que esto es el regalo por mi cincuenta cumpleaños; así, dentro de dos meses no me tienes que hacer ninguno.
Ana no respondió, ya que sabía que no podía contraatacar ante un argumento así.
—Y, bueno, ve pensando lo que querrás hacer tú para tus cincuenta. Te quedan dos años, pero todo llega. Aunque, por suerte, los dos somoscomo el buen vino y mejoramos con los años —añadió Marc con una sonrisa.
Realmente, estaba en lo cierto. Ambos mantenían una buena forma física, en parte por las muchas horas de natación que hacía toda la familia a lo largo de la semana.
—Un viaje, uno grande, a Tailandia o quizá a Indonesia, algo exótico —respondió Ana sin pensárselo—. Pero quiero que vayamos los cuatro; no sé cuánto tiempo nos queda para que los niños ya no quieran venir con nosotros —añadió, mostrando una gran tristeza en esa última frase.
—Bueno, supongo que es ley de vida, ¿no? —sentenció Marc

mientras se encogía de hombros—. Además, viajar solos implica poder tener más momentos íntimos entre nosotros —dijo mientras le lanzaba una mirada y una sonrisa pícaras.
Ana pretendía responder a su marido, pero un ruido fuerte procedente del asiento trasero hizo que los dos se sobresaltaran y miraran rápidamente hacia atrás.
Valeria hacía ver que estaba vomitando para luego soltar una sonora carcajada.
—Por favor, papá, no hagas más comentarios sobre vuestra vida sexual o me vuelvo a Barcelona corriendo, si hace falta.
—Se suponía que dormías —se defendió él para sumarse, junto a su mujer e hija, a otra sonora carcajada.
Pol se movió ligeramente, pero continuó durmiendo, cosa que pareció molestar mucho a su hermana.
—Pero ¿cómo puede dormir tanto? —preguntó Valeria con indignación—. ¡Desde que se toma esas pastillas duerme como una marmota!
—¡Valeria! —le recriminaron a la vez sus padres.
Inmediatamente se puso ligeramente colorada; nunca había llevado bien que le llamaran la atención, ya que, en general, su conducta siempre era buena.
—Perdón, perdón —se disculpó ella—. No lo he dicho con mala fe. Pero es verdad, ahora duerme muchísimo; será mejor que lo despierte —en la última frase mostró un tono travieso.
Era cierto que Valeria siempre había tenido muy buena actitud, pero con su hermano —como es normal entre todos los hermanos— tenían una relación de amor-odio constante. Y ella, como buena hermana pequeña, intentaba molestar a su hermano con pequeñas bromas siempre que podía.
Con su dedo, empezó a rascarle la punta de la nariz mientras le decía:
—Buenos días, dormilón, ya hemos llegado.
Tras varios segundos, Pol se despertó y, como buen hermano mayor, reaccionó a la broma de su hermana pequeña mostrando un enfado tremendo:
—¡Déjame tranquilo! —gritó él con un tono agresivo, haciendo que

Hulk se despertara también de su profundo sueño.
Valeria iba a responder a su hermano cuando Ana le cortó; quiso intervenir para evitar lo que, con toda seguridad, acabaría en una discusión.
—En realidad tiene razón, estamos a punto de llegar al Valle de Tobeda —sentenció la madre.
—¿De verdad? —preguntó Valeria con mucho interés.
—Sí, estamos casi en la Boca de Tobeda —contestó su padre.
—¿La boca? —preguntaron los hermanos al unísono.
Tanto Marc como Ana se rieron.
—Vuestro padre reaccionó exactamente igual hace veinticinco años, cuando vinimos por primera vez —respondió ella con un tono cargado de nostalgia—. Aquí fue nuestra primera escapada juntos como novios. Vuestro padre quiso traerme a uno de los lugares más bonitos de mi tierra —añadió mientras acariciaba la barbilla de su marido.
—Sí, sí, sí, todo muy bonito, romántico y de película, pero ¿qué es eso de la Boca de Tobeda? —quiso saber Valeria.
En esta ocasión fue Marc quien respondió a su hija.
—El Valle de Tobedase encuentra en lo más profundo del Pirineo aragonés y es uno de los parajes más bonitos de todo nuestro país. Al ser un valle, solamente tiene un único acceso por carretera: un túnel de casi un kilómetro que atraviesa la montaña. La gente de la zona llama a ese túnel la Boca de Tobeda, ya que es la única forma de acceder al interior del valle.
—Menudos poetas —ironizó Pol mientras volvía a cerrar los ojos y apoyaba su cabeza en la ventanilla.
—No te rías; ya verás que es un sitio precioso y repleto de calma. Unavezcrucemosesetúnel,escomosi entráramosenotradimensión —sentenció Ana.
—¡Mirad! Hablando del rey de Roma —exclamó Marc mientras señalaba al frente con su dedo índice.
Ante ellos se alzaba una montaña enorme e imponente y, justo debajo, a unos cien metros, un túnel que conectaba, en efecto, con uno de los parajes más bonitos de todo el Pirineo.
Ana sintió una alegría enorme cuando empezaron a cruzar la Boca

de Tobeda, pensando que se dirigían a esos días de paz y tranquilidad que tanto se merecía su familia. Sin embargo, no era consciente de que al final de aquella carretera les esperaba algo tan aterrador que les afectaría para toda la vida.

CAPÍTULO 2
Marc

Salieron del túnel poco después y, tal como había dicho su mujer, parecía que habían entrado en otra dimensión. Para ser un valle, su extensión era enorme y, miraras en la dirección que miraras, solo apreciabas naturaleza y paz. Con su gran lago en el centro y el pueblecito de Tobeda junto a él, se extendían bosques y riachuelos. Estos se encontraban en la parte más baja y allí podían apreciar hayas, robles y pinos.

Circularon por una pequeña carretera de curvas durante un par de kilómetros y llegaron al pueblecito de Tobeda. Marc quedó tan abrumado como la primera vez que observó aquel paraje. Rodeado de bosques, un gran lago y un sinfín de caminos que se adentraban en lo más alto de la cordillera del Pirineo, Tobeda era, sin ninguna duda, un lugar precioso.

Como población, era tan pequeña que incluso podría llegar a llamarsealdea, habitadapor poco más de uncentenarde personas que residían allí de forma permanente. Las calles no seguían un patrón claro y tenían una distribución poco ordenada, donde cada vivienda era diferente: casas de varias plantas con terrenos propios en todas direcciones, donde podían observarse jardines, huertos o antiguos establos en muy mal estado. Las calles no eran rectas; más bien trazaban una forma en espiral que se cerraba hacia el centro, dando lugar a la plaza de Tobeda, con el ayuntamiento, el pozo, la iglesia, un pequeño cuartel de policía local y algunos bares. Justo detrás de la plaza se alzaba el único edificio que podía encontrarse en cualquier ciudad urbanita del mundo: el hotel. Con capacidad para

unas sesenta personas, se encargaba de montar actividades de nieve en invierno y de senderismo en verano. Al ser un paraje natural tan espectacular, siempre había visitantes en el pueblo.

Marc había alquilado una casita junto al lago, de varias plantas y con jardín. Por internet la casa parecía preciosa y esperaba no llevarse un fiasco al verla en persona. Habían quedado con la propietaria en la cafetería de la plaza central —la única del pueblo— y, como habían llegado un rato antes de lo previsto, desayunarían allí.

El frío les golpeóa todos en la cara en el momento enque abrieron las puertas del coche, como si de un bofetón se tratara. Se encaminaron a la cafetería mientras se subían las cremalleras de las chaquetas hasta las barbillas y Valeria se ponía la capucha, pareciendo así una pequeña esquimal.

Un rato más tarde, Pol y Valeria discutían sobre quién tenía mejores gustos musicales.Cada uno defendía a muerte a suscantantes favoritos, mientras se comían un cruasán de chocolate —con Hulk comiéndose las pequeñas migas que iban cayendo al suelo— acompañado de un zumo. Ana, por su parte, consultaba algunos correos que le habían enviado desde el bufete, y Marc la observaba de forma instintiva con una mirada repleta de ternura, pero también de preocupación, mientras daba pequeños sorbos a su café con leche.

En las últimas semanas aquello había sucedido en varias ocasiones y Ana le había pillado mirándola con esa cara de preocupación, como si estuviera observando algo frágil y muy delicado que pudiera romperse, y ella le había regañado, pidiéndole que dejara de hacerlo. Pero Marc no podía evitarlo. Había pasado mucho miedo durante la enfermedad de Ana; nunca había sentido nada parecido. La sensación del miedo, del auténtico miedo. Se había sentido como el marinero que maneja un barco durante la tempestad, en mitad de la noche, intentando llegar a puerto y, de pronto, el faro que guía su camino se apaga, dando paso a la más profunda oscuridad.

Porsuerte, Valeria habló ysacó asu padre de su ensimismamiento. —Mirad, aquí pone que esta noche hay una fiesta en esta plaza, con comida, bebida y diversión para todas las edades —gritómientras señalaba un pequeño panfleto que había cogido de la mesa de al lado. —Sí, seguro que bailar con abuelos en este pueblucho es lo más divertido del mundo —ironizó Pol.

—Ya puedes cambiar esa actitud —le recriminó su padre mientras le señalaba con el dedo—. Venimos para estar de vacaciones y no quiero ver malas caras. ¿Queda claro? —añadió mientras miraba a sus hijos y pasaba el dedo de uno a otro.

Pol estaba enfadado con el mundo desde que lo dejó su exnovia hacía unañoy medio.Ananecesitabaaquellas vacaciones;en realidad, los cuatro las necesitaban, y Marc no iba a permitir que su hijo se las arruinara con su actitud tan negativa.

—Pero ¿yo qué he dicho? —se quejó Valeria, mientras Pol empezaba también a responder a su padre de forma vehemente, originando una pequeña discusión a tres bandas.

—Lo único que vuestro padre quiere decir es que llevamos unos años complicados y repletos de pequeños baches y, ahora que estamos todos mejor, debemos relajarnos y disfrutar de la vida —dijo Ana mientras extendía una mano hacia su marido y otra hacia sus hijos—.Yosoylapruebadeque encualquiermomentotodosepuede torcer e ir al traste. Hay que disfrutar de la vida, que en ocasiones se nos escapa y no somos conscientes. Lo único que no podremos recuperar jamás es el tiempo, así que depende de cada uno vivirlo lleno de vida o de tristeza. Os aconsejo que seáis muy cuidadosos a la hora de permitir que algo os pueda estropear un día —finalizó dibujando una sonrisa en su rostro.

Se hizo el silencio. Marc se quedó perplejo; su mujer tenía aquella magia. Siempre era capaz de elegir las palabras adecuadas para solventar cualquier situación. Esto era uno de los motivos por los

que Marc la admiraba: ella siempre encontraba el lado bueno de las cosas.

—No, mamá, te equivocas —añadió Valeria con un par de lágrimas recorriendo su rostro—. Si de algo eres la prueba es de que, si la vida te tira al suelo, siempre te puedes levantar.

Se levantó y se fundió en un abrazo con su madre, al que Marc se unió también. Pol, por su parte, no se movió, pero miraba a su familia con los ojos totalmente cristalinos.

En aquel momento se abrió la puerta de la cafetería y entró una mujer morena, con el pelo recogido en una coleta y un vestido azul oscuro. Nada más entrar, fijó la vista en la familia yseacercó con paso decidido.

—Buenos días —dijo extendiendo la mano hacia Ana y luego hacia Marc—. Debéis ser la familia Amat Pérez. Yo soy Lucía, la alcaldesa de Tobeda y vuestra casera.

Se sentó con ellos en la mesa y, cuando quiso acariciar a Hulk, este le dio unos lametones cariñosos en las manos como saludo.
—El Valle de Tobeda os va a encantar, es un sitio ideal para desconectar y cargar pilas —sentenció la alcaldesa mientras se sacaba del bolsillo de la chaqueta el mismo panfleto que Valeria había tenido en las manos un rato antes—. Además, esta noche es la fiesta de la primavera y será genial.
—Yo vendré seguro —aseguró Valeria mientras miraba a sus padres con aquellos ojos enormes, esperando recibir el consentimiento en sus miradas.
—Será magnífico. Es el quinto año que hacemos esta fiesta y cada año ampliamos el programa. Viene gente de toda la región. Este año, como novedad, pondremos una caseta donde hacen crêpes —informó, acompañando sus palabras un movimiento de cabeza que daba aentenderqueponeraquelpuestohabíasidounajugadamaestra por su parte.

—¡Qué bien! Las de chocolate son mis preferidas —contestó Valeria casi salivando, haciendo como si le diera un mordisco a Hulk, como si fuera una crêpe gigante.
Aquello hizo que todos —incluso Pol— se rieran y se esfumara cualquier resto de negatividad que hubiera podido producir la discusión anterior.
—Lo único es que esta noche no sabemos si vendrá mucha gente de pueblos cercanos —matizó con un deje de tristeza en cada palabra —. Hayprevisiónde lluvia intensa, inclusodurantevariosdías, y eso puede hacer que la gente no venga hasta aquí.
Aquello inquietó a Marc. Realmente había hecho la reserva en primavera para evitar precisamente el clima tan frío y húmedo del invierno en el Pirineo. Si finalmente llovía y no podían salir de la casa, no podrían hacer las numerosas actividades al aire libre que tenía pensadas.
Tras la noticia de la lluvia, toda la familia pareció entristecerse y, viendo sus caras, Lucía quiso suavizar sus palabras:
—Bueno, ya sabéis cómo va esto. Casi nunca aciertan en sus previsiones. Quizá tenemos algo de suerte y llueve solo un poco de madrugada. Mirad qué os he traído —dijo mientras posaba un mapa de todo el valle sobre la mesa.
Los siguientes quince minutos los pasaron haciendo preguntas sobre el valle, mientras la alcaldesa les enumeraba todas las zonas a las que podrían acceder: el pueblo, el bosque, los miradores, las cuevas, el lago, los senderos, además de indicarles en el mapa la ubicación del consultorio médico y de las instancias policiales. Marc se fijó en su hijo, que estaba prestando atención a todas las indicaciones de la alcaldesa y se mostraba interesado en todo aquello.
¿Verdaderamente podría Pol disfrutar de las vacaciones? Sin embargo, la que estaba sorprendentemente seria y en silencio era Valeria.
Marc clavó la mirada en ella, buscando contacto visual por si le pasaba algo, cuando, de pronto, Valeria se levantó y se acercó a su padre con la mirada sombría para susurrarle al oído:
—Papá, ¿podemos irnos ya?
Aquello pilló a Marc por sorpresa.

—¿Qué pasa, cariño?
—Nada, perohayuna señorasentadaenaquellamesade laesquina que lleva más de media hora mirándome fijamente y empiezo a estar incómoda.
Marc giró la cabeza hacia la dirección que le indicaba Valeria y pudoverquesu hija nohabía exageradolomás mínimo.Enlaesquina de la cafetería, vestida totalmente de negro, con la cara repleta de arrugas, el pelo cano recogido bajo un pañuelo oscuro y frotándose las manos, se encontraba una mujer de unos setenta años que no quitaba el ojo de encima de la niña.
En ese mismo instante, Marc sintió una pequeña punzada en su interior; una mala impresión, esa sensación inmediata de que algo malo está a punto de suceder y no puedes hacer nada para evitarlo.

CAPÍTULO 3
Valeria

Valeria estaba jugando con Hulk en el jardín de la casa. Los border collie están considerados una de las razas de perros más inteligentes y, por ello, necesitan realizar mucha actividad física, y, sobre todo mental. Por eso, dedicaban varios ratos al día a que Hulk practicara sus «comandos» favoritos, como, por ejemplo: rueda, salta, gira, sienta, *etc.* Valeria se lo pasaba en grande practicando con él y, para el perro, jugar con ella era también muy divertido —además del gran número de galletas que comía cuando seguía bien todas las instrucciones—; por lo tanto, aquel ratito se había convertido para ambos en un momento de auténtica paz y alegría.

Llevaban unos veinte minutos; hacía tan solo media hora que habían llegado a la casa. Cuando salieron de la cafetería, Valeria estaba algo incómoda por aquella señora que no paraba de mirarla, pero Lucía, la alcaldesa, les explicó que era la señora González, una mujer del pueblo de toda la vida que, al parecer, perdió a su hija adolescente por una enfermedad hacía muchos años, algo que nunca logró superar. En ocasiones, cuando aparecía alguna chica que le

recordaba mínimamente a su hija, no podía quitarle el ojo de encima. Al enterarse de aquello, Valeria sintió lástima por la mujer y dejó de sentirse incómoda.

Al salir de la cafetería fueron hacia la casa. Era más impresionante en persona que en las fotos que les había enseñado su padre: una casa de madera, de dos plantas, con chimenea y un jardín trasero y otra explanada de césped justo delante, con un caminito de piedras que guiaba hasta el porche de la entrada. No se escuchaba nada, salvo el canto de los pájaros y el agua del lago. Aquella casa estaba en la parte más exterior del pueblo, de manera que la vivienda más cercana se encontraba a unos cien metros de distancia.

Alllegar,Valeriabajódel cochecorriendo,agarrósumaletayentró a toda prisa en la casa para que su hermano no le quitara el mejor dormitorio —absolutamente todo era una competición entre ellos dos—. Así que, con la maleta en alto y Hulk corriendo detrás de ella, se metió en aquella casita de madera, cruzó el salón y subió los escalones de dos en dos para entrar en la habitación que más le había gustado en las fotos, lanzando la maleta sobre la cama, como si hubiera clavado una bandera con su inicial y ahora aquel territorio fuera reconocido como suyo. Inmediatamente después bajó corriendo de nuevo las escaleras para salir al jardín y empezar a jugar con Hulk. Todo fue tan rápido que, cuando llegó al exteriorde la casa, su hermano y sus padres apenas habían descargado las maletas del coche.

Pasado un buen rato, en el que Valeria ya solo le lanzaba la pelota a su fiel amigo peludo, llegó su madre con una pequeña mochila de color marrón.

—Toma, cariño, por si la necesitas —dijo mientras le acercaba la mochila.
—Muchas gracias, mamá. Luego quiero ir al bosque para seguir practicando el juego del escondite con Hulk —le contestó mientras buscaba algo en el interior de la mochila.

—Quizá más tarde, cariño. Ahora tu hermano y tú tenéis que ayudar a vuestro padrecon la compra —entonó con un tono cariñoso mientras le acariciaba la barbilla a su pequeña.
—De acuerdo, mamá, sin problema. ¡Aquí está! —gritó la adolescente mientras sostenía en alto un pequeño silbato que había sacado de la mochila.
Hulk reconoció inmediatamente su silbato y empezó a correr en círculos alrededor de ambas. Aquella era la mochila de los juguetes del perro y dentro se podían encontrar pelotas de tamaños y tactos distintos, algún pequeño peluche y aquel silbato con el que ambos jugaban al escondite cuando iban de paseo por la montaña. El juego era muy sencillo: ella le daba la orden de «quieto» y se escondía detrás de un árbol o de alguna piedra grande. Emitía un ligero pitido —apto para perros— y Hulk tenía que encontrarla.
El perro seguía mostrando su alegría —y su energía interminable— al correr en círculos.
—Va, chico, para de una vez, acabamos de lleg… —Valeria dejó la frase a medias. Sintió un pequeño vuelco en el corazón al ver de nuevo a la anciana de la cafetería, a la señora González, a unos cincuenta metros de la casa, mirándola fijamente.
Su madre se percató de la situación y se encaminó hacia la anciana.
—Voy a hablar con ella —fue lo único que dijo antes de salir a paso decidido.
Valeria vio desde la distancia cómo ambas mujeres mantenían una conversación, señalaban hacia ella y, finalmente, después de hacer gestos de disculpa con la cabeza y las manos, la señora González se dio media vuelta y se marchó.
—¡Pol, Valeria! Nos vamos al mercado a comprar; subid al coche —gritó su padre desde el porche de la casa.
Valeria observó a su madre volviendo hacia la casa, agradecida por cómo había puesto fin a la extraña fijación que la señora González mostraba por ella. Aunque de algún modo, en su interior, sabía que no sería la última vez que se verían las caras.

CAPÍTULO 4
Marc

Los tres se encontraban en el pequeño mercado de Tobeda. Era una mezclaentreunsupermercado moderno, donde podíasencontrar casi cualquier cosa, y un mercado tradicional con productos de proximidad. Pol, con mirada seria y en silencio, era quien llevaba el carrito, en el que Valeria no paraba de meter todos los dulces que encontraba. Marc, por su parte, devolvía la mitad de esos dulces a las estanterías mientras iba añadiendo todo lo que habían apuntado en su lista de la compra.

—Ya solo nos falta la carne —aseguró Marc después de colocar un par de botellas de lecheen el carrito y revisar ellistado que sostenía en su mano derecha.

—Allí está la carnicería —dijo Valeria mientras señalaba con el dedo índice hacia un pequeño mostrador con todo tipo de carnes y embutidos.

Al llegar, vieron que debían esperar a ser atendidos, ya que había varias personas por delante suyo.
—Bueno, hijos, aprovecho este tiempo para explicaros algo —anunció Marc mientras se acercaba a sus hijos.
—¿Qué pasa? —preguntó Pol con su típico tono, reflejando un leve deje de pasotismo.
—Se trata de mamá. Se ha quedado en casa porque hoy tiene que tomarse la última dosis de su medicación —explicó a sus hijos con un tono sereno.
—Pero mamá ya está curada, ¿no? —preguntó Valeria asustada.
—Sí, cariño —respondió su padre mientras le pasaba el brazo por encima de los hombros para tranquilizarla—. Es la última dosis y es una cantidad muy pequeña comparada con todo lo que se ha tenido que tomar. Pero ya sabéis que, cuando se la toma, se queda muy cansada, casi sin energía.

—Maldito cáncer —susurró Valeria, cabizbaja.
—Eh, arriba el ánimo, que mamá ya está bien. Lo único que os quiero pedir es que esta noche vayáis vosotros dos a la fiesta de la primavera, mientras yo me quedo con vuestra madre en casa. Ya sabéis que el cansancio solo le durará unas horas; mañana estarácomo siempre.
—¿Cómo? ¿Encima tengo que hacer de canguro de esta mocosa? —respondió Pol, cargando cada sílaba con desprecio.
Empezó la pelea. Valeria le llamó egoísta, además de asegurar que no era ninguna mocosa, mientras que Marc le recriminó a su hijo que, con sus veinte años, ya podría empezar a comportarse como un hombre en lugar de ser un eterno adolescente. Por su parte, Pol dio media vuelta, dejando a su padre y a su hermana con la palabra en la boca, y se perdió por los pasillos del supermercado.
Marc estaba enfurecido. Era un hombre con paciencia, pero su hijo conseguía sacarle de quicio. No era capaz de entender sus reacciones. Había llegado incluso a trabajar este tema con su psicóloga, ya que era consciente de que, mientras Ana tenía mucha más mano izquierda y capacidad para tratar con Pol, él era incapaz cuando el chico mostraba aquella actitud.
—No le hagas caso, papá, es un imbécil —le aseguró Valeria.
—¿Hasta cuándo piensa ser un niño? ¡Joder! —fue la respuesta que le dio a su hija.
Pasaron varios minutos en los que Marc, para intentar calmarse, hablaba con su hija sobre la excursión por los senderos hacia los miradores de la montaña que tenían programada para el día siguiente, cuando, de pronto, un grito de Pol se escuchó por todo el mercado.
—¡Suéltame, gilipollas!
Tras el grito, Pol apareció por los aires mientras caía al suelo de forma muy aparatosa.
Marc salió corriendo y se encontró emergiendo del pasillo a un hombre de unos sesenta años, grande, muy grande, con una complexión atlética, barba frondosa, una camisa roja a cuadros y una botella de whisky sin abrir en la mano.
—¿Qué pasa aquí? —exigió saber Marc.

—Alguien tiene que enseñarle respeto a ese niñato —respondió aquel hombre con mirada encolerizada.
—Y supongo que te crees la persona indicada para hacerlo, ¡¿no?! —replicó Marc mientras sacaba pecho y apretaba los puños.
—Supongo que eres su padre. No me extraña que ese niñato vaya por ahí queriendo robar botellas de alcohol. Quizá a quien tengo que educar es a ti.
El hombre cerró también los puños y los dos plantaron sus caras a escasos centímetros el uno del otro.
—¡Basta! —la carnicera llegó y se puso en medio de los dos, separándolos—. Ya te puedes ir a casa, Diego. No queremos problemas. Invita la casa a esa botella, pero lárgate.
Sin mediar palabra, aquel hombre se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta, dejando sobre la caja registradora, antes de salir, un billete de veinte euros.
—Disculpad, por favor —se excusó la pobre mujer—. Es un hombre que vive en lo alto de la montaña, apartado del pueblo. No se le da bien relacionarse con la gente.
Marc seguía mirando fijamente a aquel hombre. Nunca le habían gustado los abusones que intentaban intimidar a los demás a base de testosterona y músculos. Aquel tipo irradiaba agresividad; incluso su forma de andar o de meterse en su impresionante todoterreno era amenazante.
—¿Tiene algún problema con la agresividad? —preguntó Marc.
—No lo sabemos. Vive allí arriba y de vez en cuando baja para comprar provisiones —fue la respuesta de la carnicera.
A todo esto, Pol seguía en el suelo, aturdido y sin saber cómo reaccionar tras lo ocurrido. Marc le ayudó a ponerse en pie.
—¿Estás bien, hijo?
—Déjame en paz —fue la respuesta de su hijo.
Marc respiró hondo para recuperar la compostura y agarró a su hijo del brazo para ir hacia el coche, cuando se dio cuenta de que Valeria no estaba allí con ellos.
—¿Valeria? —gritó.
Nadie respondió.
—¡¿Valeria?! ¿Dónde estás? —vociferó Marc por todo el

supermercado.
Empezó a recorrer los pasillos, uno por uno, preguntando a la gente si había vistoa la niña. El lugar era pequeño; alguien tendría que saber a dónde había ido. Se estaba poniendo nervioso, se le aceleró el pulso y una gota de sudor frío le recorrió la espalda. Entonces vio a Pol mirando su móvil, como si nada, como si fuera ajeno a lo que estaba pasando. Sintió ira hacia aquel joven. Se abalanzó sobre él y lo agarró por el pecho.
—¡Haz el favor de ayudarme a encontrar a tu hermana!
El joven se soltó de su padre y, cuando estaba a punto de abrir la boca para contestarle, se abrió una pequeña puerta al lado de la sección de la carnicería y apareció Valeria, con el ruidode una cisterna de fondo.
—Perdón, papá… Al ver cómo ese hombre había pegado a Pol y se ponía así de violento contigo, me he puesto muy nerviosa y me han dado ganas de vomitar.
La niña estaba avergonzada, con un ligero color rojizo en sus mejillas y la mirada levemente inclinada hacia el suelo.
Su padre la abrazó con mucha fuerza mientras le daba un beso en la frente.
—Ya está, cariño. Ese tipo era un perturbado, nada más. Ahora no habrá más problemas.
Y, tras aquel incidente, los tres salieron del mercado. El camino a casa fue silencioso. Cada uno estaba asimilando lo que acababa de pasar a su manera, pero los tres notaban en su estómago un pequeño pellizco, algo malo, algo oscuro, algo difícil de explicar. De algún modo, era como si supieran que aquello había sido solo el principio.

CAPÍTULO 5
Ana

Ana estaba estirada en la cama junto a su marido. Después de comer, los cuatrohabían decididodescansar un rato, ya que estaban cansados a causa del madrugón y el viaje. Ella estaba inquieta; no

podía dormir a pesar de sentirse muy cansada. Normalmente, después de la medicación, caía rendida durante cuatro o cinco horas y luego pasaba el resto del día exhausta. Pero lo que Marc le había explicado la había alterado mucho. Estaba preocupada, y mucho, por Pol.

No sabía qué le pasaba a aquel chico. De pequeño era un niño encantador, divertido, sonriente y cariñoso, siempre dispuesto a ayudar de forma desinteresada. Ahora era todo lo contrario. Su cambio de actitud empezó en el primer curso de secundaria. Llegó una gran cantidad de nuevos compañeros y algunos de ellos no eran precisamente una buena influencia; y fueron aquellos chicos los que llamaron la atención de Pol.

Tanto Ana como Marc estuvieron siempre muy encima de él y hasta que cumplió dieciséis, pudieron controlar su vida social, a cambio de una gran cantidad de discusiones. Era el único de su grupo de amigos que tenía hora para volver a casa y el único al que le estaba prohibido hacer planes en barrios alejados del suyo. Pero aquel control terminó cuando Pol empezó Bachillerato, y no fue por culpa de sus amigotes ni de susmalas conductas: fue por culpa de una chica. De Marta, su primera novia.

Él vivía únicamente por y para ella. El centro de su mundo dejó de ser sus amigos, el deporte y los videojuegos para que todo girara alrededor de ella. Con tan solo diecisiete años jugaban a lo que Ana llamaba «ser mayores», ya que de la noche a la mañana empezaron a comportarse como una pareja mucho más adulta y estable.

Ana recordaba la gran discusión que tuvo con su marido el primer día que Pol les propuso que Marta se quedara a dormir en casa. Marc no lo veía correcto. La chica vivía a un par de manzanas de distancia y él no entendía la necesidad; creía que estaban quemando etapas a una velocidad de vértigo. Ana compartía la misma opinión, pero tenía miedo de que si le negaban eso a Pol, la alternativa fuera que empezaran a dormir en casa de ella, y eso le parecía incluso

peor. No le gustaba que siendo tan jóvenes se encerraran en su habitación para pasar la noche, pero al menos los tenía controlados bajo su techo.

Por eso, tras una discusión con Marc, acabaron aceptando que algún fin de semana y de forma puntual pudieran quedarse a dormir en casa. Poco a poco, aquel «de vez en cuando podéis quedaros» se convirtió en que dormían juntos tres veces por semana.

Aquello llevó a que Ana observara detenidamente la relación de su hijo y, cuanto más veía, más se sorprendía. Al parecer, los jóvenes de esa edad tenían totalmente normalizadas, e incluso veían con buenos ojos, actitudes tóxicas y de control sobre sus parejas. Analizaban con lupaloscomentariosylos«megusta»de lasredes sociales,compartían la ubicación en tiempo real para saber dónde estaban y ya no podían tener amigos del sexo opuesto.

Aquello desesperaba tanto a Ana como a Marc. Ellos siempre habían tenido una relación muy sana y pensaban que ese sería el ejemplo que seguirían Pol y Valeria. Parece ser que se equivocaban.

Sin embargo, lo que hizo cambiar drásticamente de actitud a Pol fue el «petardazo» final con aquella chica. Al poco de empezar la carrera de Derecho en la Universidad de Barcelona, Marta lo dejó con el argumento de que ya estaba aburrida de él y quería vivir algo más de emoción. Aquello provocó en Pol no solo un cambio de actitud ante la vida, sino también un cuadro de ansiedad terrible que le acompaña hasta el día de hoy.

Tras muchas sesiones con la psicóloga, algo de medicación y una dosis de paciencia infinita por parte de la familia, parecía que Pol empezaba a mejorar. Sin embargo, de vez en cuando tenía aquellos arranques como los que tuvo en el mercado de Tobeda; primero con su padre y su hermana y después con aquel hombre.

Aquello le inquietaba mucho. ¿Le había empujado en defensa propia o no estaba demasiado cuerdo, como parecía haber indicado la

carnicera a Marc? Es decir, ¿había sido su hijo quien había iniciado un altercado violento con un desconocido?

De pronto, Marc la sacó de sus pensamientos.
—¿Cómo estás, cariño? —preguntó.
—Bien, pero no he podido descansar. Lo que me has contado de

Pol… —dejó la frase a medias.
—Cariño, no creo que fuera Pol quien empezara aquella trifulca. Aquel tipo iba buscando pelea —sentenció Marc.
Aquella aclaración relajó un poco a Ana.
—¿Vamos a ver cómo están los niños? —preguntó.
—Por supuesto —respondió su marido, poniéndose de pie de un salto.
Salieron del dormitorio y pasaron por delante de los cuartos vacíos de sus hijos. Bajaron las escaleras y se los encontraron en el salón. Pol
estaba viendo vídeos de YouTube en la televisión y Valeria estaba en el sofá junto a Hulk, absorta en uno de sus libros favoritos: Harry Potter y el prisionero de Azkaban.
Valeriaselevantóen cuanto vio entrar asu madrey fue aabrazarla. —¿Cómo estás, mami?
—Muy bien, he podido descansar y estoy como nueva —mintió Ana mientras le daba un beso en la frente.
—¿Y tú qué haces, chaval? —preguntó Marc a su hijo. Valeria respondió por él:
—Está viendo vídeos macabros sobre crímenes reales y desapariciones.
Pol fulminó a su hermana con la mirada antes de responder. —Será macabro, pero es la realidad. En el mundo no paran de
pasar desgracias. Cada vez hay más locos que hacen cosas raras. Cada
vez hay más desgraciados que en un abrir y cerrar de ojos, te desgracian la vida a ti y a toda tu familia.
Ana y Marc intercambiaron una mirada de preocupación. ¿Aquello tenía algo que ver con el tipo del mercado?

—Pol, cariño, ¿estás bien? —preguntó Ana.
Aquello pareció enfurecer a Pol.
—¿Qué? Pues claro, mamá. Pero lo que digo es la realidad. Mira —dijo señalando hacia la televisión—. El documental que acabo de ver habla precisamente deeso. EnEspaña, en lo que llevamos de año,
ha habido varias desapariciones de menores que nunca han aparecido
y que han provocado que sus padres acaben suicidándose por la desesperación. En Valencia, en Andalucía y en Galicia.
Escuchar aquello hizo que a Ana se le erizara la piel, como si un chispazo eléctrico le recorriera el cuerpo de arriba abajo. Pol acababa
de verbalizar el mayor miedo de cualquier madre: no saber dónde estaba su hijo. Solo de imaginarlo, notó cómo se le revolvía el estómago y un ligero mareo se apoderaba de ella.
—Quiero que me dé el aire —les dijo a los tres.
Se dirigió hacia la entrada. Necesitaba salir y sentir el aire fresco del valle en la cara. Sin embargo, cuando abrió la puerta, lo que vio la
hizo palidecer todavía más.
A los pies de la entrada había un conejo muerto, acompañado de un papel en el que alguien había dibujado, con un rojo carmesí, un gran ojo.
Ana levantó la cabeza en busca de quien pudiera haber dejado aquello allí. No había nadie. Si se trataba de una broma, no tenía ninguna gracia.
Notó cómo la cabeza le daba vueltas, el pulso se le aceleraba. Se estaba mareando. Empezó a ver pequeños puntos. Se iba a desmayar.
Ya le había pasado alguna vez; sabía lo que venía a continuación. —¡Marc! —gritó—. No me encuent…
Se desplomó en el suelo antes de poder terminar la frase.

CAPÍTULO 6
Marc

La doctora Rosa Martín estaba terminando de comprobar la tensión de Ana. Por suerte, parecía que estaba bien y que aquello había quedado en un susto.

Marc, junto a sus hijos, había salido corriendo al jardín al escuchar el grito de Ana y el golpe contra el suelo. Se quedó totalmente aturdido al ver al conejo muerto con aquel dibujo en el umbral de la puerta. Sin perder un segundo, levantó a su mujer y la llevó hasta el sofá. Le pidió a Valeria que le acercara la cartera, que se encontraba en el dormitorio, y de ella sacó una pequeña tarjeta que la alcaldesa le había entregado junto con las llaves de la casa. En ella figuraban los teléfonos de emergencia: la policía y el consultorio médico.

Por suerte, la consulta estaba cerca y la doctora Rosa Martín llegó rápido. En apenas cinco minutos se presentó en la casa y, tras una primera exploración, aclaró que Ana estaba bien y que no corría ningún peligro inminente.

Tras aquel primer diagnóstico, todos se quedaron más tranquilos y Marc aprovechó para mandar a sus hijos a sus dormitorios.
—Puedes estar tranquila, Ana. Seguramente haya sido por la medicación —aseguró la doctora a una Ana que había recobrado el conocimiento hacía escasos minutos.
—Gracias, doctora. No sé qué me ha pasado.
—Bueno, tu marido me ha explicado lo del conejo muerto en la puerta. Supongo que no habrá sido agradable y, si encima estabas ya revuelta por la medicación, puede haber provocado una reacción lógica.
—¿Aquí suele haber niñatos que hagan estas tonterías? — preguntó Marc, sentado en un sillón junto a la ventana del comedor, mirando hacia el exterior como si intentara encontrar al culpable.
La doctora levantó la vista y se quedó mirando al techo, como

rebuscando en lo más profundo de sus recuerdos.
—No, no creo que haya sido nadie de aquí, Marc. Pero nunca se sabe. Hoy es la fiesta de la primavera y el hotel está repleto de gente que ha venido de fuera. Quizá haya algún gracioso al que le guste hacer este tipo de bromas.
Marc se puso en pie y se acercó a su mujer y a la doctora.
—¿Y nadie del pueblo? ¿Está segura? —preguntó con insistencia.
—Cariño, la doctora ya te ha dicho que no —intervino Ana con voz calmada y tranquilizadora.
Pero Marc seguía con sus sospechas y necesitaba verbalizarlas.
—Verá, doctora, hemos tenido dos pequeños incidentes hoy con gente del pueblo —dijo, cargando sus palabras de énfasis—. Primero fue con la señora González, esa mujer mayor que viste de negro y no paraba de mirar a Valeria como si fuera la primera vez que veía a una chica de su edad. Y luego, mi hijo —y yo por defenderle— tuvimos un encontronazo con un tal Diego, un hombre muy grande y fuerte que, al parecer, vive como un ermitaño en lo alto de la montaña.
Tras aquellas palabras, Marc suspiró. Sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima.
—Veréis, yo nací y crecí aquí, en el Valle de Tobeda —comenzó la doctora—. Nunca pasaban cosas así. Pero he estado fuera muchos años y, aunque diría que no, quizá ahora estas cosas sean más habituales. Volví hace solo un par de meses. Heredé la clínica de mi padre y quise seguir sus pasos. Fui la doctora de Tobeda durante varios años hasta que, por cosas de la vida, me vi obligada a marcharme. Necesitaba cambiar de aires y oxigenarme un poco.
—Pero una siempre quiere volver a su tierra, ¿verdad? —preguntó Ana con una sonrisa—. Yo nací y me crié en Huesca, hasta que en un viaje con amigas a Barcelona conocí a mi marido. La ciudad condal me atrapó y formamos allí nuestra familia. Aun así, a veces siento que me encantaría volver a mi tierra.
—Toda la razón. Tu tierra siempre te reclamará, estés donde estés —asintió la doctora—. Después de veinte años dando tumbos por toda la península y trabajando en ambulatorios y hospitales,ahora que he cumplido sesenta quiero retomar la vida que siempre tuvo mi familia

y continuar con la consulta de mi padre.
Aquello sorprendió a Marc. No esperaba que la doctora fuera mayor que él; físicamente, al menos, no lo aparentaba. Era una mujer pequeña, algo encorvada, con el pelo entrecano, pero bastante atractiva. Su carácter era tremendamente dulce y agradable. Supuso que aquello, junto con su tono de voz, era lo que le había hecho pensar que era más joven.
De pronto, sonó el timbre de la casa y todos se sobresaltaron.
—Debe de ser la policía —aseguró Marc mientras se dirigía al recibidor—. Leshellamadoparaexplicarleslodelabromadelconejo.
A los pocos segundos, Marc regresaba al comedor seguido por un hombrede unossesentaaños, calvo,con bigotey una barrigabastante prominente.
—Buenas tardes —saludó el agente.
—Buenas tardes —respondieron las dos mujeres al unísono.
—Pero bueno, nada más y nada menos que el gran jefe de Policía del Valle de Tobeda, el señor Andrés Castillo —exclamó la doctora con una gran sonrisa—. No os preocupéis, queridos. Si alguien puede encontrar al bromista del conejo, es él.
La doctora se levantó y saludó al agente con un abrazo efusivo. Luego se giró hacia Ana.
—Haz reposo esta noche, pero estate tranquila: estás a salvo. Que tengáis buena noche.
Se marchó cerrando la puerta con suavidad.
—Es un encanto de mujer, una amiga de la infancia —explicó el agente Castillo.
—La verdad es que sí, me ha parecido una persona entrañable —añadió Ana.
—Lo es. Y si tienes cualquier problema, no dudes en llamarla; vendrá, aunque sean las tres de la madrugada.
—Bueno saberlo —dijo Marc—. Siempre es bueno tener localizadas a las buenas personas de la zona. Por desgracia, hoy ya hemos localizado a algunas de las malas.
—Sí, sé lo del incidente en el mercado —respondió el agente—. Intento estar al corriente de todo lo que pasa en el pueblo y, créeme, aquí vivimos buena gente.

Marc y Ana guardaron silencio tras aquella afirmación. Empezaban a dudar de que aquello fuera cierto.
Estuvieron conversando durante casi media hora, barajando la posibilidad de que hubiera sido una broma de algún huésped del hotel. Finalmente, al acercarse la hora de la cena, el agente se despidió prometiendo estar ojo avizor para encontrar al culpable. Marc acompañó al policía hasta la puerta y observó cómo, en cuestión de minutos, el cielo se había oscurecido con unas nubes negras que avanzaban hacia el valle desde todas direcciones. Eran tan densas que parecían humo condensado.
LoqueMarcnosabíaeraque, enelprecisoinstanteenque aquellas nubes descargaran la tormenta, toda su vida daría un vuelco.

CAPÍTULO 7
Valeria

Valeria estaba terminando de vestirse en su habitación. Frente al espejo, analizaba cuál de los tres conjuntos que se había probado era más adecuado para ir a cenar con su hermano a la fiesta de la primavera de Tobeda.

Finalmente se decidió por un pantalón blanco y un jersey rosa chicle. Llevaba el pelo recogido en una bonita trenza, y en su muñeca derecha, un coletero rosa, para ir completamente conjuntada.

La cama estaba cubierta de ropa: camisas, faldas, pantalones y jerséis que había ido probándose uno tras otro. Miró el reloj y comprobó que se le hacía tarde; no tenía tiempo para recoger toda aquella montaña de ropa. Consciente de que posiblemente acabaría recibiendo una bronca de sus padres por dejar así el dormitorio, abrió la puerta y bajó las escaleras hacia el salón.

Allí se estaban sus padres, charlando animadamente en el sofá, mientras Hulk dormía hecho una bola justo delante de ellos.

—Qué guapa estás, hija —dijo su padre, mirándola con los ojos llenos de orgullo.
Valeria asintió con la cabeza y le dedicó una cálida sonrisa, aunque toda su atención estaba centrada en su madre.
—¿Seguro que estás bien, mamá? —preguntó Valeria mientras analizaba a su madre de pies a cabeza por si detectaba alguna cosa fuera de lugar.
—Cariño, ya lo hemos hablado cuando se ha ido el agente de policía. Estoy bien, la doctora me ha dicho que estoy bien, solo un poco cansada y aturullada por la medicación —respondió su madre mientras se ponía de pie y le daba un abrazo a su niña pequeña.
—¡Mamá! Qué fuerza tienes —se quejó Valeria.
—Te abrazo tan fuerte para poder abrazarte el alma, cariño.
—¿Eso se puede hacer? ¿Puedes tocar el alma de otra persona? — le preguntó Valeria a su madre.
—Yo soy tu madre y, por supuesto, puedo.
Valeria le lanzó una mirada con la que dejó muy claro que dudaba que aquella afirmación pudiera ser cierta.
—Además, no seréis los únicos que vais atener unacena agradable esta noche —espetó Marc con tono misterioso.
—¿Cómo dices? —quiso saber Ana con una sonrisa de oreja a oreja.
—Bueno, sencillamente que voy a prepararte una cena especial — aclaró con una sonrisa mientras movía las cejas arriba y abajo.
Los tres rieron y se dieron un abrazo. Hulk, al ver aquella muestra de afecto, se puso en pie y empezó a dar lametones en la mano de Valeria.
Pol entró en el salón y, al ver la imagen de los cuatro fundidos en aquel abrazo, puso una cara que simulaba una arcada.
—Muy bien, familia feliz, vengo a romper este momento tan mágico. O nos vamos ya o acabarán toda la comida que pueda haber en esta aldea —espetó Pol.
—Tienes toda la razón; al final tendréis poco rato —fue la respuesta de su madre mientras miraba la hora en su reloj.
Tras marcharse el jefe de policía de casa, los cuatro habían hablado y acordado que, a pesar delmalestar de su madre, Poly Valeria podían ir a cenar y disfrutar de la fiesta de primavera. La única

condición era que tenían que estar en casa a medianoche.
—Llegarala plazanotienepérdida; esseguirel caminodelas casas en línea recta y en diez minutos estaréis en la plaza del pueblo —les informó su padre, mientras sacaba de la cartera un billete de cincuenta euros.
—¡Un momento! ¡Tengo que daros una cosa! —pidió Ana mientras salía corriendo escaleras arriba.
Marc aprovechó aquel momento sin su mujer para acercarse a sus hijos. Con el billete todavía en la mano, señaló con un dedo directamente a Pol.
—No quiero tonterías, ¿entendido? —espetó Marc mirando a su hijo directamente a los ojos—. Cuida de tu hermana y, si tenéis cualquier problema, me llamáis. ¿Queda claro? — añadió mirando también a Valeria.
—De acuerdo, papá —respondió Valeria.
—Sí, señor —respondió Pol.
Finalmente, Pol se guardó el billete en la cartera y Ana apareció de nuevo en el salón con un gran paraguas.
—Está muy nublado y ya habéis escuchado esta mañana a la alcaldesa; la previsión es que pueda llover bastante.
—Llévalo tú —le pidió Valeria a su hermano.
—¡Y una mierda! —fue la respuesta de Pol.
—Vamos, Pol, el paraguas es negro y no me conjunta nada bien. Llévalo tú.
Pol no supo qué contestar. Se quedó con la cara desencajada y, tras varios segundos sopesando sus respuestas y llegar a la conclusión de que dijera lo que dijera sería muy ofensivo, de mala gana agarró el paraguas y se encaminó hacia la puerta.
Sus padres los acompañaron hasta la puerta, momento en el que su madre recalcó varias veces que a las doce en punto los quería a los dos en casa.
Los dos hermanos ya estaban cruzando las piedras que marcaban el camino de salida por el jardín delantero cuando Valeria sintió la necesidad de abrazar a su madre. Fue repentino, saliendo de lo más profundo de su ser. Su madre lo había pasado muy mal y era la persona más noble y buena que había conocido jamás. La quería

tanto que, en los peores momentos de su enfermedad, ella se sentía desgarrada.
Giró sobre sus talones y corrió hacia su madre, que seguía en el umbral de la puerta viendo a sus hijos. Las dos se fundieron en un cálido abrazo y Valeria besó a su madre en la frente.
—Te quiero, mamá.
Tras esto, los dos hermanos se encaminaron hacia el pueblo y, comoles habíaadvertidosupadre, enmenosdediez minutosllegaron a una plaza repleta de ruido, música, muchos olores de comida diferentes y mucha gente.
La plaza, que esa misma mañana estaba vacía, ahora mostraba tenderetes donde cocinaban hamburguesas, perritos calientes, patatas fritas, todo tipo de bocadillos y un puesto de crêpes (que fue el primero que Valeria quiso localizar al llegar allí).
En el otro extremo de la plaza había mesas muy largas donde podían sentarse cincuenta personas en cada una de ellas, y justo enfrente, un pequeño escenario donde había una banda de música cantando versiones de los grandes clásicos de la música española.
Los dos hermanos decidieron que les apetecía cenar una buena hamburguesa con queso y patatas fritas. Tras quince minutos en la cola, pudieron comprar su cena y se sentaron en un extremo de las mesas, algo alejados del escenario, ya que era el sitio en el que había más espacios libres.
Como era habitual cada vez que comían o cenaban, Valeria tenía casi entera su hamburguesa y prácticamente todas sus patatas cuando su hermano ya se lo había terminado todo.
—No entiendo cómo puedes comer tan rápido, pareces un animal —le reprochó Valeria a su hermano.
—Tengo hambre y como, no me paro a…
Pol se quedó en silencio, con los ojos enormes como platos. De hecho, Valeria también se quedó impactada cuando una chica con un parecido enorme a Marta, la antigua novia de Pol, se sentó justo al lado de este.
El parecido era muy grande: aparentaba tener la misma edad, morena, algo de pecas en la cara, bajita y delgada, aunque esta chica tenía los rasgos un poco más finos, lo que, a opinión de

Valeria, hacía que aquella desconocida fuera un poco más atractiva de lo que era Marta.
—Ho… hola —saludó Pol con la voz entrecortada.
—¿Qué tal? —respondió la chica mirando a Pol y después a Valeria —. ¿También os han arrastrado hasta aquí vuestros padres y habéis venido para hacer algo de provecho en el día?
—Joder, lo has clavado —le respondió Pol.
Ella soltó una carcajada.
—Me llamo Pol, por cierto —se presentó el chico.
—Yo soy Paula —tras presentarse, se dieron dos besos a modo de saludo.
—Yo soy Valeria, la hermana de este melón.
Ella quiso saludar también a Paula con dos besos cuando un estruendo resonó por toda la plaza. Una bandeja cargada de comida salió volando y se estrelló en el centrode una de las mesas, salpicando a todas las personas que estaban a su alrededor. Las miradas de todos los presentes en la plaza buscaron el origen de aquella bandeja voladora. Se trataba de un chico mal vestido, sucio y con la mirada desorientada.
—El Agujas —anunció Paula.
—¿Cómo? ¿Le conoces? —quiso saber Valeria.
En aquel momento, un agente de policía mucho más joven que el jefe Castillo ya estaba acompañando a aquel individuo hacia fuera de la plaza.
—Duermo en el hotel y esta mañana, mientras desayunábamos, ese chaval ha intentado colarse en el bufé. Obviamente, lo han sacado de allí y uno de los camareros me ha explicado que es un chaval que vive enTobeda. Popularmenteseleconocecomo"elAgujas", porque necesitó estar ingresado en un centro de desintoxicación.
Aquella historia le resultó de lo más perturbadora a Valeria. ‹‹¿De verdad hay drogadictos hasta en lo más profundo de la montaña? ¿Pero qué le está pasando al mundo?››, pensó. Sin embargo, aquella historia provocó otro tipo de preguntas en su hermano.
—Pero entonces… —dijo Pol bajando la voz hasta casi un susurro— ¿es posible "pillar" algo incluso aquí arriba?
Valeria no entendía nada y Paula se rió con una profunda carcajada.

—No sé si se puede conseguir droga o no. Supongo que ese desgraciado tendrá que conseguirla de algún sitio. Lo que sí sé es que me estoy aburriendo mucho de esta banda de música y tengo un par de porros. Si quieres, podemos apartarnos un poco y nos los fumamos entre los tres.
—Eso sería genial —dijo Pol, con la sonrisa más real que Valeria le había visto en mucho tiempo.
—¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo? —le recriminó Valeria a su hermano.
Antes de que Pol pudiera responderle, alguien empezó a hablar por el micrófono en lo alto del escenario. Se trataba de Andrés Castillo, el jefe de policía.
—Buenas noches a todos —saludó el policía mientras miraba a todos los presentes en la plaza.
—¿Ahora qué quiere este inútil? —preguntó Paula con tono burlesco, mientras Pol le reía la gracia.
—Cada año es nuestra querida alcaldesa la que hace un breve discurso para inaugurar la fiesta de primavera. Sin embargo, ahora mismo está indispuesta y me ha pedido que sea yo quien se encargue del discurso y, como no tengo ni la más remota idea de qué decir, solo diré lo siguiente: ¡que empiecen las fiestas de primavera del Valle de Tobeda!.
La plaza entera aplaudió con un estruendoso aplauso al jefe de policía.
—Venga, Pol, vamos a fumar. Si tu hermana es demasiado inmadura para atreverse a probarlo, pasa de ella —Paula fulminó a Valeria con la mirada.
Inmediatamente, Pol se puso en pie para ir con aquella desconocida a la que acababan de conocer.
—¡¿Quieres dejar de comportarte como si fueras su cachorrito?! —gritó Valeria.
—Mira, Valeria, vete a la mierda. Si tú quieres ser siempre la niñita buena y perfecta, es tu problema —le respondió Pol, cargando un profundo asco en cada una de las sílabas.
—Pol…
Pol la interrumpió y volvió a hablarle con aquel tono cargado de

rabia y veneno.
—Yo me quedo con Paula. Ya te puedes ir a casa y ponerme verde con papá y mamá. Ya tenéis otro motivo para pensar que soy un trozo de mierda: ¡fumo porros!
Valeria se quedó boquiabierta y no supo qué decir. Se quedó sentada, viendo cómo el imbécil de su hermano se marchaba hacia una pequeña callejuela. Estaba sola, de noche y rodeada de gente que no conocía.
Sacó su teléfono móvil para llamar a su padre y que viniera a recogerla. Tenía ya el contacto marcado, pero entonces se acordó de su madre y de lo delicada que había estado esa tarde. No, su padre tenía que estar cuidando de ella. La casa estaba tan solo a diez minutos; si caminaba rápido, podría estar en siete.
Se puso en pie cuando, de nuevo, un ruido ensordecedor resonó por toda la plaza. Por una fracción de segundo pensó que era un nuevo aplauso masivo. Enseguida se percató de que aquello tenía poco de aplauso: era un trueno, y menudo trueno. Sin duda, el más potente que Valeria había escuchado en su vida.
Hizo que le temblara todo el cuerpo. Se sintió pequeña y diminuta ante lainmensidaddelcielo,cargadode nubesnegrasqueseextendían sobre ella.
Agarró el paraguas (que por suerte Pol no se había llevado) y salió corriendo hacia casa.

CAPÍTULO 8
Ana

Los espejos del baño estaban totalmente condensados y el aire, cargado de vapor procedente de la bañera. En ella estaba total y absolutamente relajada Ana. Al irse Valeria y Pol a la fiesta de la primavera, Marc le pidió que se relajara dándose un baño mientras él preparaba esa cena sorpresa de la que había presumido antes.

Cuando era más joven, a Ana le encantaba hacer ese tipo de baños. El agua calentita, junto con sales de frutas, le resultaba una de las

sensaciones más relajantes del mundo.

Miró el reloj que había dejado junto a los jabones y vio que ya era la hora en la que su marido le había dicho que podía estar en el agua, ya que quedarían pocos minutos para que la cena estuviera lista. En cierto modo, aquella pequeña sorpresa de Marc la hizo sentirse muy bien y recordar tiempos mejores. A todos nos gusta que nos cuiden y nos sorprendan de vez en cuando y, realmente, en su matrimonio siempre habían cuidado ese tipo de detalles.

Cuando no era Marc quien le preparaba alguna sorpresa, era ella quien se la preparaba a él. Hasta hacía unos dos años, momento en el que coincidieron en el espacio-tiempo dentro de una misma casa un joven con ataques de ansiedad constantes por la ruptura de su primer amor adolescente y una mujer cerca de los cincuenta con cáncer. Por eso, el saber que mientras ella estaba relajada dándose un buen baño, los niños se estarían comiendo una crêpe de chocolate y que Marc estaría preparando alguna sorpresa al otro lado de la puerta, le hizo recuperar unas sensaciones que no experimentaba desde hacía más de dos años.

Se puso en pie y salió de la bañera. Agarró la toalla y empezó a secar todo su cuerpo. Vio reflejada en el espejo aquella cicatriz sobre su pecho. No le gustaba. Siempre le había gustado mucho la forma de sus pechos y, desde que tenía aquella cicatriz, podía decirse que sufría cierto complejo. Aunque, por otra parte, también la llevaba con orgullo. Esa marca le enseñó a valorar las cosas. Desde que la tenía, sabía saborear cada segundo de su vida y agradecer todas esas cosas que antes pasaban de forma fugaz sin ser percibidas. Desde que superó el cáncer, disfrutaba incluso de beber un vaso de agua.

Ana sevistió yse pusoguapa, empezando por unconjuntode ropa interior sexyy despuésunacamisa blanca yun pantalón oscuro. Abrió la puerta y, al ver lo que Marc había preparado, se quedó con la boca abierta.

Ante ella había un camino de pétalos acompañado de distintas velas que lo iluminaban todo. Siguió el camino y bajó las escaleras hasta el salón, donde Marc, impresionantemente atractivo con camisa negra y pantalón tejano, la esperaba junto a una mesa decorada con más velas y un ramo de flores.

—Buenas noches, cariño. Hoy tú eres la protagonista. Te quiero —le dijo él mientras la agarraba de la mano y la besaba con una ternura que hizo que le temblara hasta el alma.

—Pero, Marc, ¿de dónde has sacado todo esto? —preguntó ella, totalmente incrédula.
—Lo traje desde casa. Quería que fuera una sorpresa y te lo escondí todo. Ahora, por favor, siéntate, que voy a servir la cena.
Ella le obedeció y se sentó a la mesa, percatándose de que Marc había cuidado hasta el más mínimo detalle. Las orquídeas eran sus flores favoritas y eran precisamente las que estaban esparcidas por la mesa.
—Y aquí llega el primer plato —anunció Marc mientras entraba en el comedor con una lasaña casera.
Al ver la lasaña, Ana se emocionó y un par de lágrimas de alegría aparecieron en sus ojos. En su primera cita, Marc le había preparado lasaña con la receta "ancestral" de su abuela y, desde entonces, aquel plato se convirtió en uno de sus favoritos.
—Marc, gracias por tanto, de verdad —dijo ella mientras se levantaba.
—Y de postre tenemos coulant de chocolate. Y no te pienses que es comprado: he utilizado la receta ni más ni menos que de mi madre.
Ana solo pudo sonreír ante aquel comentario. Desde que lo conocía, Marc siempre había profesado un amor absoluto a sus abuelas y a su madre, alardeando de que habían sido las mejores cocineras del mundo.
—Gracias, de verdad—le respondió ella mientras le daba un beso.
Al besarle, sintió como si algo se encendiera dentro de ella: un destello, un calor, un chispazo que hacía bastante tiempo que no sentía de aquella manera tan espontánea y natural.

—Oye… todavía queda un rato para que vuelvan los niños, ¿no? —susurró Ana mientras, poco a poco, se desabrochaba los botones de la camisa.
Todo era idílico: el crepitar del fuego en la chimenea, las velas, las flores, su marido, su muy atractivo marido allí plantado, dedicándole aquella mirada que tanto le gustaba.
Marc se le acercó poco a poco y, agarrándola con ambas manos por la cintura, tiró de ella hacia él con suavidad, pero con firmeza. Como si estuviera sosteniendo algo delicado que no podía romperse por nada del mundo. Apoyaron sus frentes y estuvieron un tiempo en silencio, sintiéndose, con los dedos entrelazados, notando el tacto de su piel, respirando al mismo tiempo. Se besaron. Primero fueron besos suaves, repletos de cariño, y poco a poco a medida que sus respiraciones eran más entrecortadas y las caricias empezaron a ganar fuerza, los besos empezaron a estar llenos de pasión. Ana lo empujó con suavidad hacia el sofá, dejando fluir todo ese cariño, pasión y amor que sentía por su marido.
Cuarenta minutos después, los dos estaban cenando aquella lasaña tan deliciosa y ambos se sentían inmensamente felices por poder disfrutar de aquel rato tan agradable.
—Marc, esta velada está siendo perfecta y además, la cena te ha quedado exquisita—susurró Ana mientras estiraba su brazo para acariciar la mano de su marido.
—El secreto es…
La conversación quedó apagada.
Como si cien bombas hubieran explotado justo encima de la casa, como si el cielo se estuviera desgarrando, el trueno más potente que ninguno de los dos había escuchado jamás rompió toda la magia del momento.
—¡Los niños! —gritó Ana.

Valeria

Valeria caminaba todo lo rápido que podía; llevaba el paraguas en la mano, preparado para abrirlo en el momento en que la tromba de

agua empezara a caer. De momento, lo único que la tormenta estaba haciendo era repetir sin descanso una serie de cañonazos que encogían el corazón de la niña.

—Vamos, Valeria, ya casi estás —se animó a sí misma la chica.

Realmente, ya había hecho dos tercios del camino; en escasos minutos el sendero debería girar y vería la casa que sus padres habían alquilado.

Valeria iba concentrada en el camino cuando,de la nada, le pareció escuchar un ruido a su alrededor. Se paró en seco y miró en todas direcciones. Había sido como una rama al romperse o… ¿había sido alguien pisando una rama? Se encontraba en una parte del camino que tenía bastantes arbustos y árboles, acompañados de la oscuridad de la noche. Había una pequeña farola cada pocos metros, pero solo iluminaban el camino, no lo que había entre los árboles. Al dirigirse a las afueras del pueblo, la distancia entre las casas era cada vez mayor. La vivienda más cercana podía estar a unos cincuenta metros por detrás de ella y la siguiente, a unos sesenta por delante.

Aprovechandoqueen esemomentolatormentahabíadadotregua con sus truenos, aguzó el oído mientras el corazón casi se le salía del pecho para intentar escuchar el ruido de nuevo. Y, de la nada, procedentede aquella oscuridadcamufladaentrela vegetación, volvió a escuchar una rama romperse, acompañada de una respiración. Sin duda, alguien la estaba acechando.

—Dios mío —gritó Valeria, presa del miedo, antes de salir corriendo. Sin embargo, en cuanto quiso arrancar a correr, unas manos fuertes la agarraron del cuello desde su espalda. La chica intentó zafarse y golpear con el paraguas a quien la estuviera sujetando, pero aquellos brazos tenían mucha más fuerza que ella y quedó completamente inmóvil mientras una de esas manos colocaba un pañuelo sobre su nariz y su boca. En cuestión de segundos, perdió el

conocimiento y, a su alrededor, empezó a llover con una fuerza salvaje, como hacía años que no se había visto en el Valle de Tobeda.

Marc

Marc se vestía a toda prisa, sin tiempo que perder. Fuera no llovía: sencillamente diluviaba. No recordaba haber escuchado nunca unos truenos tan potentes como aquellos, ni ver cómo, en cuestión de segundos, caía tanta agua del cielo que parecía que estuvieran colocados bajo una cascada.

—El teléfono de Valeria no da señal —gritó Ana mientras, temblando, pulsaba el botón de rellamada.
—El de Pol tampoco; seguramente será por culpa de la tormenta —matizó Marc mientras se ponía las botas a toda velocidad.
Se colocó la chaqueta impermeable y se encaminó hacia la puerta. Todo pasó muy rápido. En cuestión de segundos, tanto él como su mujer pasaron de estar disfrutando de una velada tranquila a temer por la seguridad de sus hijos, por culpa de una tormenta sin precedentes.
Marcalargóel brazoparaagarrarel pomocuando,sinprevioaviso, la puerta se abrió de golpe, dejando entrar una fuertísima ráfaga de aire acompañada de un destello cegador, precedido inmediatamente después por el estruendo de uno de esos truenos que más bien parecían cañones.
Pol cruzó el umbral e inmediatamente cerró la puerta tras él. Se quedó con la espalda apoyada en ella. Estaba totalmente empapado, tanto que daba la sensación de que se hubiera tirado a una piscina con ropa. Respiraba entrecortadamente y estaba ligeramente encorvado, con la mano derecha sobre el estómago.
—¿Pero qué haces? —gritó Marc a su hijo—. Abre la puerta para que pueda entrar tu hermana.
Marc daba por hecho que Valeria vendría algunos metros por detrás. Al fin y al cabo, era más pequeña y de menor estatura. Sin embargo,

la mirada y el rostro de Pol, que reflejaban un miedo absoluto, hicieron que un frío extremo —que nada tenía que ver con la tormenta— invadiera todo su cuerpo.
—¿Cómo? —fue lo único que Pol fue capaz de verbalizar.
—¿Dónde demonios está tu hermana? —exigió saber Marc mientras notaba cómo sus pulsaciones empezaban a dispararse.
—¿No está aquí? Nos peleamos y nos separamos hace un rato, pero pensé que…
Pol no pudo acabar la frase. Su padre se le abalanzó y lo agarró por la pechera con ambas manos, plantando su cara a escasos centímetros de la de su hijo.
—¡Parece que se está terminando el puto mundo! —le gritó Marc—. ¿Y me estás diciendo que has dejado sola a tu hermana de catorce años?
Sintió una punzada de pánico recorrerle todo el cuerpo. No había tiempo que perder. Tenía que encontrar a Valeria. De un empujón apartó a su hijo, que aturdido, cayó al suelo y se quedó allí sentado mientras él salía al exterior, a la tormenta.
—¿Qué ha pasado? —preguntó Ana, con un pavor absoluto en la voz, cuando cruzó el salón y llegó al recibidor.
Pol estaba tendido en el suelo, incapaz de articular palabra. Al ver la puerta abierta y cómo su marido se internaba en aquel torbellino de agua, viento, frío y truenos, lo entendió todo. Sin mediar palabra, sin ponerse la chaqueta ni un calzado adecuado, Ana pasó junto a su hijo y se adentró con su marido en aquella tempestad.
Pol seguía sin poder reaccionar, tendido en el suelo, totalmente aturdido por la situación. Se sobresaltó cuando un ruido en el interior de la casa lo sacó de su ensimismamiento. Era un ladrido. Hulk bajó corriendo las escaleras y, ya fuera por seguir a sus dueños o por ser consciente de que quizá Valeria podía necesitarlo, salió disparado como una flecha hacia la puerta. El chico lo agarró en el último segundo y, desde el suelo y con ayuda del pie, cerró la puerta para que no pudiera escapar.
—¡Valeria! —gritaba Marc.
—¡Valeria! ¡Estamos aquí! —se desgañitaba Ana.
Escasos cien metros delante de la casa, tanto Ana como Marc

estaban desorientados. Iban agarrados de la mano y Marc llevaba una pequeña linterna que no ayudaba lo más mínimo. La cantidad de agua que caía era tan grande que no podían ver nada que estuviera a más de un metro de distancia. El viento, por su parte, era tan fuerte que en varias ocasiones pensaron que sus pies se levantarían y saldrían disparados hacia atrás.
—¡Esto es imposible! ¡Novemos nada! —legritó Ana asu marido.
Marc quiso responderle, pero, como si fuera un latigazo, rápido y sin previo aviso, la rama de un árbol golpeó en la cara del hombre. El impacto fue tan fuerte que cayó de espaldas al suelo. Notó un gran dolor acompañado de un calor pegajoso en la frente, que empezó a resbalarle por la cara hasta llegar a la boca, donde reconoció el sabor de su propia sangre.
—¡Dios mío! —gritó Ana mientras se agachaba y le ayudaba a ponerse en pie.
La visión le daba vueltas; parecía que en cualquier momento fuera a desplomarse. Desde el golpe veía pequeñas lucecitas brillantes en todas direcciones. Apoyado sobre los hombros de su mujer, fue ella quien empezó a encaminarse de nuevo hacia la casa.
Una vez dentro, los dos cayeron al suelo, desplomados. Ella, con la respiración entrecortada por el esfuerzo de haber cargado con el peso de su marido; él, por el terrible golpe en la cara de donde no paraba de brotar sangre.
El mareo de Marc iba a más. Se quedó sin fuerzas, como si aquella tromba de agua hubiera arrastrado toda su energía fuera de su cuerpo, escurriéndose entre sus dedos, y antes de desmayarse tan solo pudo decir lo que más anhelaba en aquel momento:
—Valeria, ponte a cubierto.

CAPÍTULO 11
Ana

Sin ningún tipo de duda, Ana acababa de vivir la peor noche de su vida. Con su hija pequeña desaparecida en una tormenta de proporciones épicas, su marido medio inconsciente y su hijo mayor,

incapaz de articular palabra desde que llegó empapado la noche anterior.

La tormenta llegó a su fin casi a las cinco de la madrugada. Hasta entonces, el ruido atronador y los destellos cegadores habían sido constantes.

Ana intentó llamar una y otra vez al número de emergencias, a la comisaría, a la alcaldesa y a la doctora Rosa Martín, pero todos sus intentosfueronenvano.Latormenta habíaanuladola señal, haciendo que intentar contactar con alguien por teléfono fuera tan absurdo como intentar enviar uncorreo electrónicosin tener accesoainternet.

—Mamá… lo… lo siento… lo siento mucho —espetó Pol, con la voz ronca y quebrada, mientras levantaba la cabeza hacia su madre, dejando ver una mirada repleta de lágrimas.

Su hijo estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, y entre las piernas estaba Hulk, que de tanto en tanto le daba pequeños lametones en las manos. Ana se sorprendía siempre de la capacidad que tenía aquel perro para percibir cuándo cualquier miembro de la familia necesitaba apoyo y consuelo.

—Ven, levanta —le pidió Ana, mientras ella misma se ponía en pie y dejaba a su marido inconsciente en el sofá.

Pol le hizo caso y, escasossegundos después, estaban uno enfrente del otro. Pol estaba rígido, con todos los músculos en tensión; le temblaba ligeramente todo el cuerpo y su madre podía percibir, a través de su mirada, cómo estaba roto por dentro. Lo ocurrido le estaba carcomiendo. Sin previo aviso, él la abrazó y empezó a llorar totalmente desconsolado.

Aquello duró varios minutos, hasta que finalmente Pol se apartó de su madre.
—Todo ha sido por mi culpa, mamá —sollozó, con la voz todavía más quebrada que antes.

—Pues sí, tienes toda la razón —gruñó Marc desde el sofá.
—Cariño, ¿cómo estás? —le preguntó Ana mientras se arrodillaba a su lado.
Con cuidado, su marido intentó incorporarse en el sofá y pasó de estar estirado a quedarse sentado.
—Ya puedes explicar todo lo que pasó anoche —se envaró Marc, mientras le lanzaba a su hijo la mirada más estricta y profunda que nunca le había dedicado.
Pol se quedó mirando a sus padres. Sus ojos viajaban de su padre a su madre y de su madre a su padre. Finalmente, cogió aire —y valor — y empezó a contar todo lo sucedido la noche anterior en la plaza de Tobeda. Sus padres lo escuchaban y, a medida que avanzaba en su relato, el rostrode Marc iba poniéndose más rojo y en el de Ana podía verse reflejada una decepción profunda.
—¿Me estás diciendo que dejaste a tu hermana sola por irte con una chica? —le reprendió su padre—. ¿Pero eres imbécil o qué te pasa?
—¿Dónde fue el último sitio en el que la viste? —quiso saber Ana.
—En las mesas de la plaza, donde cenaba todo el mundo.
Marc se levantó, preparado para soltar una gran cantidad de reproches hacia su hijo mayor, cuando el móvil de Ana empezó a sonar.
Ella se lanzó corriendo hacia el teléfono y descolgó sin mirar.
—i¿Valeria?! —gritó al contestar.
—¿Hola? Soy Lucía, la alcaldesa. Tengo muchas llamadas tuyas. Acabamos de recuperar la cobertura en el valle y me han llegado un montón de avisos.
—¡Nuestra hija ha desaparecido! —gritó Ana al teléfono. —¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —preguntó la alcaldesa.
Ana estuvo varios minutos explicándole a Lucía todo lo ocurrido, incluido el golpe de Marc y el tiempo que su marido había permanecido inconsciente.
—Dios mío… Es todo terrible, Ana —espetó la alcaldesa—. Ahora mismo mandaré para allá a la doctora Martín, que estaba conmigo en casa cuando empezó la tormenta y se quedó a dormir.
—Oh, perfecto —respondió Ana, agradecida—. ¿Avisas tú también a la policía para que la busquen? Nosotros vamos a salir a buscarla

ahora mismo, aprovechando que está dejando de llover.
Hubo un breve silencio y, finalmente, Lucía volvió a hablar.
—Veréis… tenemos un problema. El primer trueno, aquel tan fuerte, vino acompañado de un relámpago que, al parecer, impactó en la montaña, justo sobre la Boca de Tobeda. Aquello provocó un desprendimiento de rocas y parece que ha obstruido por completo el acceso y la salida del pueblo. Había mucha gente intentando salir del pueblo antes de la tormenta y… —hizo una breve pausa— cuatro de nuestros seis agentes estaban en el otro extremo del túnel haciendo uncontroldealcoholemia.Estánaisladosallí,loquesignifica quesolo disponemos de dos agentes. Y la tormenta ha causado daños y problemas en muchas casas. No podemos organizar una batida por Valeria ahora mismo.
—Maldita sea —respondió Ana—. Pues saldremos nosotros.
—No os precipitéis, Ana. Seguramente Valeria se haya resguardado del temporal en alguna casa. Ahora mismo todo está embarrado y lleno de rocas. Esto es el Pirineo; puede ser peligroso. Esperad un poco, por favor. La doctora ya ha salido hacia vuestra casa. Deja que examine a Marc.
—Aguantaré hasta que llegue la doctora, pero después la buscaremos sin descanso.
Cinco minutos después, vieron por la ventana cómo un coche grande llegaba al jardín delantero y cómo la doctora se bajaba con su maletín y se encaminaba hacia la casa. Pasados unos segundos, Ana abrió la puerta.
Algo iba mal. La doctora no la miraba a ella; miraba hacia el suelo, con una expresión que eramezcla de asco y sorpresa. Ana bajó lavista y se le paró el corazón. Otra vez, había un conejo muerto y, esta vez,
enlugardeundibujo,estabaacompañadodeunsobreconlasiguiente inscripción:
"Familia Amat Pérez"
Con manos temblorosas, agarró el sobre, que estaba seco, y lo abrió. De su interior extrajo una fotografía de Valeria con las manos y los pies atados; tenía los ojos cerrados y estaba amordazada. Ana palideció,cayóde rodillasyluegogritó,presa deladesesperación.

CAPÍTULO 12
Marc

Valeria estaba secuestrada. Algún desgraciado la tenía.

Marc no podía apartar la mirada de la foto de su pequeña maniatada. Intentaba analizar la imagen por si encontraba cualquier indicio de dónde podían tenerla retenida.

—¿Estás seguro, Pol? —preguntó a su hijo—. ¿Seguro que el primer trueno de todos sonó a los pocos minutos de que dejaras a Valeria sola?

—Sí, papá, estoy seguro.
—Bien —respondió Marc mientras se ponía la chaqueta para salir de casa—. El primer trueno fue el que hizo derrumbarse parte de la montaña sobre el túnel que permite salir del valle. Eso quiere decir que Valeria todavía está aquí, está en el valle.
Hacía más de veinte minutos que la doctora Martín se había marchado. Tras desinfectar la herida y ponerle una gasa a Marc en la frente, recibió una llamada del jefe de policía y tuvo que irse. Al parecer, había mucha gente necesitando atención. Algunas casas se habían inundado y una parte del techo del hotel se desplomó durante la noche, causando varios heridos.
—Ten el móvil a mano, Marc —le suplicó Ana.
El jefe de policía estaba en camino para iniciar la investigación del secuestro de Valeria. Cuando llamó a la doctora, Marc le quitó el teléfono de las manos y le explicó todo. Su mujer y él acordaron que ella se quedaría en casa y él saldría a la calle para empezar a buscar por su cuenta.
Marc ya tenía la mano sobre el pomo cuando su hijo le gritó:
—¡Papá, no!
—¿Ahora qué pasa? ¿Se te ha olvidado que tienen a tu hermana secuestrada? —le reprochó su padre de malas maneras.
Ya no tenía paciencia con su hijo, no después de haber dejado sola a

Valeria.
—Por supuesto que lo sé papá y precisamente por eso te lo digo —se defendió Pol.
—¿Qué quieres? —inquirió Marc.
—¿Por dónde vas a buscarla? Esto es enorme; no puedes ir casa por casa y hay hectáreas enteras de bosque. Solo te digo que hagamos un plan de acción.
—¿Pero de qué me estás hablando? ¿Un plan de acción? —se mofó Marc—. ¿Pero tú escuchas lo que dices? —añadió, mirando a su mujer.
—Explícate, hijo —le pidió su madre con ese tono repleto de paciencia que, incluso en situaciones tan desesperantes, era capaz de mantener.
—Veréis, en los documentales que veo sobre crímenes reales siempre dicen que lo primero que hace la policía es analizar si en los alrededores hay gente con antecedentes similares al delito que están investigando —les explicó Pol.
—Ya, pero no tenemos los recursos de la policía, hijo —espetó Ana.
Pol salió corriendo hacia suhabitación sin decirni una sola palabra y volvióa los pocos segundos consu ordenador portátil bajo el brazo.
—Tienes razón, no tenemos sus recursos, pero sí tenemos internet, y eso ya es mucho —aclaró mientras encendía el ordenador a toda prisa.
Marcobservóal chico;estabaclaroquequeríaayudar,que sesentía culpable por lo que le había pasado a Valeria. En cierto modo, aquello le reconfortó un poco.
—Veamosquénosdice Googlesiponemos:"Crímenesen elValle de Tobeda" —dijo Pol en voz alta, como si hablara para sí mismo.
Pol hizo un par de clics y, tras varios segundos, miró a su padre horrorizado.
—¡Papá! —dijo mientras giraba el ordenador y le mostraba el contenido de la pantalla.
En ella se leía el siguiente titular: "Detenido por retener a una joven contra su voluntad". La noticia tenía quince años de antigüedad y, además, iba acompañada deunafotografíaquetantoélcomosuhijoreconocieron al instante: un

hombre altoy muy fuerte, con una barba poblada y una camisa de leñador.

CAPÍTULO 13
Pol

Pol reconoció inmediatamente al energúmeno que lo había empujado y tirado al suelo en el mercado de Tobeda.

Su padre salió corriendo de casa, agarrando las llaves del coche y lanzando una última mirada de decepción a su hijo antes de partir; al menos, así la interpretó él.

—¿Quién es? —preguntó su madre.

—El tipo que se puso violento conmigo ayer —respondió Pol, sin apartar la vista del rostro de aquel hombre.
El chico no quiso reconocerlo delante de su padre y de su hermana, pero realmente sintió miedo en el supermercado. Aquella mirada, totalmente repleta de rabia; aquel lenguaje corporal tan agresivo, la facilidad con la que recurrió a la violencia física… ¿y por qué? Tan solo porque Pol llegó un par de segundos antes que él a la estantería de aquellas botellas de whisky.
Había una botella cuya marca nunca había visto en Barcelona. La agarró para inspeccionarla, la última que quedaba, cuando aquel hombre, con una constitución física más propia de un pequeño gigante, se la arrebató de las manos mientras con la otra lo agarraba y lo lanzaba al otro lado del pasillo. Suerte que apareció su padre para poder dar la cara por él, ya que en aquel momento estaba allí, tendido sobre el suelo, incapaz de reaccionar.
Minutos más tarde, cuando aquel hombre se había marchado de malas maneras, Pol sintió cómo se le aceleraba el pulso y empezaba a perder el control de la respiración. Sabía lo que estaba a punto de pasar y se negaba a que lo vieran así de nuevo. Por eso salió fuera. Se encaminó hacia el coche y recordó las indicaciones que le había

dado su psicóloga para poder evitar un ataque de ansiedad. Intentó vaciar su mente mientras utilizaba la respiración cuatrosiete-ocho. Consiste en inhalar aire durante cuatro segundos, retener la respiración durante siete y, finalmente, exhalar durante ocho. Era la primera vez que recurría a esa técnica desde que se la enseñó la doctora. Llevaba ya varios meses sin ningún tipo de ataque y pudo comprobar que controlar la respiración de aquella manera era una solución efectiva.

—Tendría que ayudar a papá —espetó Pol.

—No, tú tienes que estar aquí, cariño. Ahora vendrá la policía y mi intención es marcharme con ellos para buscar a Valeria. Tienes que estar en casa por si ella volviera o… —las palabras eran tan difíciles que su madre casi no podía articularlas— o por si la persona que la tenga nos hace llegar algún mensaje o algo… —zanjó finalmente, con todo el dolor de su corazón.

—Pero mamá, ¿no viste a ese hombre? Era gigante y, lo que es peor, su mirada era la de un loco.

—Tu padre sabe lo que hace —respondió con tranquilidad—. Aunque tampoco sabemos qué tiene de cierto esa noticia.

Pol pensó en su hermana, en su dulce y alegre hermana, a la que él siempre estaba mandando a paseo cuando intentaba animarlo con esa intensidad tan característica en ella. Se la imaginó en las garras de aquel desgraciado. Se le revolvió el estómago y sintió ira. Se levantó de la silla y empezó a caminar en círculos por el comedor.

—¡Mamá, esto ha sido por mi culpa! —gritó a su madre—. ¡Tengo que arreglarlo y encontrarla!

Se encaminó hacia la puerta, decidido a salir a buscar a Valeria y enmendarasílasituación.Perosumadrefuemásrápida yseinterpuso entre él y la puerta de la calle.

—Cariño, ya te he dicho que te tienes que quedar en casa —zanjó su madre, con un tono tranquilo, pero dejando claro que aquello no era negociable.

Aquello enfureció a Pol.

—¡¿Cómopuedes estar tan tranquila, joder?! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡¿Acaso no eres consciente de lo que está pasando?! ¡La tienen secuestrada! ¡SE-CUES-TRA-DA!

Pol vociferó tan fuerte la última palabra que sintió cómo se le desgarraba la voz.
El rostro de su madre se tensó, sus cejas se fruncieron y le dedicó a su hijo la mirada más severa de su vida.
—¡No confundas mi aparente tranquilidad con pasotismo! Te sientes culpable y quieres actuar; lo entiendo. Pero ¿qué ganaremos siendo todos impulsivos? —reprochó ella sin apartar la mirada—. Dime, ¿qué pasa si ahora le pasa algo a tu padre? ¿O qué hacemos si sales a la calle y el que desaparece eres tú? —zanjó mientras le clavaba el dedo índice en el pecho.
Pol jamás había visto a su madre de aquella manera. Transmitía fuerza. Era como una leona, una pequeña fiera que estaba sopesando todas las opciones para que toda su familia estuviera a salvo.
—Y jamás vuelvas a insinuar que me da igual que Valeria esté secuestrada. Tengo ganas de vomitar a cada minuto y siento como si tuviera un puñal clavado en el pecho desde que he visto esa foto —añadió con lágrimas en los ojos.
Aquello derrumbó al muchacho. Ver a su madre llorar acabó de quebrarlo del todo y de la misma forma que había hecho antes, la abrazó, permitiendo que sus emociones —tan a menudo retenidas— fluyeran a través del llanto; solo que esta vez no lloraba solo.
—Pol … —espetó su madre cuando se separaron de aquel largo abrazo.
—¿Qué?—preguntóel chicomientrasla miraba alosojos,todavía vidriosos.
—Te prometo que encontraremos a tu hermana y si alguien le ha hecho daño, lo lamentará el resto de su vida.

CAPÍTULO 14
Marc

Tras ver la foto de aquel hombre en el ordenador de Pol, Marc salió corriendo hacia su coche sin perder ni medio segundo. Lanzó una última mirada a su hijo, cargada de gratitud. Desde la noche anterior

estaba profundamente dolido con él, pero la idea de consultar en internet podría ser clave para encontrar a Valeria. En cierto modo, quiso decirle a su hijo con aquella mirada que todo saldría bien.

Se subió al coche y condujo lo más rápido que pudo hasta el supermercado. El viaje fue de lo más movido que Marc recordaba. Por culpa de la tormenta, todo estaba embarrado, repleto de baches, y una gran cantidad de árboles habían caído al suelo, arrancando incluso sus profundas raíces. Por suerte, el coche estaba adaptado para terrenos en aquellas circunstancias. Por desgracia, no todas las casas que Marc iba viendo por el camino estaban preparadas para el temporal. Había destrozos en muchas de ellas: ventanas rotas, árboles caídos sobre los tejados e incluso algunas se habían inundado.

Finalmente llegó al aparcamiento del supermercado, que estaba vacío salvo por dos pequeñas camionetas que resultaron ser de los trabajadores.

—Está cerrado, amigo —informó un hombre de unos cincuenta años al ver cómo Marc se dirigía hacia la puerta.
Tenía un mocho en la mano y estaba intentando sacar litros y litros de agua que se extendían por el interior de todo el local.
—Necesito hablar con la carnicera, por favor. Ayer tuve un encontronazo aquí con un hombre y ella lo reconoció. Creo que ella lo reconoció —respondió Marc.
—Mire, amigo, ella no está aquí, no puede ayudarle. Además, aquí no queremos problemas. Será mejor que se marche —zanjó el dueño del supermercado.
—Por favor, se trata de mi hija. Creo que aquel hombre le ha hecho algo, ha desaparecido y tengo entendido que no es la primera vez que tiene algún incidente así —suplicó sin darse por vencido.
El hombre bufó y miró hacia el cielo. Tras varios segundos de meditar sobre si lo que estaba a punto de hacer era lo correcto o no, confesó:
—Está bien. Yo también presencié lo ocurrido ayer y ese hombre es

muy especial. Se llama Diego, vive arriba, casi en el mirador norte.
—¿Cómo llego allí? —quiso saber Marc con ansia.
—Vuelva por el camino y, en la bifurcación, siga las indicaciones hacia la ermita del Trueno.
—Gracias —gritó Marc, justo antes de salir corriendo de nuevo hacia el coche.
A los pocos metros de salir del aparcamiento del supermercado encontró las señales hacia la ermita. Marc empezó a alejarse del pueblo y, a medida que el camino se iba haciendo más inclinado, se adentraba más y más en la naturaleza. Cruzó varios riachuelos, pasó por varios montículos hasta que finalmente se encontró de cara con un último ascenso, con la inclinación más alta por la que nunca se había atrevido a conducir. Frenó dubitativo hasta detenerse por completo. Aquella subida impresionaba mucho. Su coche era un todoterreno y supuestamente de los buenos; en teoría debería poder subir sin problemas, pero como nunca había probado nada similar, tenía dudas.
Arrancó el coche con fuerza y decisión para empezar el ascenso. Por suerte, su coche pudo afrontar aquella subida sin problemas.
Aquella situación hizo que Marc pensara en Valeria. La sensación de notar cómo el miedo se había marchado de su cuerpo le recordó cuando su hija era pequeña y estaba aterrada por el supuesto monstruo que vivía en su armario. Ella le despertaba despavorida en mitad de la noche y él la acompañaba de nuevo a su dormitorio para abrir el armario juntos y mostrarle que no había ningún monstruo escondido entre sus camisetas. Después le ponía la mano sobre el pecho y le decía:
—Espera, que te quito el miedo.
Y hacía como si agarrara algo del interior de la pequeña y lo sacara hacia fuera, para luego simular que lo lanzaba hacia la ventana que daba a la calle.
Aquello siempre calmaba a Valeria y le permitía dormir con tranquilidad absoluta.
Recordar aquello provocó que un par de lágrimas recorrieran la cara de Marc mientras continuaba el ascenso hacia su pequeña.
¿En qué momento se había hecho tan mayor? ¿Cómo había pasado

el tiempo tan rápido? ¿Qué era lo último que le había dicho a su niñita? ¿Volvería a verla? ¿Estaría bien? ¿Estaría… viva?
Ya no eran solamente dos lágrimas las que recorrían su rostro. Pensaba en Valeria, en lo mucho que la quería y en que tenía que encontrarla sí o sí. Le daba igual qué hacer o hasta dónde tuviera que llegar; su hija lo necesitaba.
Finalmente llegó a la cima y, tras unos cien metros de llano, a la derecha del camino se abría una extensión con una cabaña de madera y un gran todoterreno.
Marc detuvo el coche, se limpió la cara con las manos y se encaminó hacia aquella casita de madera.
Un gran bosque se extendía justo detrás de la casa, que estaba rodeada de árboles y arbustos.
Marc aporreó la puerta con el puño cerrado. Pasaron varios segundos y no obtuvo respuesta. Volvió a golpearla, esta vez con mucha más fuerza. Seguía sin obtener respuesta del interior. A la derecha de la puerta había una gran ventana tapada con una cortina desde el interior. Intentó mirar dentro de la casa, pero resultó imposible: la cortina lo tapaba todo.
Marc se apartó de la casa para levantar una gran piedra que se encontraba a un par de metros de distancia. Entraría en aquella casa por las buenas o por las malas.
Estaba a punto de lanzar la piedra a la ventana cuando la puerta se abrió.
—¿Qué diablos quieres? —quiso saber Diego.
Era alto, fuerte; sus brazos y su pecho destacaban especialmente. La barba era muy poblada y descuidada y, de nuevo, lo que más inquietó a Marc fue su mirada: la de un hombre que no tiene nada que perder, y eso podía convertirlo en alguien muy peligroso.
—¿Dónde está mi hija? —exigió Marc mientras levantaba la piedra de forma amenazante.
—¿De qué me estás hablando? ¿Quién coño eres? —respondió Diego con tono tranquilo, ignorando la piedra.
—¡No te hagas el tonto! —se envaró Marc, dando un paso hacia él—. ¡Ayer agrediste a mi hijo y luego te llevaste a mi hija!
Diego chasqueó los dedos mientras sonreía y, con el rostro, dejó

claro que ya recordaba quién era Marc.
—Eres el hombre que ayer quiso defender al mocoso en el supermercado. ¿Cómo está? ¿Ya ha aprendido modales? —preguntó irónicamente.
—No te hagas el tonto conmigo. En el pueblo todos te conocen. Eres peligroso. Sales hasta en internet.
Aquello enfureció al hombre, que en dos zancadas se plantó a escasos centímetros de Marc.
—Sí, salgo en internet por algo que no cometí —espetó con rabia mientras daba un golpe en la mano de Marc, haciendo que la piedra saliera volando hacia atrás.
Para ser tan grande, los movimientos de aquel ermitaño eran muy rápidos y ágiles.
—Retuviste a una chica contra su voluntad y ahora mi hija ha desaparecido —le gruñó Marc, a escasos centímetros de su cara.
Ambos estaban tensos, con los puños cerrados, mirándose sin parpadear. Marc sabía que, en condiciones normales, no podría vencera unhombretan fuerte. Suúnica posibilidaderacogerlapiedra o algún objeto contundente que estuviera a su alrededor. Con el rabillo del ojo observó que, a un par de metros, había una pequeña barbacoa con muchos troncos apilados justo debajo. Si pudiera agarrar alguno, quizás podría defenderse de aquel pequeño gorila.
Estaba a punto de girarse para lanzarse hacia la barbacoa cuando Diego fue más rápido. Dio un paso hacia atrás y, para sorpresa mayúscula, utilizando un tono que parecía hasta gentil, se disculpó:
—Oye, perdona por lo de ayer. No debí empujar a tu hijo ni ponerme así contigo. Metí la pata y te pido perdón, pero no sé de qué me estás hablando cuando dices que tu hija ha desaparecido.
Aquello dejó descolocado a Marc; aquel cambio tan brusco de actitud no se lo esperaba.
—Mi hija desapareció anoche, en la fiesta de primavera —titubeó finalmente Marc.
—Puesyoestabaaquí,comocadanoche, bebiendosolo. Notengo nada que ver.
—Entonces no te importará que mire dentro de tu casa, ¿verdad?
Aquella petición no le gustó demasiado a Diego. Tras varios

segundos sosteniendo la mirada, finalmente cedió.
—Está bien, pasa, pero te advierto que no está demasiado limpia —inquirió Diego mientras, con el brazo, hacía un gesto hacia la cabaña, invitándole a pasar.
Marc entró buscando cualquier indicio o pista que indicara que Valeria hubiera estado allí. El ermitaño no mintió en absoluto: la cabaña no estaba limpia, pero no había ni rastro de Valeria. Marc buscó por la cocina, el dormitorio, el baño y el salón y no encontró nada. Tan solo le quedaba mirar tras una pequeña puerta cerrada al final de la casa. Si Valeria estaba en aquella cabaña, tenía que estar allí.
Con el corazón desbocado, colocó la mano sobre el pomo y empujó la puerta. Dentro no encontró a su hija, pero lo que vio le dejó perplejo igualmente: aquella estancia era una armería. Una estantería con rifles de tamaños y colores diferentes, una colección de cuchillos e incluso un arco colgado de la pared.
En el mismo momento en que Marc se percató de que faltaba un rifle entre aquellacolección, escuchóel sonidode unarma cargándose a su espalda.
Sintió cómo el corazón se le paraba en seco. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Entrar así en aquella cabaña sin vigilar a ese hombre. Sus ganas de encontrar a Valeria le hicieron perder la prudencia.
Levantó las manos sin que nadie le dijera nada y poco a poco giró sobre sus talones, imaginándose que encontraría a Diego encañonándolo a escasos metros. Sin embargo, el hombre estaba sentado en el sofá, mientras cargaba un rifle sin prestarle atención.
En aquel momento, el ermitaño se percató de la postura de Marc y empezó a reírse a carcajadas.
—¿Qué haces? —rió Diego—. ¡No pienso hacerte nada! ¡Soy cazador! Y tenía pensado salir esta mañana.
Marc bajó los brazos, sintiéndose un idiota.
—Ahora que has visto que tu hija no está aquí, lárgate, por favor —pidió Diego colgando el rifle al hombro.
Ambos salieron de la casa y mientras Marc se encaminó hacia su coche, Diego lo hizo hacia el bosque. Justo antes de perderse entre

los árboles, se giró y gritó:
—¡No deberías juzgar un libro por su portada! Esa noticia de internet es mentira y me jodió la vida.
Tras pronunciar aquellas palabras, se perdió entre la maleza.
Marc se sintió estúpido. Creía que podría haber encontrado a Valeria allí, pero el único indicio había sido una noticia antigua de internet. Quizá Ana tenía razón: habría que buscarla con el apoyo de la policía, por escaso que fuese.
Se subió al coche y lo pusoen marcha. Solo había avanzado un par de metros cuando frenó en seco y salió corriendo hacia un matorral junto a la casa. Algo había captado su atención: una tonalidad distinta entre el verde y el marrón que envolvía la cabaña.
Entre las ramas del arbusto, de un color rosa chicle, se encontraba el coletero que su hija se había puesto en la muñeca antes de salir de casa.

CAPÍTULO 15
Ana

Ana se encontraba en el interior del coche del jefe de policía, Andrés Castillo. Hacía tan solo unos minutos que había llegado a casa. Se dirigían al pequeño local que hacía de "cuartel" en Tobeda. El agente había insistido mucho en eso; allí podrían tramitar la denuncia de desaparición y, lo más importante, acceder a las pocas cámaras de seguridad repartidas por el valle para intentar ver qué había sucedido con Valeria.

Andrés Castillo era un hombre calvo; la edad dejaba huella en su rostro, pero tenía una complexión fuerte a pesar de su barriga y transmitía cierta seguridad.

—¿Cómo va todo por el pueblo? —preguntó Ana para romper el silencioincómodo, mientras observabael estado de las casasa medida que se acercaban al centro del pueblo.

—Pues bueno, parece que solamente ha habido daños materiales y algunos ataques de pánico —respondió con calma el hombre.
—¿Y lo de los agentes atrapados? —quiso saber ella.
—Están bien. Por suerte, estaban en el otro extremo del túnel cuando las rocas empezaron a caer. Me han dicho que los sistemas de emergencia ya están movilizando maquinaria pesada para despejar todo, así que en principio, en uno o dos días, deberíamos volver a la normalidad —sentenció el agente.
Ana estaba muy nerviosa; un ligero temblor recorría su pierna derecha. En los últimos años había aprendido a vivir y a lidiar con el miedo y la ansiedad. Hubo una época, cuando empezó el tratamiento, en que no sabía cómo se desarrollarían los acontecimientos, y su mente se llenaba de una gran cantidad de escenarios negativos. Sin embargo, no solo aprendió a convivir con ellos, sino que la hizo una persona más fuerte, capaz de controlar todos esos escenarios negativos que la ansiedad nos hace imaginarnos dentro de nuestra mente.
Pero aquello era diferente. No se trataba de ella: se trataba de Valeria, y para eso no estaba preparada. No podía quitarse de la cabeza la imagen de su hija atada de pies y manos.
El jefe de policía se percató del temblor y quiso calmarla.
—Ana, estate tranquila. La encontraremos. Tenemos tres cámaras que cubren el camino que va desde la plaza del pueblo hasta la casa donde estáis hospedados.
El agente se acarició la barbilla y carraspeó antes de continuar, mostrando cierta incomodidad en su voz:
—Y bueno…, tengo que preguntar… estáis seguros de que esto no sea una broma pesada de la propia Valeria, ¿verdad?
—¿Perdona? —respondió Ana, con el rostro desencajado.
—De acuerdo, de acuerdo, no te enfades. Solo digo que cuando se trata de adolescentes, hay que contemplar todos los puntos de vista posibles.
Ana se quedó en silencio, ofendida por la simple insinuación de que su dulce niña pudiera ser participe de algo así.
—No te ofendas, en serio. Una vez hubo una niña que se enfadó tanto con su madre por no dejarle hacerse un tatuaje que fingió

haberse perdido, y la muy maleducada se escondió en una habitación vacía del hotel. Dos días enteros buscando para nada —explicó el agente entre risas, como si aquello fuera algo divertido—. Y otra vez, un grupo de jóvenes que vino aquí a pasar un fin de semana, como excursión de invierno del instituto, también nos dio guerra. Uno de ellos se enamoró de una francesa a la que había conocido aquí y se fugó con ella. Los adolescentes y jóvenes no suelen actuar de forma racional, solo digo eso.
—Valeria no es así. Valeria… —no le salían las palabras—. Ella es buena, generosa, divertida, es una persona excepcional… nunca haría nada semejante —zanjó, mientras le lanzaba una mirada desafiante al agente.
Andrés Castillo interpretó aquel tono y no insistió. Pasaron varios minutos en silencio hasta que finalmente llegaron a una pequeña estancia: un edificio de una sola planta con varios despachos, una sala de espera, un pequeño calabozo con cabida para una sola persona y un pequeño almacén.
—Si lo comparas con las comisarías de las grandes ciudades, esto debe de resultarte enano —espetó el agente.
—Vamos a ver las cámaras de seguridad —respondió Ana, que no quería perder ni medio segundo en conversaciones triviales.
—Sí,poraquí—indicóAndrés,abriendola puertade sudespacho. Erauna estancia pequeña,conunescritorio, unordenadory,varias fotografías colgadas en las paredes. Todas estaban enmarcadas y en todas aparecía el jefe de policía con una sonrisa radiante. Eran bastante similares entre sí; todas tomadas en el Valle de Tobeda, siemprerodeadodegentey enmediodealgúnparajenaturalprecioso. Sin embargo, una foto captó la atención de Ana por encima del resto. Junto al lago, apoyados en un gran árbol, había tres personas: dos hombres y una mujer. Andrés no había cambiado demasiado; la única diferencia era que entonces tenía pelo. Ana no reconocía a las otras dos personas. La mujer era bajita y sostenía a unbebé en brazos. El otro hombre, en cambio, le resultaba familiar: barba frondosa, muy alto, corpulento y…
—¿Quiénes son? —exigió saber Ana.
Andrés estaba encendiendo el ordenador y la pregunta lo pilló

desprevenido; tardó varios segundos en responder.
—Somos… en esa foto estamos…
—¿Es el ermitaño? ¿Era amigo de ese hombre tan violento? —inquirió ella.
Andrés se removió incómodo. Se le notaba en los gestos y en cómo evitaba mirarla a los ojos.
—Oye, éramos jóvenes… —empezó el policía con la voz entrecortada —. Crecimos juntos, tenemos la misma edad y sí, manteníamos una relación de amistad.
—Le he contado que mi marido ha ido a por ese hombre tras ver por internet que retuvo a una chica contra su voluntad, y usted no me ha dicho nada —Ana estaba furiosa con el agente.
—Ana, le acusaron de aquello, pero nunca prosperó. El caso fue archivado —matizó él—. Sinceramente, dudo que tu marido encuentre algo en esa casa, salvo mucha mierda y botellas de alcohol vacías.
Ana lo miraba con incredulidad y él, para tranquilizarla, se llevó la mano al pecho, como haciendo un juramento, y añadió:
—Vamos a revisar las grabaciones y, si vemos algo sospechoso, iremos a por quien sea. Tienes mi palabra. Además, mi relación con Diego murió con aquella acusación. Todos le creímos culpable y, cuando se archivó el caso, no nos lo pudo perdonar. Y Rosa se fue un par de años después de hacernos esa foto; regresó hace solo unos meses. Así que no es que conserve demasiadas amistades reales por aquí —expresó con cierta tristeza.
—¿QuéRosa?¿Lade lafotoesladoctoraMartín?—preguntóella.
—Sí, es ella. Éramos amigos… Antes de que su vida se fuera a la mierda. Su marido se marchó y llevándose consigo a la pequeña Maika. Llevaban tiempo mal como pareja y, de la noche a la mañana, desapareció con la niña.
Ana empatizóde nuevoconladoctoraMartín.Enpersonale había parecido muy dulce y amigable. No entendía cómo había personas que, por hacer daño a sus parejas, ejercían la llamada violencia vicaria, utilizando a sus hijos para dañar a la pareja. Solo pensarlo le ponía la piel de gallina.
El ordenador se encendió finalmente, emitiendo un pitido que hizo

que Ana se dejara de pensar en la doctora Martín.
—Vamos a ello, pues —dijo el agente en voz alta mientras empezaba a teclear y mover el ratón sin parar—. Veamos, vuestro hijo dijo que dejó sola a Valeria poco antes del primer trueno, ¿verdad?
En la pantalla apareció la imagen de la plaza del pueblo abarrotada de gente. Mesas rectangulares, personas comiendo, bebiendo y divirtiéndose. Ana sintió un vuelco en el corazón cuando distinguió una mancha rosa en una esquina del monitor. Era Valeria; estaba con Pol y una chica. Justo en ese momento, Pol se marchaba y la dejaba sola.
Sintió rabia al ver la expresión de incredulidad de su pequeña mientras observaba cómo su hermano mayor la dejaba sola.
Andrés avanzó la grabación para ver hasta que Valeria emprendió el camino de vuelta a casa.
—Perfecto —añadió el agente—. Por ese camino tenemos tres cámaras.
Cambió a la siguiente, situada a unos cien metros de la plaza. Tras avanzar varios segundos, allí estaba Valeria, preciosa, bien conjuntada, con el paraguas en la mano. Recorrió todo el tramo sola; nadie la seguía y no se apreciaba que nadie más estuviera en aquel camino.
—Pasa a la siguiente cámara —suplicó Ana.
En la siguiente toma, Valeria estaba distinta: sus movimientos eran rígidos,miraba hacia losladosysujetabael paraguasde formadistinta; en lugar de agarrarlo por el asa de forma normal, lo asía por el mango, conel puñobiencerrado,comosiquisierautilizarloparagolpear,para defenderse.
El corazón de Ana se aceleró al verla salir por el límite de la grabación.
—La siguiente es la última de ese camino— explicó Andrés—. Está a unos doscientos metros de vuestra casa.
De pronto, la pantalla se volvió totalmente negra.
—Pero, ¿qué demonios? —murmuró Andrés.
—¿Qué pasa? —preguntó Ana con el corazón en un puño.
Andrésestaba pálidoy, conelpánicoreflejadoensurostro,la miró y dijo,

con la voz quebrada:
—Ana… no hay grabación… Ha sido borrada hace unas pocas horas.
El corazón de Ana se paró en seco por el miedo y sin saber por qué, de forma instintiva, clavó de nuevo sus ojos en aquella fotografía donde estaban Andrés, Diego y Rosa Martín.

CAPÍTULO 16
Andrés, Diego y Rosa

1977

Era un día muy soleado de verano, de esos que, si no quieres que el sol del Pirineo te deje la piel roja y quemada, tienes que embadurnarte bien con protector solar.

El cielo estaba totalmente despejado y, como de costumbre, el Valle de Tobeda estaba precioso mirases donde mirases. El pueblo estaba repleto de veraneantes y los caminos y senderos estaban atestados de excursionistas realizando todo tipo de actividades de montaña como el trekking o senderismo. Los bosques, verdes y abundantes, estaban en silencio. El cantar de los pájaros, las ramas quebrándose o el pisar de algún animal sobre el suelo eran lo único que rompía aquel silencio, hasta que dos amigos irrumpieron allí con sus bicicletas de montaña a toda velocidad, haciendo que decenas de aves se marcharan volando.

—i¿A que no me pillas, caraculo?! —gritó Diego mientras atravesaba un arbusto y empezaba a pedalear por un sendero con todas sus fuerzas.

—¡No ganarás esta vez! —protestó Andrés segundos después, atravesando el mismo arbusto que su amigo, pero con mucha más fatiga y con el rostro empapado en sudor.

—¡Nos vemos en la cima! —espetó Diego a modo de respuesta, mientras no paraba de aumentar la distancia con su amigo.

Durante varios minutos los dos chicos pedalearon lo más rápido que pudieron para llegar a la cima de aquel sendero, pero en ningún momento fue una carrera igualada. Andrés lo intentaba, pero le resultaba imposible seguir el ritmo de Diego, que, con un físico bastante potente para tener solamente doce años, incrementaba su distancia con él cada segundo que pasaba.
«Venga,joder»,pensóAndrésintentandoganarvelocidadmientras peleaba con un dolor latente en el costado y un tirón cada vez más fuerte en los cuádriceps.
—No puedo perder —se dijo a sí mismo, cuando dejó de ver a Diego.
Andrés y Diego eran inseparables desde que nacieron. Ambos tenían la misma edad y sus padres eran amigos, de manera que llevaban toda la vida jugando juntos y, a pesar de que se querían muchísimo, tenían una rivalidad constante en todo lo que hacían. Normalmente Diego ganaba en todo lo que implicara fuerza física y Andrés solía salir vencedor cuando había que resolver algún acertijo o pensar rápidamente.
Finalmente, Andrés llegó a la cima del sendero y todo el Valle de Tobeda seabrióantesusojos. Desde allíarribaseveíatodo:el pueblo, la ermita, las cuevas de la ladera, todos los bosques y, en el centro, brillante por la luz del sol que reflejaba, estaba el lago.
—Hoy lo has hecho en doce segundos más rápido que el otro día —informó Diego antes de beber un gran trago de agua de su botella.
—¡No me digas que lo has cronometrado! —respondió Andrés mientrasse bajaba delabici yseplegabahaciadelantesobresucintura por la fatiga.
—Sí, lo he cronometrado, y yo también he ido más rápido que la última vez —dijo con una sonrisa mientras flexionaba el brazo y enseñaba un bíceps que empezaba a estar bien marcado.
—No entiendo por qué lo haces, ya sabes que eres el mejor de los dos. Yo nunca podré alcanzarte en bicicleta… ni nadando, ni lanzando piedras, ni levantando más peso que tú —zanjó abatido, mientras se dejaba caer de culo en el suelo.
—¡No digas tonterías! —respondió su amigo mientras caminaba hasta él, se agachaba y le ponía una mano en el hombro—. Yo

nunca seré más rápido quetúsumando, haciendo operaciones ojamás podré leerme un libro tan rápido como... bueno, no querré leerme un libro.
Los chicos tenían asumidos sus roles y, hasta el momento, jamás les había supuesto un problema. Era como si, de forma natural, tuvieran asumido que uno era el fuerte y el otro el listo. Y no les importaba. Sinembargo,nosabíanqueesoestaba apuntodecambiar.
—¿Has traído eso? —preguntó Andrés desde el suelo con cara de curiosidad.
—Pues claro, aunque si me pilla mi padre me mata —contestó Diego mientras giraba el cuello en todas direcciones para asegurarse de que no había nadie espiándolos—. Vamoshacia aquel saliente para colocar las latas.
Ayudó a su amigo a ponerse en pie y fueron hacia un árbol caído junto al barranco. Allí, sobre el tronco, colocaron cinco latas vacías de Coca-Cola que llevaba Andrés en la mochila.
—Venga, sácala, no seas cobarde —le pidió Andrés a su amigo.
Diego volvió a mirar en todas direcciones y, finalmente, tras estar segurode que no había ojos indeseados observando, abrió su mochila y sacó de ella una pistola.
—¡BUA! —gritó Andrés de emoción al verla y rápidamente llevó sus manos hacia el arma.
—¡Quieto! —vociferó su amigo mientras llevaba la pistola hacia su espalda, impidiendo que pudiera cogerla—. Esto no es un juguete, con esto puedes matar a alguien, ¿lo entiendes?
Andrés estaba absorto mirando la pistola; siempre había querido ver una de verdad. Su sueño era ser militar, de esos que salen en las películas y hacen cosas heroicas todos los días, iban ala guerra y luego hacían películas sobre ellos.
—De acuerdo, déjame disparar ya.
Diego le miró fijamente, analizando asu amigo, queestabaansioso y temblaba de pies a cabeza por agarrar la pistola de su padre.
—Está bien, pero ten cuidado.
Le ofreció la pistola por la culata y el chico, con los ojos grandes como platos, la agarró en menos de un segundo. Entonces, sin previo aviso, sin esperarse a que Diego le explicara cómo se había

colocado él al practicar con su padre, levantó el cañón hacia la primera lata y apretó el gatillo,no una vez, sino doce. Su brazo parecía bailar en cada disparo, pues el retroceso del arma le había pillado desprevenido.
Los doce disparos sonaron como truenos en lo alto del Valle y, finalmente, el cargador se vació por completo.
—i¿Eres imbécil?! —le gritó Diego mientras le quitaba la pistola de las manos—. Solo teníamos ese cargador, ya no podremos practicar más.
—Lo… lo siento —se disculpó Andrés, que estaba paralizado después de aquel subidón tan grande de adrenalina que había sentido al disparar.
—Además, eres malísimo, no le has dado a ninguna lata. Si no apuntas es imposible que le des.
Andrés estaba paralizado. Llevaban días hablando de aquello, de cómo cada uno dispararía seis balas y sobre cómo Diego le enseñaría a disparar. Ahora ya no podrían hacer nada de eso.
—Lo siento mucho, de verdad —fue lo único que pudo verbalizar mientras miraba a su amigo y veía en él un rostro arrugado por el enfado.
Diego se quedó en silencio durante varios segundos hasta que, finalmente, su entrecejo se relajó y su rostro volvió a mostrar una pequeña sonrisa.
—¿Sabes? Yo hice más o menos lo mismo que tú la primera vez que mi padre me dejó disparar. Solo que no vacié el cargador en seis segundos, simplemente apunté en otra dirección y, sin querer, apreté el gatillo, volando el retrovisor de la camioneta de papá —explicó mientras reía al recordar aquella anécdota.
—¿En serio? Eso es peor que lo mío.
—Sí, pero no voy a poder volver a coger un cargador del arma sin que mi padre se dé cuenta hasta dentro de mucho tiempo. ¡Serás melón! Tenía muchas ganas de disparar hoy.
Pasaron la siguiente media hora practicando puntería con piedras. Iban empatados: Diego había derribado dos latas y Andrés otras dos, hasta que finalmente, y para sorpresa de ninguno, Diego derribó la tercera lata, ganando aquella competición.

—¡Mierda! —exclamó Andrés mientras lanzaba la piedra que tenía en la mano por el barranco—. Venga, vamos al lago, que tengo calor y quiero pegarme un chapuzón antes de ir a casa.
—No he traído bañador, pero por mí perfecto —respondió Diego mientras se subía a la bicicleta.
Quince minutos después habían descendido la ladera y ya estaban a la orilla del lago. Estaban debajo de una haya enorme, la más grande de la zona. Siempre que iban al lago dejaban allí sus cosas. Diego notaba nervioso a su amigo, inquieto. Sabía que se arrepentía del incidente con la pistola, pero lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no estaba así por aquello. En todo el descenso no había soltado palabra y aquella vez no fue una carrera: fueron juntos, en paralelo, y aunque Diego no paraba de hablar y de hacerle preguntas, él solo respondía con monosílabos o con leves movimientos de cabeza. En cuanto llegaron al lago y se bajaron de las bicicletas, solo hacía que lanzar miradas fugaces hacia todas direcciones. Algo le pasaba a su amigo y Diego no lo entendía. Hasta que finalmente la vio aparecer.
—¡¿No me jodas, que le has dicho que venga?!
Andrés levantó la cabeza y miró hacia la misma dirección que su amigo.
Se acercaba una compañera del colegio. Morena, con el pelo hasta la cintura, guapa y bastante repelente en opinión de Diego. Sin embargo, todo el mundo sabía que Andrés estaba colado por ella desde hacía varios cursos. Era Rosa Martín.
—Intenta ser simpático —suplicó Andrés en un susurro para que ella no lo escuchara.
—¿Con ella? Pero si va siempre con esa cara de sabelotodo insufrible.
—Hola a ti también, imbécil —espetó ella al llegar junto a ellos— . Hola, Andrés, gracias por avisarme esta mañana, la verdad es que llevo un par de días bastante aburrida.
—Ya, es lo que tiene no tener amigos —inquirió Diego cargando cada palabra con asco.
—¡Diego, no te pases, joder! —gritó Andrés.
—No te preocupes, Andrés, es como un gorila: se piensa que por ser

más grande que los demás es el líder de la manada.
Diego iba a responder, pero se mordió la lengua al ver cómo su amigo le imploraba con la mirada que, por favor, parara aquella discusión entre ellos.
La verdad es que Diego y Rosa estaban siempre riñendo entre ellos, ya fuera en el colegio o bien cuando se juntaban con los amigos de clase en cualquier lugar del Valle. Aunque la realidad era que casi siempre era Diego quien empezaba las peleas siendo muy desagradable con ella, lanzando insultos muy agresivos, mientras que Andrés estaba colado por ella y siempre la trataba con el mayor de los respetos; la cuidaba e intentaba que siempre estuviera cómoda. Sin embargo, parecía que ella no se daba cuenta de eso.
—Venga, vamos a bañarnos —suplicó Andrés tras varios segundos de silencio incómodo.
—Sí, qué divertido, vamos a bañarnos con la amargada esta —contestó Diego mientras se alejaba hacia su mochila para dejar en ella su ropa.
—No le hagas caso, por favor —le susurró a Rosa.
Ella asintió levemente con la cabeza y empezó a sacar de su mochila una toalla y unas chanclas.
Andrés, por su parte, hizo lo mismo: preparó la toalla para cuando saliera del agua y se quitó la camiseta y los pantalones, quedándose en bañador. Levantó la cabeza y se quedó perplejo al ver a Rosa en bañador. Era preciosa, perfecta en su opinión, y ya le estaba cambiando el cuerpo; en cierto modo, era una mini mujer, pero con doce años. Analizó todo su cuerpo con la mirada hasta que cayó en la cuenta de lo mal que quedaría si ella se percataba de aquel análisis tan exhaustivoal que la estaba sometiendo. Sin embargo, ella estaba igual, con la mirada fija, los ojos muy abiertos, sin casi parpadear, fijos en algo más allá de Andrés. El chico siguió la trayectoria de su mirada y comprendió que estaba analizando de la misma manera que él había hecho con ella, el cuerpo de Diego, que se había quitado la camiseta y los pantalones. Estaba en calzoncillos. A pesar de sus doce años de edad, estaba muy desarrollado y mientras el cuerpo de Andrés era el de un niño, el de Diego parecía el de un joven mucho más mayor. Por primera vez en su vida, sintió

vergüenza por su aspecto físico y, con un pellizco en su estómago, deseó que el cuerpo fuerte y musculado fuera el suyo y no el de su amigo.
—¿Vamos al agua? —espetó Andrés avanzando un metro para cortar la imagen de Diego para Rosa.
—Eh… sí, sí, sí, vamos al agua —respondió ella, roja como un tomate, mientras se metía en el agua.
Se metieron los tres dentro del lago. El agua estaba fría, incluso en un día tan caluroso como aquel. Diego no paraba de hacer largos de veinticinco metros, mientras que Andrés y Rosa hablaban cerca de la orilla sobre cotilleos de la gente de clase, aunque Andrés veía todo el rato cómo los ojos de Rosa no paraban de buscar a Diego. ¿O quizás se lo estaba imaginando?
Pasado un buen rato, el sol empezó a descender y decidieron salir del agua.
—Supongo que me llevaréis hasta la plaza del pueblo, ¿no? — lanzó Rosa al aire, como quien no quiere la cosa.
—¿Perdona? —contestó airado Diego—. ¿Te crees que eres una princesa y tenemos que llevarte en carruaje?
—En carruaje no, pero me basta con que me lleves en tu bici.
—Ni lo sueñes.
—Yo sí puedo llevarte, no hay problema —contestó Andrés mientras levantaba su bici del suelo y montaba en ella.
—Gracias, pero creo que la bici de él es más grande e iremos más cómodosen ella—respondióseñalandohaciala bicicletade suamigo.
Aquello heló lasangre de Andrésy fue todavíapeorcuando Diego, de mala gana, levantó su bici del suelo y aceptó llevarla. Ella se subió corriendo detrás de él con una sonrisa de oreja a oreja y se abrazó muy fuerte a Diego, apretando sus manos en aquellos abdominales marcados que había estado mirando un rato antes.
Empezaron el trayecto hacia el pueblo sin hablar. Andrés no lo entendía. La trataba bien, con cariño, se preocupaba por ella y, sin embargo, ella no parecía darse cuenta.
El chico iba tan absorto en sus pensamientos que casi cae de la bici en varias ocasiones; la primera al chocar con un pequeño árbol y la segunda al pasar por encima de uno de esos aljibes de

mantenimiento que están a ras de suelo y que se utilizan para almacenar el agua cuando hay una crecida del caudal.
Llegaron a la plaza del pueblo y pararon junto al antiguo pozo de la plaza. Ella se bajó y, antes de poder despedirse, Diego lanzó uno de sus habituales ataques.
—No te acostumbres a esto, que no eres tan especial como te crees.
Andrés quiso intervenir para que la conversación no se volviera a complicar, pero Rosa fue más rápida.
—¿Sabes? Aunque estés acostumbrado a ver cómo se maltrata a tu madre, no es obligatorio que trates mal a todas las mujeres con las que te cruces.
Aquel comentario fue devastador.
Los dos chicos saltaron de las bicis, uno queriendo golpear a Rosa, el otro para interponerse entre ambos.
—¡¿Qué has dicho?! —gritó Diego.
—Lo que has oído —contestó ella—. Lo sabe todo el mundo: tu padre es un borracho y está golpeando a tu madre constantemente.
Diego la quería matar, estaba fuera de sí. Andrés llegó a tiempo para que él no pudiera agarrarla, sin embargo, aunque intentó forcejear con él, Diego lo lanzó al suelo con facilidad.
—¡¿Me vas a pegar como pegáis a tu madre?! —preguntó ella, repleta de rabia.
Diego levantó el puño y lo mantuvo en el aire durante un par de segundos. Andrés, por su parte, miraba en todas direcciones buscando algún adulto que pudiera poner orden en aquella situación, y Rosa estaba de pie, inmóvil, con la mirada desafiante, a la espera de recibir el puñetazo. Hasta que, finalmente, Diego bajó el puño.
—No, no te golpearé —espetó mientras rebuscaba algo en su mochila—. Mejor vas a saltar al interior del pozo —dijo mientras sacaba la pistola y la apuntaba con ella.
Rosa se quedó pálida del miedo.
—¡¿QUÉ HACES?! —gritó Andrés mientras se ponía en pie—. No tiene balas, no digas tonterías.
—Sí que tenía un segundo cargador y te juro por mi vida que, como no saltes dentro del pozo, te destrozo la cabeza aquí y ahora.

Rosa estaba muerta de miedo, y no sin motivos. Diego daba verdadero miedo. Andrés había visto episodios de rabia en su amigo enotrasocasiones,ysabíaque cuandoledaban,nosepodía controlar, pero nunca de aquella manera. No con aquella cara, no con aquellos ojos que parecía que fueran a salirse de sus órbitas.
—Por favor… —suplicó ella.
—No tendrías que haber dicho nada de mi madre. ¡SALTA YA, JODER!
—No lo hagas, Rosa —pidió Andrés—. Hay casi diez metros de caída. Déjala en paz, Diego —imploró con lágrimas en los ojos.
—¡QUE SALTES DE UNA VEZ! —gritó el chico mientras se acercó y puso la pistola a escasos centímetros de su cara. Con lágrimas en los ojos, muerta de miedo y sin saber qué pasaría, Rosa Martín subió al pozo y se lanzó al interior.

CAPÍTULO 17
Pol

Pol estaba al borde del ataque de nervios. Su padre se había marchado a buscar al ermitaño y su madre estaba con el jefe de policía. Y él, el auténtico culpable de todo, tenía que quedarse en casa en lugar de salir a la calle y registrar casa por casa hasta encontrar a su hermana.

Daba vueltas sin rumbo: subía y bajaba las escaleras, miraba constantemente por la ventana por si aparecía Valeria, caminaba en círculos por el salón y salía al jardín.

Aquella espera lo estaba matando. Se sentía terriblemente culpable de que su hermana hubiera sido secuestrada y necesitaba sentirse útil, hacer algo. Sin embargo, tenía que quedarse allí, esperando.

Decidió intentar relajarse sentándose en el sofá y encendiendo de nuevo el ordenador. La pantalla se iluminó rápido, mostrando la última visita realizada: el rostro de Diego apareció de inmediato,

provocándole una sensación de asco en el estómago. Pol abrió una nueva pestaña y pasó los siguientes veinte minutos buscando más crímenes ocurridos en Tobeda. Encontrar algo fue misión imposible. Lo más parecido fue la desaparición de un estudiante que había venido con su instituto y se fugó con una francesa a la que conoció ese mismo día.

Finalmente, abandonó la idea de encontrar alguna pista más sobre Valeria en lo más profundo de internet. La única referencia válida era Diego, y su padre ya estaba siguiendo ese camino. Pol se preocupó al pensar en él y en aquel tipo tan violento. Pensó en que quizás necesitara ayuda. Podría estar en un aprieto.

Agarró el teléfono y marcó su número. Tras varios tonos, saltó el buzón de voz.
—Hola, papá…, solo te llamaba para saber cómo estabas y por si necesitasayuda.Y bueno…queríavolveradecirquelosientomucho.
Colgó sintiéndose fatal consigo mismo: primero por la culpa y después, por no poder hacer nada.
Le había prometido a su madre que no saldría de casa, así que empezó a leer aquellos artículos sobre crímenes reales que tanto le gustaban. Retomó el que había dejado el día anterior (¿solo había pasado un día desde entonces?). Hablaba de menores desaparecidos cuyos padres se habían suicidado por desesperación.
Miró las fotografías que acompañaban la noticia y tras ver cuatro imágenes prácticamente iguales, cerró el ordenador de golpe. Eran cuatro padres de familia diferentes, colgados de un árbol, rodeados de policías, bomberos, doctores y periodistas que analizaban su cadáver. El estómago se le revolvió.
De pronto, sonó su teléfono. Era su madre.
—Mamá, ¿cómo estás? ¿Sabemos algo de Valeria? —preguntó, desesperado por obtener buenas noticias.
—No, cariño. De hecho, alguien ha borrado la última grabación y no sabemos qué pasó a apenas doscientos metros de casa.
—¿Cómo? ¡Eso no puede ser! —protestó.
—La policía lo está investigando, cielo. Tú no tienes noticias,

¿verdad? —quiso saber su madre.
—Qué va… aquí no hay señales de nadie. Ni de papá. Le he llamado, pero me salta el buzón… —Pol fue muy cauteloso a la hora de decir la última frase sobre su padre, ya que no quería añadir una preocupación extra a su madre.
—Tu padre sabe cuidarse solo, y el jefe de policía pone la mano en el fuego por Diego. No creo que esté en peligro —respondió ella con un tono tranquilizador.
Como siempre, su madre sabía qué frase necesitaba escuchar Pol en cada momento. Era una magia que solamente ella sabía hacer.
—Ahora tengo que hablar con la policía. Luego te llamo, cariño.
Tras lanzarle un beso por el auricular, colgó.
Pol empezó a caminar de nuevo por el salón. No paraba de darle vueltas a todo: los conejos muertos, el dibujo del ojo, la foto de Valeria, la grabación borrada. Todo estaba demasiado bien organizado. No habían pedido rescate. Parecía un castigo. Como si alguien quisiera hacerles sufrir.
De pronto, se le vino una idea a la cabeza.
Su madre le dijo que aquella cámara de seguridad se encontraba a tan solo doscientos metros de la casa. ¿Y si había alguna pista allí? Valía la pena investigarlo, ¿no?
Se puso la chaqueta, acarició a Hulk antes de cerrar lapuerta y salió corriendo al frío camino que llevaba hasta Tobeda.
Pasó junto a una casa donde la familia seguía reparando los destrozos de la tormenta. El camino estaba flanqueado por árboles enormes y arbustos densos. Dejó atrás una casa vieja con un pequeño porche en mal estado y pocos metros más adelante, encontró lo que estaba buscando: una cámara de seguridad enganchada a una pequeña farola. Aquella era la zona del camino que alguien había querido borrar.
Como un perro rastreador buscando su presa, empezó a observarlo todo: arbustos, árboles y piedras. Una gran parte del camino estaba embarrado y tenía marcas de ruedas enormes que habían pasado por allí, pero no le llamó la atención, ya que todo el mundo parecía tener coches grandes.
Finalmente, algo captó la atención del chico.

Partido por la mitad y colgando de un arbusto, encontró el paraguas de Valeria. Lo cogió y lo observó. ¿Por qué estaba roto?, se preguntó. ¿Se había defendido con él? Aquella duda quedó resuelta en cuanto miró la punta del paraguas y vio restos de sangre seca. Después de fijarse en aquel detalle, sus ojos se dirigieron a otro pequeño objeto junto a sus pies. Enterrado en el barro sobresalía algo pequeño, de color naranja. Con manos temblorosas, sacó de la tierra una jeringuilla. Estaba tapada, sin utilizar, y el corazón se le aceleró al recordar cómo, durante la cena de la fiesta de la primavera, un policía había intentado llevarse de allí a un hombre drogado que estaba lanzando cosas. El policía lo sacó de la plaza y le indicó que se marchara por el camino que iba directo a su casa, el mismo en el que Pol se encontraba ahora, el mismo que su hermana de catorce años había tomado minutos más tarde.
Y, finalmente, atando cabos, recordó también el mote con el que Paula (la chica que conoció en la cena) se refirió a aquel drogadicto:
—El Agujas… —susurró con un hilo de voz.

Marc

—¡Valeria! ¿Dónde estás? ¡Valeria! —gritaba Marc a pleno pulmón mientras aporreaba lapuerta con la mano quesostenía el coleterorosa de su hija.

Volvió a coger la piedra con la que tan solo un rato antes había amenazado a Diego. Esta vez la lanzó sin vacilar contra la casa. La piedra silbó por los aires y, con un fuerte estruendo, la ventana saltó en mil pedazos, dejando así un acceso al interior de la cabaña.

—¡Valeria! —vociferó mientras se colaba dentro.

Nervioso, con el corazón en un puño, sudando y repleto de adrenalina tras encontrar al fin una pista, empezó a registrar hasta el último centímetro de la cabaña. Tiraba armarios, levantaba tablones y revisaba todos los muebles para comprobar que no

hubiera dobles fondos donde aquel desgraciado hubiera escondido a su niña.

—¡Joder! —gritó finalmente al comprender que su búsqueda era en vano; no había ningún resquicio en el que pudiera estar escondida. Se encaminó a la habitación del fondo, la pequeña armería que Diego tenía montada en casa. Observó con atención los rifles y comprobó que todos eran de caza. En ese momento, reparó en una fotografía que colgaba de la pared y en la que antes no se había fijado. Aparecía Diego, mucho más joven, con dos personas más, posando junto al lago, en un árbol enorme. En aquella imagen su rostro era feliz, nada que ver con la mirada actual, repleta de cólera y rabia.
Se sacudió esos pensamientos y agarró con firmeza el rifle que parecía más nuevo. Lo cargó. Había una gran caja de munición y varios cinturones repletos de cartuchos. Comosi fuera una especie de cowboy de las películas de Hollywood, salió de la cabaña con el rifle al hombro, los cinturones cruzados por el pecho y un gran cuchillo colgado de la cadera.
Se encaminó hacia el bosque, justo hacia la apertura entre los árboles por la que Diego había desaparecido para ir a cazar.
Valeria no estaba en la cabaña, pero estaba claro que había pasado por allí y aquel ermitaño de mirada enloquecida le diría a Marc todo lo que sabía, por las buenas o por las malas.
Marc se adentró en el bosque sin saber que al final de aquel sendero, si quería encontrar a Valeria, se vería obligado a romper y sobrepasar todos sus límites morales.

Andrés, Diego y Rosa
1980

Andrés caminaba despacio mientras iba pateando todas las piedras que se encontraba por el camino. Estaba nervioso, con la cabeza baja, pensando en todo lo que podía salir mal. Había tomado una

decisión y estaba dispuesto a llegar hasta el final, pasara lo que pasara.

Habían pasado tres años desde el incidente del pozo y Andrés era incapaz de entender todo lo que había pasado desde entonces: Rosa se rompió la pierna en la caída y estuvo atrapada en aquel angosto lugar durante más de 7 horas hasta que pudieron rescatarla.

A consecuencia de aquello, durante los dos años siguientes Rosa no pudo salir de su casa sin sufrir ataques de ansiedad. Poco a poco y después de mucha terapia, pudo empezar a salir a la calle con normalidad. A lo largo de esos tres años, tanto Andrés como Diego habían sido un gran apoyo para ella. De forma totalmente incomprensible para Andrés, Rosa no quiso explicar nada de lo que había pasado con Diego y la pistola. La versión que dio fue que mientras jugaban se cayó de forma accidental. Andrés era incapaz de comprender aquello, pero lo respetó, ya que en el fondo le vino muy bien, le trajo calma. Podía quedar con su mejor amigo, el que sabía que tenía serios problemas en su casa y podían quedar también con la chica de la que llevaba años enamorado.

Giró una pequeña curva del camino y entre los árboles divisó su destino: la casa de Rosa.
En los últimos años había pasado muchas tardes allí, pero siempre con Diego. Esta vez iba solo. Su intención era declararse. Quería poner fin a aquella situación que lo carcomía por dentro. Consideraba a Rosa una chica muy inteligente y sin embargo no parecía captar las señales que él le lanzaba de forma diaria: cuidarla, llevarle regalitos, preocuparse por ella y ayudarla en todo lo que necesitara. Andrés estaba convencido de que en cuanto ella fuera consciente de lo que él sentía, ataría todos los cabos y entonces caería rendida a sus pies. Al fin y al cabo, ¿cómo no hacerlo?
Llegó al porche con el corazón a punto de salir de su pecho. Golpeó la puerta.
—Hola, Andrés —saludó efusivamente la madre de Rosa al abrir la puerta unos segundos después—. Diego ha llegado hace un rato, te

están esperando arriba.
Aquello heló la sangre del chico, ¿qué hacía Diego allí?
—Sí… gracias —respondió con la voz entrecortada.
Entróalinteriorde lacasay subiólosescaloneshastael dormitorio de Rosa, que estaba con la puerta cerrada. Sintió pánico, fue como si en el fondo de su ser ya supiera lo que estaba pasando.
La abrió de golpe, sin avisar.
Los dos chicos se separaron inmediatamente. Ella se quedó sentada en la cama y él se puso de pie, llevándose una mano a la boca. Ambos lanzaron sus miradas hacia la puerta y sus rostros pasaron del pánico, al pensar que era la madre de Rosa, al asombro al ver que se trataba de Andrés.
—¿Qué haces aquí? —preguntaron los dos a la vez.
—¿Os estabais besando? —preguntó incrédulo.
Todo pasó muy rápido y Andrés estaba casi seguro de que se estaban besando, aunque no estaba seguro de lo que había visto. Sus cabezas estaban pegadas y se apartaron muy rápido. ¿Pero cómo podían estar besándose? Con lo mal que Diego la había tratado siempre.
—¿Qué? ¡No! —espetó Rosa mientras se lanzaba corriendo a cerrar la puerta, para que su madre no escuchara nada—. Solo estábamos escuchando música en el walkman.
Pero en el rostro de Diego se dibujó una sonrisa cínica que confesaba lo que realmente había sucedido.
Andrés sintió como si el pecho se le partiera por la mitad y el mundo se hundiera bajo sus pies. Palpó en su bolsillo la caja de bombones que le había traído a Rosa y se sintió estúpido.
Sin mediar palabra, giró sobre sus talones y se marchó llorando.
En cuanto salió de la casa, arrancó a correr.
Necesitaba alejarse, poner distancia entre él y aquella traición. Diego era su mejor amigo y sabía que estaba colado por Rosa desde siempre.
Llegó a la orilla del lago desolado y se dejó caer de rodillas sobre el barro.
—¡Andrés! —llegó un grito lejano.
No levantó la cabeza, siguió llorando desconsolado.

—¡Tío! ¡¿No me escuchas o qué?! —bramó Diego, que se estaba acercando.
Se quedó inmóvil, sintiendo cómo se hundía un poco más en el barro.
—Va, tío, no exageres —espetó Diego mientras llegaba a su lado y le ponía una mano en el hombro.
La rabia brotó de Andrés.
—¡¿Quénoexagere?!—legritómientrasse poníaenpie yapartaba la mano de su amigo de unmanotazo—. ¿Sabes que estoy enamorado de ella y le comes la boca?
—Venga, hombre, ha sido solo un besito, te lo prometo.
—¿Y eso me tiene que consolar? ¿Que solo ha sido un beso? —le reprochó mientras plantaba su cara a escasos centímetros de la de su amigo.
El rostro de Diego cambió. Aparecieron aquellas muecas que le salían cuando brotaba de él esa rabia incontrolada que acababa siempre con algún altercado violento. Sin embargo, a Andrés le daba igual.
—Vaya, vaya, pero si el niñito tiene carácter —dijo Diego con una sonrisa burlona—. Quizás si lo hubieras sacado antes te hubiera ido mejor.
—¿Qué quieres decir? —exigió saber Andrés, que no entendía nada.
—Joder, pues que eres demasiado bueno y eso a las tías les aburre. Que si te traigo flores, que si toma bombones, que si estoy aquí para todo… Las mujeres necesitan un tipo duro, no una amiga más.
Andrés no pudo contenerse y lanzó un puñetazo directamente contra la cara de Diego, lo que provocó una pelea que, desde el primer segundo, Andrés sabía que no podría ganar. Al recibir el primer puñetazo de su amigo, todo le dio vueltas y su visión se llenó de pequeñas lucecitas. El impacto fue tan fuerte que le levantó del suelo y le hizo caer de nuevo sobre el barro. Levantó la mirada y pudo ver en el rostro de su amigo que aquel golpe no sería el único. Los ojos de Diego estaban inyectados en sangre y casi saliendo de sus órbitas, mientras apretaba con fuerza sus nudillos. Entonces empezó una sucesión de puñetazos y patadas que no pararon hasta que Andrés perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 20
Pol

Pol se encaminaba hacia la plaza de Tobeda. Había intentado contactar con sus padres, pero le había resultado imposible. Su madre no respondía a las llamadas y su padre tenía el móvil apagado, lo cual le preocupó un poco. ¿Y si había tenido algún problema con el ermitaño? Se sentía muy impotente por no saber nada de su padre, pero tenía una pista sobre Valeria y no pensaba desaprovecharla. ¿Encontrar el paraguas roto de su hermana junto a una jeringuilla era mera casualidad? Para Pol no. Sospechaba que aquel drogadicto de actitud violenta, el apodado como "el Agujas", tenía algo que ver con la desaparición de su hermana y pensaba encontrarlo. Pero ¿por dónde lo buscaba? No tenía ni idea.

Deambuló durante un buen rato por los callejones y las calles céntricas de Tobeda sin ningún resultado, así que decidió investigar por la zona boscosa de los alrededores.

Aquello era precioso. Aún todo embarrado por la gran lluvia de la noche anterior, el Valle de Tobeda era un lugar idílico. Miraras donde miraras, podías hacer una foto para enmarcar o una postal: las montañas, losriachuelos,elgran lagoolas pozashacíandeaquellugar un paraje hermoso.

Pol se sentó sobre una gran piedra para intentar llamar de nuevo a sus padres y del mismo modo que antes, no obtuvo respuesta por ninguno de los dos.

Se puso a recordar a su objetivo, al chaval que no debía de ser mucho mayor que él y que tenía un problema serio con las drogas. Su aspecto era casi el de un vagabundo y, según le contó Paula, iba pidiendo limosna y comida en el hotel.

¡El hotel!

Pol se puso de pie de un salto y salió corriendo hacia allá. Era un lugar en el que no había mirado y, si Paula no había mentido la noche anterior, aquel tipo siempre rondaba por esa zona. Con un poco de suerte podría encontrarlo allí.

Varios minutos más tarde,Pol se encontraba frente al hotel y pudo observar cómo todo el personal estaba sacando agua del restaurante o atendiendo a los huéspedes que se habían quedado sin habitación. Lanzó una mirada a los alrededores y lo vio. Sentado en un banco, con el mismo chándal de la noche anterior y el cuerpo inclinado hacia delante, estaba "el Agujas".

Pol se acercó con cautela. En esa postura no podía verle la cara; tenía la cabeza y el cuerpovencidos hacía delante y, desdesu posición, solo le veía la coronilla. No sabía si estaba bien, dormido o colocado.

—¿Eres el Agujas? —preguntó con tono serio y cortante. Alzó la voz para darse seguridad a sí mismo e intimidarlo. No obtuvo respuesta.
—¡Que te estoy hablando! —se envaró Pol, subiendo el tono y

dando un paso más hacia él.
—No me grites… me duele la cabeza —respondió con un hilo de voz mientras levantaba un brazo, con la palma de la mano hacia Pol.
—¿Dónde estuviste anoche? —quiso saber Pol.
El chico comenzó a mover la cabeza en forma negativa antes de ponerse de pie.
—Pero ¿tú quién coño eres? ¡No te pienso dar ninguna explicación! Ni que fueras mi padre.
Pol se quedó paralizado. Al incorporarse pudo verle la cara: una barba descuidada, una nariz aguileña, una mirada vacía y una gran cicatriz en la sien derecha que aún supuraba algo de sangre. Pol se abalanzó sobre aquel despojo humano. Lo agarró con
ambas manos por la pechera y se acercó a escasos centímetros de él,
tan cerca que incluso pudo sentir el mal olor de su aliento. —¿Qué

hiciste con mi hermana, hijo de puta?
Si Pol tenía alguna ligera duda de que aquel chico estuviera involucrado en el secuestro de Valeria, a pesar de la aguja y la cicatriz, desapareció en ese instante. Sus ojos brillaron con cierta malicia mientras el resto de su rostro se llenó de miedo, como cuando pillas a un niño pequeño en una mentira. No había confesado nada, pero
su expresión habló por él.
—Qu… q… ¿qué? —tartamudeó—. No sé de qué chica hablas. —¡Escúchame! No me mientas. Vas a contarme todo ahora mismo o iremos a la policía y se lo cuentas a ellos —zanjó Pol sin apartar sus ojos de los suyos, con una mirada severa.
—No, no, no… nada de policía —respondió el chico, alarmado. —Pues empieza a contarme todo lo que sepas.
—Está bien —cedió, dándose por vencido—. Si me sueltas, te enseño algo que llevo en el bolsillo.
Pollosoltóyretrocedióunpaso,dándole margen paraque pudiera rebuscar en sus bolsillos. Todo ocurrió en un instante. Sin previo aviso, el chaval lanzó un puñetazo directo a su cara, que le impactó de lleno en la nariz.
Pol no se esperaba el golpe y cayó al suelo. Sintió la sangre caliente resbalar por su barbilla, mientras por el rabillo del ojo, veía cómo la única persona que podría saber dónde estaba su hermana salía corriendo.

CAPÍTULO 21
Ana

Estaba aterrada. Allí, en el despacho del jefe de policía, temblaba de pies a cabeza tras escuchar que alguien, de forma totalmente intencionada, había borrado el último tramo de la grabación en el que debía verse quién se llevó a Valeria.

¿Cómo era aquello posible? ¿Quién tenía acceso para poder hacer algo así? ¿Y si la policía estaba implicada en el secuestro de Valeria?

—¿Quién tiene acceso a esas grabaciones? —preguntó Ana.
Andrés Castillo, el jefe de policía de Tobeda, estaba absorto en su ordenador, tecleando sin parar y moviendo el ratón de arriba abajo. Ana no sabía si realmente estaba intentando encontrar alguna pista sobre quién había eliminado aquellas grabaciones o siestabaactuando para que ella pensara que cooperaba. En aquel momento, su confianza en él era mínima.
—Solo la policía —respondió el hombre sin apartar la vista de la pantalla.
—Entonces tenemos que interrogar ya a todos los miembros del cuerpo —exigió Ana.
—Ya te he dicho que somos solo seis agentes y que cuatro de ellos estabanfuera del valle —aclaró eljefede policía, todavía sin mirarla—. Esto ha tenido que borrarlo alguien externo al cuerpo.
Ana dio un golpe seco en la mesa con la palma de la mano.
—¡Mi hija ha sido secuestrada! —gritó mientras se palpaba la palma de la mano con la que había golpeado la mesa—. La única prueba que podía mostrarnos quién se la llevó ha sido borrada y tú me estás diciendo que hay dos posibles candidatos.
—¿Cómo? ¿Dos posibles candidatos? —preguntó el policía, visiblemente desconcertado, mientras recogía un bote con lápices y bolígrafos que se había tras el golpe.
—¡Sí! —sentenció ella—. Si dices que solo la policía pudo borrar ese vídeo, que sois seis agentes y que cuatro de ellos estaban fuera del pueblo, solo quedáis tú y otro más. ¿Quién es ese agente?
Andrés se quedó perplejo ante aquella acusación, como si no supiera cómo reaccionar.
—Se llama Pablo —respondió finalmente—. Pero es policía. Pondría la mano en el fuego por él.
—¿Dónde estaba cuando empezó la tormenta? —quiso saber la madre.
—Hubo un pequeño incidente con un chaval del pueblo que se puso a lanzar comida a la gente y Pablo se lo llevó de la plaza.
—Entonces tu deber como jefe de policía es interrogarlo, ¿no crees? —replicó Ana—. Alguien ha eliminado esas imágenes y, hasta que demuestre lo contrario, es un sospechoso.

Ana estaba implacable,comoun depredadorque haolido la sangre de su presa. Quien hubiera borrado aquellas imágenes, quería ocultar algo. Y si solo la policía podía borrar las imágenes y ella daba por hecho que Andrés no estaba implicado, ese tal Pablo era el único candidato posible.
—Sí, tienes razón… —admitió el hombre—. Voy a llamarle para que venga ahora mismo —añadió mientras se ponía en pie y marcaba un número en su móvil.
Ana aprovechó para llamar también a Pol y explicarle que alguien había borrado las imágenes.
—Ana… —dijo Andrés con la voz entrecortada después de que ella colgaraconsuhijo—.Pablo no respondea lasllamadas,no puedo contactar con él.
Ella se puso en pie, tensa y con la mirada fija en el hombre, como si eso fuera sinónimo de la culpabilidad de Pablo.
—¡Para el carro, Ana! —zanjó Andrés, interpretando lo que su mirada quería decir—. Estamos en el Pirineo; aquí muchas veces la cobertura falla. Además, ahora que lo pienso, las imágenes podrían borrarse directamente desde la cámara.
—¿Cómo? ¿No habías pensado antes en esa posibilidad?
—Joder, lo siento. Nunca hemos tenido que mirar las cámaras por un secuestro —se defendió—. Pero sí, existe la posibilidad de borrar imágenes directamente desde la cámara.
—¿Cómo podríamos confirmarlo? —preguntó ella.
—Analizando la propia cámara.
—¡Pues andando! —ordenó Ana.

CAPÍTULO 22
Marc

Marc atravesaba los árboles con todos sus sentidos alerta. Miraba en todas direcciones en busca de cualquier rastro de Diego y aguzaba el oído, intentando captar cualquier ruido que rompiera el silencio que lo rodeaba.

El camino era de bajada y llevaba el rifle firmemente agarrado para usarlo en cualquier momento. Intentaba que sus movimientos fueran lo más silenciosos posible; no quería alertar al ermitaño de su presencia. Cada varios metros miraba hacia atrás para asegurarse de que no le seguía. Al fin y al cabo, él era un novato en aquel bosque, y nunca había sido cazador. Diego, en cambio, había vivido cazando entre aquellos parajes toda su vida. Si se percataba de que le estaban siguiendo, no le resultaría complicado bordear a su perseguidor, colocarse detrás y convertir a Marc en el cazador cazado.

De pronto, captó un ruido a su derecha: ramas rompiéndose y algo moviéndose entre unos matorrales. Instintivamente salió corriendo hacia allí y, sin ningún tipo de miedo, se metió entre las ramas.

—¿Dónde está mi hija? —gritó al salir al otro lado del arbusto, apuntando al frente con el cañón del rifle de caza.
Esperaba encontrarse con Diego; sin embargo, se dio de bruces con otra imagen. Una que le resultó muy desagradable.
Tendido sobre el suelo, con una pata ensangrentada y atrapada en un cepo, había un zorro. Con pelaje rojizo precioso, hocico delgado y orejas puntiagudas y grandes, emitía pequeños gemidos de dolor mientras, intentaba inútilmente liberarse. Lejos de asustarse, cuando vio a Marc, lo miró a los ojos con una expresión triste, suplicante.
Marc sintió cómo aquella mirada le traspasaba todo su ser y le llegaba directamente al corazón. Siempre, desde niño, había sentido mucho afecto por los animales.
Pero no podía perder tiempo. Valeria lo necesitaba y atrapar a Diego era crucial. Con todo el dolor de su corazón le dio la espalda al animal para continuar su marcha tras el ermitaño. En ese instante, el zorro emitió un sonido que solo podía interpretarse como un «por favor». Tras aquel lamento, Valeria apareció en la mente de su padre. Recordó el amor tan grande que profesaba hacia los animales y en especial, hacia Hulk.
Esperando no arrepentirse, se dio la vuelta y se arrodilló junto al zorro. Con cuidado intentó liberarlo del cepo,pero estaba muy fuerte;

con los dedos era imposible. Se percató de que, en cierto modo, el animal había tenidosuerte:los dientes de la trampa lohabían atrapado lo suficiente para impedirle escapar, pero no como para causarle heridas profundas y morir allí desangrado.
Siempre había odiado la caza y todo lo que representaba. Era un tema que le generaba un profundo debate interno. Estaba totalmente en contra del maltrato animal y de ciertas tradiciones antiguas, más propias del medievo que del siglo XXI, que por desgracia todavía teníanmuchosadmiradoresengranpartedelpaís.Élsiemprese había considerado un gran defensor de los derechos animalistas, pero también era consciente, de ese doble rasero tan extendido en la sociedad: cuidaba a su perro, le daba de comer, lo llevaba al veterinario y lo trataba como a uno más de la familia. Sin embargo, no parecía importar que miles de animales murieran cada día para servir de alimentos. Animales que nacían, literalmente, solo para morir y ser nuestro alimento. ¿Qué diferencia real había entre una vaca y un perro? Jamás podría entender la caza como un deporte.
—Tranquilo, chico, te sacaré de esta —le dijo al animal, mirándole a los ojos.
Con ayuda del cuchillo que había cogido en la cabaña, consiguió hacer palanca y los dientes del cepo se abrieron lo suficiente para que el zorro pudiera sacar la pata.
El animal se quedó quieto junto a Marc, mirándole fijamente a los ojos. Su mirada, ahora, eradistinta: antes pedía ayuda; ahora mostraba agradecimiento. De pronto, se acercó hacia el hombre y frotó su cabeza contra su mano para marcharse corriendo inmediatamente después.
«Y pensar que hay gente que dice que los animales no sois capaces de comunicaros», pensó Marc mientras se ponía en pie y retomaba el camino que había tomado Diego.
Minutos más tarde ya había descendido un buen trecho cuando un disparo lejano hizo que todos los pájaros de los árboles salieran volando en todas direcciones, presas del pánico. Marc echó a correr sin perder ni medio segundo hacia el origen del estruendo. Saltaba piedras, esquivaba ramas y chapoteó por varios riachuelos cuando

un segundo disparo resonó en el cielo, pero esta vez sonó mucho más fuerte.
«Me estoy acercando», pensó mientras, de forma inconsciente, agarraba el rifle con mayor firmeza.
El bosque empezaba a perder densidad de árboles y Marc bajó el ritmo de la carrera. No podía ser descubierto; la vida de Valeria podía depender de ello. Con esfuerzo, intentó controlar la respiración, completamente descontrolada tras aquella carrera campo a través. Avanzó agazapado entre árboles y arbustos hasta que finalmente lo vio.
Diego estaba de rodillas, de espaldas a él, y apuntaba con el rifle al frente, seguramente encañonando a algún pobre animal.
Con el corazón en un puño y conteniendo la respiración —como si incluso el aire puro del Pirineo pudiera delatarlo—, inició su acercamiento. Había unosquince metros entreambos. Marc se obligó a mantener el cañón del rifle firme hacia delante para evitar que le temblaran las manos.
Diez metros. «¿De verdad no escucha mis latidos?», pensó mientras notaba que el corazón quería salirse del pecho.
Marc llegó a cinco metros de su objetivo. Lo había conseguido. Se movía como un felino que acecha a su presa, acercándose desde atrás sin hacer el menor ruido. Sin embargo, a veces, por mucho que intentes controlarlo todo, la vida te recuerda que hay cosas que siempre escapan a tu control.
Y aquel fue uno de esos momentos.
Sin previo aviso, el móvil de Marc empezó a sonar. Se sobresaltó y trató de apagarlo a toda prisa. Diego se giró sobre sus talones, mostrando un rostro de sorpresa absoluta al encontrarse cara a cara con un hombre que le apuntaba con un rifle.
—¡Tú! —gritó Diego mientras levantaba su arma hacia la cabeza de Marc.
Durante un segundo —que pareció durar minutos—, ambos se quedaron apuntándose mutuamente. El móvil seguía sonando y Marc sentía la mayor tensión de su vida.
—¿Dónde está Valeria? ¿Qué has hecho con ella, cerdo? — preguntó Marc.

—Veo que estás decidido a culparme, no me dejas otra opción… —espetó el fornido ermitaño mientras guiñaba un ojo e inclinaba levemente la cabeza hacia la derecha.
«Va a dispararme».
Ambos rifles sonaron a la vez. Ambas balas silbaron por el aire en direcciones opuestas. Marc sintió calor en la oreja derecha, seguido de dolor y sangre. Su disparo había fallado; el de Diego impactó, por suerte, solo en la oreja, a escasos centímetros de su cabeza.
El rifle de Marc cayó al suelo cuando, de forma inconsciente, se llevó las manos a la oreja ensangrentada. Diego ya se había puesto en pie y avanzaba hacia él, a grandes zancadas, con aquella mirada colérica que Marc había visto el día anterior en el supermercado, durante el encontronazo con Pol. Levantó de nuevo el arma para volver a disparar.
No había tiempo para recuperar el rifle; debía salir de su campo de tiro. El disparo resonó justo cuando Marc saltaba hacia un árbol y echaba a correr, alejándose del ermitaño. Los tiros se sucedían y las balas silbaban a su alrededor, haciendo saltar la corteza de los árboles.
Buscaba un lugar donde esconderse y poder emboscar de nuevo a Diego, esta vez solo con su cuchillo de caza. A unos veinte metros vio un gran tronco caído que parecía hueco por dentro.
«Allí caerá en mi trampa», pensó mientras se encaminaba hacia allí, cruzándose entre árboles para protegerse de los disparos.
De pronto, un fuerte dolor en el tobillo lo hizo caer de bruces al suelo. El impacto le pilló desprevenido y fue seco, doloroso, terrible. Algo le agarraba la pierna, clavándole unos dientes afilados. Dientes de metal. Uno de los cepos del cazador, como el que había atrapado al pequeño zorro, lo mantenía inmóvil.
Segundos después, Diego apareció tras un árbol con aparente calma, una sonrisa diabólica, mientras cargaba el rifle con munición nueva.
—¡Ya eres mío! — dijo antes de golpearle la frente con la culata, dejándole inconsciente.
Al final, Marc se convirtió en el cazador cazado.

CAPÍTULO 23
Ana

Ana y Andrés estaban en el coche, de camino a investigar la cámara de seguridad que había grabado el momento de la desaparición de Valeria y cuyo último tramo había sido borrado.

Ana estaba muy preocupada: su hija estaba secuestrada, su marido había salido tras una pista, pero no había manera de contactar con él, y esperaba que su hijo no hiciera ninguna tontería y se quedara en casa, como le había pedido.

«¿Qué sentido tiene todo esto?», pensaba Ana mientras intentaba unir todas las piezas. No habían recibido ninguna llamada solicitando un rescate. Pensó en el inicio de todo: el conejo muerto con un ojo dibujado. Ahora al recordarlo, aquello que en un primer momento consideraron una broma de mal gusto era, evidentemente, una amenaza, como si alguien les estuviera diciendo: "Os vigilo". Con el segundo conejo muerto apareció la foto de Valeria, atada de pies y manos y amordazada. «¿Con qué propósito haces algo así?», se preguntaba Ana. ¿Acaso su hija estaba en manos de alguien que simplemente quería ver a la familia sufrir?

Habían venido al Valle deTobeda para estar tranquilos y relajados, pero desde que llegaron solo habían tenido sustos y momentos negativos: la señora González, una abuelita del pueblo que acosó a Valeria, o el ermitaño que agredió a su hijo en el supermercado.

Su respiración se descontroló. Notaba cómo el pulso se aceleraba, las manos le temblaban y una avalancha de pensamientos negativos empezaba a formarse en su mente. Se imaginaba a su niña atada en cualquier zulo, en manos de algún cerdo depravado, o incluso llegó a verse en el peor de los escenarios… se la imaginó inerte, sin vida, sin ese brillo tan especial de sumirada. Ese brillo que, durante los últimos años, había sido su propio faro.

En sus momentos más difíciles, cuando luchaba contra sus propios miedos y estos estaban a punto de vencerla, el brillo de Valeria la hacía volver a la calma. Como un barquito a la deriva en medio de una tormenta, a punto de chocar contra las rocas, hasta que una luz, surgida de lo más profundo de la oscuridad, le indicaba el camino hasta la orilla.

Aquellos pensamientos le helaban el alma. Estaba a punto de explotar; lo notaba. Llevaba horas haciéndose la fuerte mientras Pol y Marc ya habían petado, cada uno a su manera: el chico llorando desconsolado durante horas y su marido al salir corriendo tras un posiblesospechososinhacercasoa nadie.Ella habíaqueridoaguantar el tipo por su hija. Necesitaba mantener la mente clara para encontrarla.

Pero ya no pudo más. Y finalmente rompió en un gran llanto. —Ana, tranquila, te prometo que encontraremos a Valeria —dijo el agente de policía, sorprendido; no se esperaba aquel llanto tan repentino. Ana no encontró consuelo alguno en aquellas palabras. Llevaba horas intentando reprimir sus emociones y, ahora que estas habían encontrado un pequeño recoveco por el que filtrarse y escapar, eran como una cascada cayendo al vacío, imposible de detener. Así son las emociones humanas, el auténtico motor del ser humano: las que son capaces de hacer que una persona esté eufórica de felicidad y tenga ganas de comerse el mundo o, por el contrario, las que pueden hacer que esa misma persona no tenga ganas de levantarse de la cama por considerarse un ser humano pésimo.
Ana había trabajado mucho su inteligencia emocional en los últimos años. Cuando le detectaron el cáncer, se le apagó el mundo. Si no se hundió en lo más profundo de las tinieblas fue por su familia. Ellos la sostuvieron. Fue entonces cuando aprendió a ver la vida desde otro prisma. En la vida, por desgracia, pasan cosas que no puedes controlar, no puedes elegir que sucedan o no. Sin embargo, sí puedes elegir cómo las afrontas, y en eso fue en lo que ella cambió en los últimos años.
Se serenó y dejó de llorar. Se sentía algo mejor; el llanto siempre

sano. Apartó de su mente las imágenes negativas que su propia ansiedad le había hecho ver.
—¿Cuánto queda? —quisosaber mientrasse limpiaba los ojoscon las mangas del jersey.
—Pues da la casualidad de que acabamos de llegar —afirmó el policía con una sonrisa.
Pasados unos minutos, Andrés estaba con un pequeño portátil conectado a la cámara, —vía Bluetooth—, sin entender cómo se había podido borrar la grabación. De todos modos, Ana tenía la sensación de que las nuevas tecnologías no eran el fuerte de aquel viejo policía.
Mientras esperaba, buscaba por el suelo del camino cualquier pista que pudiera acercarla a su hija. Se alejó unos veinte metros de la cámara y de Andrés, removiendo unos matorrales, cuando se le erizó el cuerpo entero. De forma instintiva notó que tenía algo a su espalda, algo peligroso. Giró rápidamente sobre sus talones y no encontró ninguna persona, sino una casa. Una enorme.
Aquella casa había tenido años mejores. Sin duda era de los inmuebles más grandes que había visto en Tobeda, pero estaba descuidada, incluso destartalada, como si llevara años sin mantenimiento. Era enorme, tenía tres plantas más un pequeño desván, y una pequeña trampilla en el suelo, junto a la casa, que indicaba que seguramente hubiera un sótano bajo aquella majestuosa construcción.
De pronto, Ana tuvo esa sensación tan clara de estar siendo observada. Buscó en todas direcciones hasta dar con el origen. Los vio. Fugaces, pero nítidos,unos ojos la observaban desde una ventana del segundo piso, ocultos en la oscuridad del interior. Fue solo un segundo ante de desaparecer en la oscuridad.
—La cámara no ha sido borrada desde aquí… —informó Andrés mientras se acercaba jadeando.
—¿Quién vive aquí? —inquirió Ana de pronto.
—¿Cómo? —preguntó Andrés, alzando la vista hacia la casa vieja—. Ah, sí, aquí vive una señora mayor. Ya sabes, una mujer del pueblo, de las de toda la vida.
Ana se giró de pronto hacia el policía, con los ojos abiertos como

platos.
—¿Cómo se llama?
—Es la señora González.

CAPÍTULO 24
Andrés, Diego y Rosa

1983
Diego no podía parar de llorar. Se había puesto las gafas de sol más grandes que tenía, pero era imposible que taparan sus lágrimas.

Estaba en el cementerio de Tobeda, en la ladera, alejado del pueblo. Jamás en su vida había sentido una mezcla de sentimientos tan potente y tan contradictoria entre sí. Se sentía feliz por su padre, pero estaba devastado por su madre. Además, le dolía todo el cuerpo por la última paliza; creía que el cerdo de su padre le había roto alguna costilla.
Finalmente, el cura cerró la ceremonia y empezaron a descender el ataúd de su madre.
Para Diego fue como si le arrancaran una parte de su alma, la parte buena al menos, y la metieran bajo tierra junto a su madre. Por su parte, el cadáver de su padre había sido enterrado en el otro extremo del cementerio. Diego pidió que fuera así, para que al menos en la muerte, pudiera dejar de atormentarla.
La gente del pueblo empezó a abrazarle y darle las condolencias, pero el joven era incapaz de reconocer a nadie. Tan solo podía recordar lo ocurrido dos noches antes. Cuando su padre llegó borracho y empezó a abofetear a su madre. Él, por primera vez en su vida, sintió la valentía de enfrentarse a su padre. Aquello enfureció todavía más al monstruo que llamaba papá y le dio una paliza tan fuerte que le hizo perder el conocimiento. Cuando despertó, su padre se había quitado la vida, pero antes, se llevó también la de su madre. Tenía aquella imagen grabada a fuego en la retina y no podía parar de preguntarsesi había sido el culpable de aquel desenlace porhaberle plantado cara.

Salió de sus pensamientos al sentir unos dedos cálidos que le agarraban la mano. Levantó la vista y sus ojos se cruzaron con los de Rosa.
—¿Has venido? —preguntó mientras se frotaba los ojos.
—Por supuesto, no podíamos faltar.
—¿Podíamos? —preguntó mientras levantaba la mirada entre la gente.
—Sí, él tambiénha venido—respondió Rosa con una leve sonrisa.
Entonces lo vio. A lo lejos, de pie, con las manos en los bolsillos, estaba Andrés, y al verlo el estómago de Diego se retorció.
—Solo me falta esto —espetó el joven—. No he tenido contacto con ninguno de los dos en los últimos tres años. Ya bastante mal me siento hoy como para queencima tengáis que veniraquí a restregarme por la cara que soy el monstruo que le pegó una paliza a su amigo.
—Diego, nosotros no pensa…
Antes de que Rosa terminara la frase, Diego se marchó dejándola con la palabra en la boca.
Salió del cementerio, sin rumbo. Se sentía roto por dentro, como si se fuera desangrando a cada segundo que seguía respirando. No podía sacarse de la cabeza la imagen de su pobre madre. Sin darse cuenta, sus pasos empezaron a llevarlo por un sendero empinado y cuando se quiso dar cuenta, estaba en lo alto del valle. En el lugar donde seis años atrás Andrés había vaciado todo el cargador de la pistola. Se sentó con la respiración entrecortada sobre un tronco y se quedó durante horas contemplando la inmensidad del valle. Cuando salió de sus pensamientos, vio que los colores del valle eran distintos. Tenía antesus ojos un preciosoatardecer.Las lágrimas volvieron al recordar a su madre.
—Porculpa de ese monstruo ella nunca volverá a ver un atardecer, ni a disfrutar absolutamente de nada… —susurró para sí mismo.
Unos pasos a su espalda le sobresaltaron y segundos después, irrumpieron por el sendero Andrés y Rosa. Diego se puso en pie.
—Hola, Diego —saludó Andrés mientras se acercaba con cautela—. Necesito hablar contigo. Sé que hoy es un día muy difícil para ti y por eso creo que tengo que decirte algo.

—Yo también tengo algo que contaros a los dos —dijo Rosa de forma precipitada, anticipándose a la respuesta de Diego.
Diego no tenía palabras. ¿Cómo tenerlas? ¿Qué se le dice al mejor amigo de tu infancia, al que le diste una paliza hace tres años después de besarte con la chica de la que estaba enamorado? Lo intentó, pero no era capaz de articular una frase.
—Está bien, empezaré yo —espetó Andrés—. Estos años no han sido fáciles para mí. Tardé en recuperarme de la paliza y cuando mi cuerpo sanó, no lo había hecho mi alma. Me sentí doblemente traicionado: por mi mejor amigo y por la chica a la que amaba. Pero ahora todo es distinto. Antes era un niño y no entendía del todo por qué tenías esa rabia tan grande dentro, pero ahora sí lo sé. Tu padre os hacía vivir un infierno y yo no lo veía o no quería verlo. Pensaba que tenías cierta tendencia a la violencia sin más, pero era tu forma de evadirte, de representar lo que veías en casa. Lo que quiero decirte, Diego, es que lo siento y espero que puedas perdonarme algún día. Eras mi mejor amigo y no supe ver que necesitabas mi ayuda.
Aquello era lo último que Diego esperaba. Tras la paliza no había vuelto a mirar a Andrés a la cara; no podía. Aquellas palabras le derrumbaron. Y tras mirarse a los ojos, ambos se fundieron en un abrazo.
—Lo siento mucho, Andrés, de verdad. Yo no quería hacerte daño, de verdad que no. Llevaba años intentando hablar contigo para disculparme, pero no podía; la vergüenza y la decepción que sentía sobre mí mismo no me lo permitían. Ni siquiera pude darte las gracias cuando me enteré de que mentiste y dijiste que aquellos golpes habían sido fruto de una caída muy aparatosa con la bici.
—Chicos… —susurró Rosa, sumándose al abrazo con lágrimas en los ojos.
Pasaron varios minutos abrazados, sintiendo cómo aquel cálido contactoestabavolviendoasoldarlaspartesdeunaamistadrotahacía mucho tiempo atrás.
—Yo tengo que deciros algo importante también —aseveró Rosa, apartándose de los dos mientras se sacaba las lágrimas con la manga del jersey—. Me marcho a Madrid para estudiar Medicina.

—¿Cómo? —quiso saber Andrés, mirándola con los ojos muy abiertos—.
—Quiero tomar el relevo de la clínica de mis padres.
—¿De verdad? ¿Es solo por eso? —preguntó Andrés, mostrando ese tono de preocupación que siempre había tenido hacia Rosa.
—Serásuna grandoctora—aseguróDiego, abrazándoladenuevo.
Andrés, por su parte, se había quedado totalmente devastado ante la perspectiva de que Rosa se marchara de Tobeda. Es cierto que su contacto diario con ella había disminuido mucho desde que la viera besando a su amigo, pero aquello era diferente. Se marchaba de allí, no podría verla, y aquello le rompía el alma en mil pedazos.
—Ven aquí, anda —indicó Rosa mientras se acercaba a Andrés y lo sumaba al abrazo con Diego—. Os prometo que vendré cuando acabe los exámenes, al final de cada semestre, y que esta bonita amistad de nuestra infancia siempre se mantendrá igual.
Nuevamente se quedaron en silencio, abrazados, con la puesta de sol a sus espaldas, sin ser conscientes de que la próxima vez que se vieran, esa promesa ya se habría roto.

CAPÍTULO 25
Pol

Corría lo más rápido que podía. Jamás había corrido con aquel ritmo ni con aquella intensidad y, sin embargo, no era capaz de atrapar a aquel joven drogadicto apodado "el Agujas". Tras el golpe en la nariz, el chico se escapó y, con mucho dolor y la boca y la barbilla cubierta de sangre —sospechaba que seguramente tuviera la nariz rota—, Pol salió corriendo tras él.

La persecución le llevó a cruzar los callejones, calles y la propia plaza de Tobeda en varias ocasiones. Finalmente, viendo que no podía despegarse de Pol, aquel joven, vestido como una especie de mendigo, se internó en el bosque.

—¡Detente, joder! —gritó Pol, casi sin aire en los pulmones, sin dejar de correr.
Ahora la carrera era aún más difícil todavía. Tenía que esquivar rocas, ramas y un terreno irregular, pero no perdía ritmo. Aquel chico sabía algo sobre el paradero de Valeria y no podía permitirse perderlo de vista. Le dolía literalmente todo el cuerpo. Notaba la musculatura de las piernas tensa; el cansancio era cada vez mayor. Sentía cómo sus pulmones reclamaban todo el oxígeno posible para mantener aquel ritmo frenético al que no estaba acostumbrado. Cada inhalación costaba más que la anterior y empezaba a notar un dolor en el vientre. Recordó las clases de educación física en el instituto y las frases de su profesor cuando hacían atletismo y trabajo físico de alta intensidad: "Si controláis la respiración, triunfaréis en cualquier deporte".
Por suerte, el terreno se aplanó un poco al salir de la última arboleda y dar de frente con el gran lago de Tobeda. Era precioso; el agua fría y cristalina, proveniente de las montañas, reflejaba los árboles de su enorme orilla. Corrieron unos cien metros bordeando el lago, pasando junto a varias casitas y varios pozos vacíos, aljibes que se usan para almacenar agua cuando llueve mucho y el lago se desborda.
Finalmente, el chico empezó a perder velocidad hasta que se detuvo, cayendo al suelo de rodillas y respirando con gran dificultad. Pol se detuvo a varios metros de él.
—Se acabó —sentenció Pol, doblado sobre su cintura y haciendo un gran esfuerzo por recuperar el aliento. — ¿Dónde está mi hermana?
—No lo entiendes… No… no sé… No sé de qué me hablas — respondió el chico mientras se ponía de pie, sudando y respirando tan mal que parecía que en cualquier momento fuera a caer desplomado.
—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —preguntó Pol, perdiendo la paciencia mientras apretaba los puños.
El chico pareció no entender la pregunta.
—¿Qué cicatriz? —respondió mientras hacía una mueca con la cara, arqueando las cejas a la vez que se encogía de hombros.
—¡La que tienes en la puta cara! —gritó Pol, fuera de sí, señalándole

con el dedo índice.
—¡Ah! ¿Esto dices? —contestó mientras se palpaba la sien con la yema de los dedos y mostraba cara de sorpresa, como si no fuera consciente de que una cicatriz reciente de varios centímetros le recorría la sien.
—Sí, ¡esa! —espetó Pol.
—Me caí —contestó con una sonrisa cínica.
—Encontré el paraguas de mi hermana partido por la mitad y con restos de sangre en la punta. Creo que se defendió antes de que la secuestraran y consiguió herir a su agresor. Anoche te vimos en la plaza,totalmentedrogado;no teníasesa cicatriz.Es curioso que ahora sí la tengas, ¿no crees?
El chaval empezó a reír, una carcajada malévola, más propia de una película de terror que de una persona normal.
«Está como una puta cabra», pensó Pol.
—Mira, te voy a ser sincero —añadió el chico, manteniendo esa mirada cínica que le ponía los pelos de punta a Pol—. Tu hermana…
—¡Alto, policía! —gritó una voz desde los árboles, cortando en seco lo que parecía una confesión que podría haberlo cambiado todo.
Un segundo después apareció de entre los árboles un joven agente de policía, con la pistola en la mano, apuntando a ambos.
—¿Qué coño haces aquí, Pablo? —espetó el Agujas al policía.
—Me envían a por ti. La has liado mucho esta vez —respondió el agentecon desprecioen lavoz, mientras seacercabaa ambossinbajar el arma.
—Agente, ¡han secuestrado a mi hermana! Este chico sabe algo —informó Pol.
—¡Cállate la boca! —le gritó el policía, apuntándole directamente a la cabeza—. Ponte contra ese árbol, ¡ya!
Pol levantó las manos de forma instintiva al ver cómo le encañonaban. Obedeció sin rechistar y se colocó junto a un árbol enorme, a la orilla del lago.
—¡Date la vuelta! —ordenó de nuevo el agente.
Pol, sin entender qué estaba pasando y de muy mala gana, obedeció. Les dio la espalda y clavó la mirada en el tronco que tenía a escasos centímetros. Escuchaba cómo los otros dos hablaban entre

ellos, en voz baja, casi en susurros. Puso toda su energía en intentar entender algo, y tan solo logró distinguir unas palabras sueltas: "lo sabe".
Giró levemente la cabeza y observó cómo el Agujas estaba mucho más incómodo que el policía. Gesticulaba sin parar y señalaba a Pol con mirada severa.
—¡Que mires al frente! —le ordenó de nuevo el agente.
Pol obedeció, muerto de miedo. No entendía nada. ¿Aquel policía estaba implicado? ¿Qué cojones estaba pasando en ese pueblo? ¿Acaso estaban todos locos? Intentó calmar su mente y dar algún sentido a todo aquello. Respiró hondo y fijó la vista en la corteza del árbol. Vio una pequeña hilera de hormigas y, siguiendo su recorrido, reparó en un grabado antiguo: una cruz y, justo debajo, las letras JMR.
«Aquí murió alguien hace tiempo. Este lugar solo trae desgracia», pensó mientras miraba aquella marca.
—Vamos, andando. Volvamos al pueblo —ordenó de nuevo el joven agente.
Pol volvió a girarse y lo que vio no le gustó nada. Había cierto compadreo entre aquellos dos; Pablo había guardado la pistola y el Agujas caminaba un par de metros por detrás, con la mirada totalmente ida.
—Oye, creo que se trata de un error —dijo Pol con cautela—. Te he dicho que ese chaval sabe algo sobre el secuestro de mi hermana y tú me estás tratando a mí como si fuera el culpable.
Pablo iba a responder, pero todo pasó muy rápido. El Agujas agarró la pistola de la funda del agente y con sorprendente agilidad, le apuntó a la cabeza.
—¿Qué cojones estás haciendo? —preguntó el policía, quedándose quieto.
—Lo siento mucho, Pablo, pero lo sabes. Los dos lo sabéis y no pienso pringar de nuevo. Tenéis que morir.
Apretó el gatillo.
El disparo resonó en todo el lago. La bala impactó directamente en la cabeza del agente y la sangre salpicó en todas direcciones. El

cuerpo sin vida del joven policía cayó a los pies de Pol que, paralizado por el terror, supo que sería el siguiente.

CAPÍTULO 26
Marc

Marc recobró la consciencia, tendido sobre una cama mullida y observando un techo de madera. Intentó incorporarse de golpe, pero un fuerte dolor en la frente se lo impidió. En menos de veinticuatro horas había perdido el conocimiento en dos ocasiones por fuertes golpes en la cabeza. Con cuidado y muy despacio volvió a intentarlo, perosucuerponorespondía. Pasadosunossegundos,el dolorremitió un poco y pudo reconocer la cabaña de madera en la que se encontraba. Era la casa de Diego. Miró hacia los pies de la cama y se encontró de frente con unos ojos oscuros como el carbón. Aquella mirada reflejaba locura. Sentado en una silla junto a los pies de la cama, con un rifle apoyado contra su hombro, estaba Diego.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Marc de inmediato. —¿Sigues con eso? —le reprochó el hombretón sin mostrar emoción alguna—. Te lo he dicho un montón de veces, joder, que yo no sé dónde está tu dichosa hija.
—¡Mientes! —inquirió Marc antes de volver a caer sobre la cama al intentar levantarse y notar un fuerte dolor en el tobillo.
«Elputocepo»,pensóMarcal mirarsutobilloy advertirqueDiego le había vendado la herida.
—Deberías descansar. Ese cepo te pilló bien. Tuviste suerte de no ser un animalejo salvaje o ya estarías despellejado —le dijo Diego, mostrando una sonrisa cínica.
—Eres un cerdo, pero no me vas a engañar. Encontré el coletero de mi hija ahí fuera, junto a esta casa. Ella ha estado aquí. Deja de mentirme.
Aquel comentario enfureció al ermitaño, que se puso en pie de un salto y, con el rostro enrojecido y las venas a punto de estallar, se acercó a Marc apuntándole con el dedo índice.

—¡Mira, tío! —gritó furioso—. Has venido a mi casa y me has acusado de secuestro sin ninguna prueba. Has entrado en mi casa y me la has destrozado. Me has perseguido por el puto bosque y me has disparado. Luego has quedado atrapado en un cepo del que yo te he liberado y te he curado la herida —estaba tan rojo y enojado que parecíaquesusojosfuerana salirsede lasórbitas—.Yluegohetenido que cargar contigo hasta aquí. Si de verdad tuviera a tu hija, ¿no crees que lo mejor habría sido deshacerme de ti en el bosque?
Por primera vez desde que salió corriendo de casa, dejando atrás a su mujer y su hijo, Marc dudó. El miedo por el secuestro de Valeria era tan grande que se había aferrado, como si fuera un clavo ardiendo, a la primera pista que encontró. El argumento de Diego tenía sentido. En caso de estar implicado, podría haber acabadocon él en el bosque; no habría necesidad de cargar con él ni de curarle la herida.
—El coletero estaba aquí, ¿cómo explicas eso? —preguntó Marc, dubitativo.
—No tengo ni idea. Lo habrá traído alguien.
—Una respuesta muy simple, ¿no crees? Deberías currarte un poco más tus excusas —ironizó Marc.
Vio cómo la paciencia deDiego estaba llegando a sulímite y pensó que podría acabar despellejado como las presas de aquel lunático. Él estaba de pie, armado y en un estado físico muy superior al suyo. Un movimiento brusco y podría dispararle; en una pelea jamás podría vencer. Su única esperanza era conseguir que aquel lunático se acercara desprevenido.
—¿No lo ves? Saben que tengo un pasado que podrían relacionar con esta desaparición. Dejan aquí una pista falsa y todo el mundo me investiga a mí, mientras el secuestrador de verdad está tan tranquilo.
—Entonces, ¿admites haber sido un secuestrador?
—¡Joder! ¡Mira que eres terco! —gritó desesperado mientras pateaba una lata de cerveza vacía que se encontraba en el suelo hacia Marc. La lata pasó volando a varios palmos de su cara y cayó justo detrás de su cama. Al seguir su trayectoria con la mirada y cuando el fallido proyectil cayó en el suelo, observó una botella de whisky vacía a

escasos palmos de la cama.
Necesitaba que Diego se acercara.
—Yo no he dicho que fuera un secuestrador, he dicho que me podríanasociarconestadesaparición—continuóelhombre,cadavez más alterado.
—Si te exculparon, ¿por qué sigues pensando que pueden asociarte con la desaparición de Valeria? —preguntó Marc tensando la cuerda al máximo.
—¡No hice nada, joder! ¡Solo quise ayudar a gente que era importante para mí! Pensé que era lo correcto y el mundo entero se me echó encima. Y aunque no había ni una sola prueba contra mí, ya me quedé con esa puta cruz de por vida.
Algo había cambiado en el tono y en el rostro de Diego. Ya no estaba furioso; ahora estaba triste. La voz le tembló al seguir hablando.
—¿Sabes lo que es que tu vida se vaya a la mierda por intentar ayudar a alguien importante para ti? —preguntó llorando.
Estaba a punto de quebrarse. Era el momento en el que el vaso estaba totalmente lleno y una sola gota más lo haría desbordar. Y Marc necesitaba que eso pasara, necesitaba que Diego perdiera el control.
—Men-ti-ro-so —respondió Marc, cargando de asco cada una de las sílabas.
—¡Aaaah! —gritóDiego mientras se abalanzaba sobre él, soltando el rifle y extendiendo las manos hacia su cuello.
El movimiento de Marc fue tan rápido que el fornido ermitaño no pudo reaccionar. Le estampó la botella de whisky en la cabeza, justo cuando sus manos estaban a punto de agarrarlo por el cuello. El hombretón cayó inconsciente.
Marc se puso en pie —con algo de dificultad por la herida del tobillo — y cojeando, fue hacia la sala del armamento para coger una cuerda y varios cuchillos. El tiempo se agotaba. Las horas pasaban y no sabían nada de Valeria. Había llegado el momento de las medidas extremas. Cuando Diego recobrara el conocimiento, hablaría por las buenas o por las malas.

CAPÍTULO 27
Ana

—¿LaseñoraGonzález?—preguntóAna condesesperaciónmientras recorría con la mirada las muchas ventanas de aquella pequeña mansión.

Le habían dicho que aquella mujer era inofensiva. Que su obsesión por mirar fijamente a las chicas adolescentes con las que se encontraba se debía a la muerte de su hija cuando apenas estaba entrando en la pubertad. Pero, «¿realmente es casualidad que Valeria haya desaparecido justo enfrente de la casa de una mujer que la había estado acosando el día anterior?», se preguntó Ana.

—Sí, es una señora mayor. Un poco extravagante y cada año que pasa es más huraña, cosas de la edad, supongo —explicó el jefe de policía—. Por cierto, si aquí no han borrado nada directamente de la cámara, no sé cómo han podido hacerlo —zanjó mientras cerraba el pequeño ordenador portátil con el que llevaba un rato trabajando en busca de pruebas sobre la manipulación de las imágenes que podían demostrar el secuestro de Valeria.

Ana sintió cómo se desinflaba por dentro, como si fuera un globo al que acabaran de pinchar con una aguja y, en lugar de explotar de golpe, el aire fuera saliendo poco a poco. Tenía la esperanza de obtener alguna pista en aquella cámara de seguridad. El tiempo apremiaba. No sabía nada de Valeria y su marido seguía sin dar señales. Buscaba pistas y había encontrado la casa de aquella señora.

Decidió actuar.
—Voy a entrar en esta casa —dijo con decisión antes de plantarse en la puerta tras cinco grandes zancadas.
—¿Cómo? ¡No! —exclamó el policía—. ¡Eso es allanamiento de morada!
Ana golpeaba enérgicamente la puerta con la palma de su mano

derecha mientras vociferaba:
—¡Señora González! Abra la puerta, sé que está en casa. El jefe de policía se colocó justo detrás de ella e intentó agarrarla con suavidad por los hombros para calmarla.
Al sentir las manos sobre su espalda, Ana sintió como si se generara en su interior un chispazo tan potente que hizo que, sin pensárselo dos veces, levantara el brazo derecho y soltara el codo hacia atrás, directo a la cara del hombre intentaba tranquilizarla. El hombre cayó de espaldas, dolorido y furioso a partes iguales.
Iba a repredenarla, pero ella no le dejó.
—¡Se acaba el tiempo! —le gritó—. Ya he cooperado contigo y no hemos tenidoningúnresultado. Mi hija desapareció anoche justo aquí hace unas horas, la cámara que tendría que haberlo grabado ha perdido misteriosamente las imágenes y resulta que justo en este punto vive una señora en un pequeño palacete que ayer iba por el pueblo persiguiendo a mi hija sin quitarle el ojo de encima —zanjó mientras jadeaba por el subidón de adrenalina—. Hay una niña de catorce años secuestrada. Creo que tu deber como policía es hacer todo lo posible por encontrarla. Así que te lo pido por favor…, no, ¡te lo suplico! Entra conmigo aquí —pidió mientras le tendía una mano para ayudarle a ponerse en pie.
El rostro de Andrés cambió de expresión; pasó de la rabia a la comprensióndespuésdesoltarunabocanadade aireyagarrarlamano de Ana, asintiendo con la cabeza en un gesto de complicidad. —Lo siento mucho, Andrés —se disculpó Ana por el golpe. —Está bien, supongo que es normal que pierdas los nervios. —Tenemos que encontrar a Valeria. Lo demás no importa. —Sí, pero si la señora González no abre la puerta, poco podemos hacer.
—¿Cómo?—preguntóAna—.Eltiempodehablarenel despacho y tomar decisiones calmadas ya ha pasado —sentenció. Volvió al camino, agarró una gran piedra y, sin saberlo, del mismo modo que había hecho su marido en la cabaña de Diego, la lanzó contra una ventana de la planta baja para poder colarse en el interior, mientras el viejo comisario se llevaba las manos a la boca. Con un pequeño salto, Ana se plantó dentro de aquella casa tan

enorme. Se encontraba en un pasillo, junto al recibidor, justo detrás de la entrada principal. Sin duda, aquellas paredes habían tenido días
mejores. De haber estado bien conservada, aquella casa podría servir
para un reportaje de revistas de interiorismo. Sin embargo, estaba sucia, descuidada, con polvo por todas partes y un fuerte olor a cerrado acompañado de un ligero toque que Ana no lograba reconocer; quizá moho y humedad. En cualquier caso, le generaba cierta repugnancia.

—Esto no está bien… —susurraba Andrés mientras pasaba las piernas con dificultad por la ventana—. Soy policía, esto es más propio de ladrones y delincuentes.

—¡Valeria! —gritó Ana.

El silencio fue la única respuesta. Ante ellos se alzaba una gran escalera que conducía hacia los pisos superiores.

—Andrés, registra esta planta y el sótano. Yo miraré arriba. Antes de que el policía pudiera rechistar, empezó a subir los
escalones hacia la zona de la casa en la que había visto a la señora González asomada a la ventana.

Toda la casa se encontraba en el mismo estado de suciedad y dejadez. Los muebles eran muy antiguos y parecían de otro siglo. En la segunda planta pasó por varias habitaciones en las que, a pesar del
polvo acumulado sobre las camas, no dormía nadie desde hacía muchos años. Encontró también una pequeña biblioteca y una salita con una máquina de coser antigua junto a un armario abierto donde había decenas de vestidos de niña antiguos. Aquello hizo estremecer a Ana.

Comenzóelascensoala tercera plantayel panoramaera el mismo: habitaciones sucias, mal olor y ningún rastro de nadie.

—¿Dónde está la señora? —susurró Ana para sí misma mientras empezaba a dudar de no haberse imaginado aquellos ojos observándola por la ventana.

Llegó a una habitación con un gran ventanal al jardín trasero. El día seguía siendo muy oscuro; la tormenta había dejado instalados

unos nubarrones negros sobre el cielo de Tobeda. Observó por la ventana y vio un espacio vallado, con el césped muy mal cuidado y un pequeño cerco donde había conejos correteando en su interior. Aquellos animales hicieron que el estómago de la mujer diera un vuelco. ¿Sería casualidad que aquella mujer tuviera conejos en su casa y que todo hubiera empezado con unos conejos muertos en la puerta
de su casa?
Saliódeaquellahabitación—la últimadeaquella planta—decidida a subir hacia el desván y, cuando ya había subido dos escalones, percibió algo extraño en la pared que tenía justo enfrente. Bajó de la escalera y, extendiendo las palmas de las manos, empezó a acariciar la
pared. Estaba fría, algo húmeda y tenía un relieve que intentaba camuflarse con el color de la pared. Una puerta. Una puerta que habían intentado ocultar. Con el corazón desbocado, buscó el pomo o tirador para abrirla, pero no había nada, tan solo una pequeña abertura para introducir una llave.
—¡¿Valeria?! —gritó mientras aporreaba la puerta con todas sus fuerzas.
No obtuvo respuesta.
Continuó golpeando la puerta sin conseguir abrirla. Volvió a las otras habitaciones, abriendo a toda velocidad todos los armarios y cajones. Buscaba cualquier cosa que le sirviera para golpear la puerta
con la suficiente fuerza como para abrirla y después de apartar trapos
viejos, objetos cubiertos de moho y joyas antiguas, encontró una pequeña hacha cubierta de óxido en el interior de un armario. Salió corriendo hacia la puerta oculta y descargó un golpe tremendamente fuerte sobre la cerradura, haciéndola saltar por los aires. La puerta se abrió con un pequeño ruido de succión. Con el corazón en la garganta, abrió poco a poco hasta quedarse helada con lo que observó en su interior.
Era una estancia pequeña, de poco más de un metrocuadrado, con una única mesita en el centro y una pequeña lámpara de aceite

encendida. Las paredes estaban repletas de fotografías de una niña. Ana contempló las fotos, todas de la misma niña, y entonces comprendió. Se veía a la niña pequeña nadando en el lago, jugando con animales, haciendo turismo, cocinando o practicando deporte. Aquella habitación era una especie de templo en honor a la hija de la
señora González.
Aquella mujer se había quedado totalmente trastocada tras perder a su hija. Ana sintió náuseas solo de pensar que aquella señora le hubiera hecho algo a su hija creyendo que sería su antigua niñita.
Tras un minuto, recobró la compostura y empezó a subir hacia el desván. La escalera terminaba en una única puerta. Al abrirla, contempló la oscuridad absoluta que reinaba en aquella estancia. No se veía nada y no llevaba nada con lo que alumbrar. Palpó las paredes
interiores junto a la puerta y encontró un interruptor. Al pulsarlo, una bombilla se encendió y cegó a Ana en el centro de la sala. Colgaba de
un cable y estaba a la altura de su cabeza. Alumbraba poco, pero lo suficiente para distinguir un montón de cajas y muebles antiguos apilados de cualquier manera.
Ana se internó en aquella penumbra y comprobó que el aire estaba todavía más cargado allí. Las cajas estaban apiladas como si las hubieran lanzado desde la puerta y se hubieran quedado tal y como cayeron al suelo. Llegó hasta el fondo y se agachó para examinar una
de ellas. Sin embargo, antes de poder abrirla, escuchó unos pasos a su
espalda, en el umbral de la puerta.
Se giró sobre sus talones y allí estaba la señora González. Vestida totalmente de negro, igual que el día anterior. La mujer estaba seria, casi inexpresiva.
—Señora González, ¿sabe usted dónde está mi… —Ana se quedó perpleja y no terminó la pregunta.
Un pequeño brillo en la mano de la mujer llamó su atención. Era la hoja de un cuchillo.

Aferrándolo con fuerza, la anciana dio un paso y entró en la habitación. Sin dejar de mirar a Ana a los ojos, cerró la puerta y se quedaron las dos mirándose fijamente.
—Pero, ¿qué está haciendo? —quiso saber Ana.
La mujer no respondió; lo único que hizo fue avanzar la mano hacia el interruptor. Y de pronto, aquella oscuridad tan profunda lo engulló todo.

CAPÍTULO 28
Pol

Pol no podía mover ni un solo músculo de su cuerpo. Su sistema nervioso estaba totalmente colapsado y sus ojos no podían apartarse de la cabeza del joven policía tendido en el suelo; en concreto, del agujero por el que no paraba de manar la sangre del cadáver que tenía a escasos metros.

Pasaron segundos —o quizás minutos— hasta que Pol pudo levantar la vista y fijarse en el otro joven que tenía enfrente. La mirada totalmente ida, temblando de pies a cabeza y sosteniendo una pistola que no dejaba de moverse a consecuencia de su estado de nervios.

—Yo… yo… yo… no… yo no… yo no quería hacer esto —dijo el chico, dedicándole una mirada de auténtico pavor.
Estaba muerto de miedo; sin duda había actuado sin pensar, y ahora que contemplaba el resultado de sus actos, la realidad cayó sobre él como un jarro de agua fría.
Pol respiró profundamente antes de hablar.
—Creo que sería bueno que dejaras esa pistola en el suelo y pudiéramos calmarnos —añadió con un tono suave, levantando la palma de la mano en señal de calma.
—¡No! —gritó mientras le apuntaba con la pistola—. ¡Lo que quieres es que me detengan!
Pol experimentó la mayor sensación de miedo de su vida. Ver

aquella pistola, empuñada por aquel desequilibrado, junto al cadáver de un chico al que acababa de asesinar, le provocó tanto pánico que entendió de golpe la expresión "encogerse de miedo". Sintió como si todo su cuerpo se comprimiera, intentando empequeñecerse en un gesto instintivo de defensa y de forma totalmente involuntaria, sus esfínteres cedieron a la presión y empezó a orinarse encima. Un calor líquido recorrió sus piernas, contrastando con el frío que hacía allí, junto al lago.
Cayó de rodillas sobre el suelo, con las manos en alto, suplicando piedad.
—¡Por favor! Yo solo quería encontrar a mi hermana. Me da igual lo que hayas hecho con este policía. No diré nada —imploró.
Aquello pareció desconcertar al chico, que se quedó varios segundos con la mirada perdida, observando el lago.
«Está totalmente ido», pensó Pol.
—¿Tu hermana? —preguntó el Agujas, aún ausente.
—Sí, mi hermana, Valeria —respondió Pol mientras volvía a erguirse sin hacer movimientos bruscos—. Tenía la sensación de que ibas a decirme algo de ella antes de que llegara ese agente.
Ambos miraron el cuerpo sin vida tendido junto a ellos, cuando, sin previo aviso, el Agujas dejó caer la pistola al suelo.
—Vamos con mi hermana y te contaré todo lo que sé.
—¿Cómo? —preguntó Pol, sorprendido ante aquel giro de guion—. ¿Quién es tu hermana? ¿Qué sabes de la mía?
—Solo hablaré con mi hermana delante. Es la única que me ayuda siempre.
—¡No me jodas! —gritó envalentonado de nuevo Pol—. ¿Mi hermana está bien?
—De momento sí, pero se le acaba el tiempo.
Sin añadir una palabra más, aquel chico, aún en estado de shock empezó a caminar hacia el pueblo. Pol lanzó una última mirada al cuerpo de Pablo y se agachó para recoger la pistola que le había quitado la vida y se la guardó en los pantalones antes seguirlo.
Tras unos quince o veinte minutos llegaron a las calles de Tobeda. El silencio reinó durante todo el trayecto. Caminaron por varias calles estrechas hasta llegar a la plaza del pueblo. El chico se dirigió hacia

una gran casa ubicada justo en el centro. Era grande y estaba bien conservada. Se detuvieron ante la puerta y llamó tres veces con el puño cerrado.
Unos segundos más tarde, abrió la puerta una mujer que Pol ya había visto antes. Lucía, la alcaldesa, los miró a ambos con preocupación.

CAPÍTULO 29
Andrés, Diego y Rosa

1989
Diego estaba estirado en el sofá de su cabaña con la cara ensangrentada.

—Ponteestoantes dequese teinflecomounglobo—dijoAndrés mientras le acercaba una bolsa de guisantes congelados.
—Te aseguro que la cara del otro quedó mucho peor —respondió mientras sentía el alivio del frío en su cara—. Ese niñato aprenderá que no puede ir por ahí provocando a la gente.
—Si no te calmas, tendrás serios problemas con el jefe de policía. Me ha pedido que hable contigo —espetó Andrés mientras sacaba pecho y proyectaba esa placa sobre su nuevo uniforme.
—No vayas de Rambo, que solo llevas dos meses en el cuerpo —añadió Diego mientras se sentaba en el sofá aguantando la bolsa de guisantes con una mano.
Andrés se miró sobre el espejo que había en el pequeño salón de Diego, mirando con orgullo esa placa que tanto le había costado conseguir. Le quedaba genial y cada vez que se veía de uniforme no podía evitar pensar en Rosa y en lo muy orgullosa que se sentiría cuando lo viera. Aunque no sabía cuándo sería eso. A pesar de que aseguró venir al final de cada semestre, hacía ya seis años que Rosa se marchó para estudiar medicina, pero no había vuelto a Tobeda desde entonces.
—¿Ya estás otra vez con eso? —preguntó molesto Diego sacando a su amigo de sus propios pensamientos.

—¿Cómo dices?
—Que siempre que te quedas así, como absorto, estás pensando en Rosa. Asúmelo ya, nunca volverá.
Andrés se quedó en silencio. Aquello no podía ser. Estaba seguro de que Rosa tendría un buen motivo para no haber cumplido su promesa y no haber dado señales de vida en los últimos siete años.
—No cambies de tema —matizó Andrés volviendo al tema inicial de su conversación—. No puedes seguir teniendo una pelea cada semana. Al final, la gente te tendrá miedo y nadie querrá saber nada de ti. Por no hablar de que el jefe de policía está bastante cansado del tema.
—Oye, yo no tengo la culpa de que me busquen todo el rato, si me provocan…
Diego no pudo terminar la frase, pues un coche acababa de llegar a su casa.
Los dos amigos salieron al porche para contemplar un gran cuatro por cuatro de color gris y los elevalunas tintados. El reflejo del sol impedía ver quién conducía el coche cuando la puerta del copiloto se abrió y Rosa Martín salió del vehículo.
—Qué suerte encontraros aquí a los dos —dijo como si no llevaran seis años sin verse.
—¿Rosa? ¡Joder, estás guapísima! —aseguró Diego mientras se lanzó hacia ella y le daba un abrazo.
Diego estaba en lo cierto. Todos tenían ya veinticinco años; Rosa se había convertido en una mujer muy atractiva y con unos rasgos faciales muy bonitos. Diego, por su parte, seguía manteniendo aquella constitución atlética y fuerte que tenía por naturaleza, mientras que Andrés estaba bastante más definido, aunque unas entradas bastante grandes empezaban a asomar en su frente, haciéndole parecer mucho mayor de lo que realmente era.
—Me alegro mucho de veros. Joder, ¿cuánto ha pasado? ¿cinco años? —preguntó Rosa con una gran sonrisa mientras se soltaba del profundo abrazo con Diego.
—No, han sido seis —aseveró Andrés, que se había mantenido inmóvil en la distancia.
—Ya… seis —respondió ella, sintiéndose incómoda por la reacción

tan fría de su amigo—. Mirad, quiero presentaros a alguien.
De la puerta del conductor salió un hombre joven, muy atractivo, con una constitución atlética, pero sin darle ese volumen de "grandote" que podía tener Diego. Llevaba ropa de marca que era bonita y muy cara, que conjuntaba con su pequeña melena.
—Soy Jaime, encantado de conoceros. Rosa me ha hablado muchísimo de vosotros —dijo mientras estrechaba la mano de cada uno de ellos.
—Es mi prometido.
—¡¿Cómo?! —preguntaron ambos a la vez.
—Sí, nos conocimos en Madrid y como yo ya soy doctora y mis padres están a punto de jubilarse, voy a quedarme con su clínica. Nos vamos a casar aquí, el mes que viene, en la ermita.
El tiempo se detuvo para Andrés, de golpe, sin previo aviso para él; fue como si la tierra dejara de girar y todo se detuviera en seco. Aquel era su mayor miedo desde que tenía uso de razón: que Rosa eligiera a otro hombre. Jamás pudo entender por qué no se enamoró de él con lo bien que siempre la trató. Sin embargo, en el fondo de su alma tenía la esperanza de que cualquier día volvería de Madrid y le declarara su amor. Aquella fantasía se cerró de golpe. Rosa había llegado, pero con otro hombre y con la intención de casarse allí, en Tobeda. Lo cual hacía casi seguro que tendría que verla vestida de blanco, uniendo su vida a la de otra persona que no iba a ser él.
Sin embargo, estaba cansado de humillaciones y no iba a parecer nunca más ese niño débil delante de ella.
—Enhorabuena —dijo para sorpresa de todos mientras se acercaba y le daba un abrazo—. Seguro que será una boda prec…
El llanto de un bebé cortó su frase.
—Ah, bueno, y todavía me falta presentaros a la personita más importante de mi vida —añadió Rosa sacando a una niña de menos de un año del interior del coche—. Os presento a Maika, nuestra hija.

Varias horas después, Andrés estaba solo en mitad del bosque, rabiando como nunca lo había hecho. Estaba roto de dolor.

—¿Cómo puede hacerme esto? Me promete venir a verme cada cuatro meses y viene a los siete años con un pijo de mierda y una hija en común. ¡Encima se van a casar! —decía para sí mismo. Sentía sus ojos hinchados; al hablar, generaba muchísima baba y le temblaba todo el cuerpo.
—¿Se piensa que soy gilipollas? ¿Qué siempre la voy a estar esperando? ¡¿Qué estaré aquí para consolarla cuando ese desgraciado se canse de ella?! Ella lo es todo para mí y me trata como si fuera una mierda sin importancia.
Empezó a gritar, rompiendo así el silencio del bosque.
Devastado, sacó de su bolsillo una caja negra pequeña y la colocó sobre una gran piedra que tenía delante. La abrió, dejando al descubierto un anillo de pedida matrimonial. Su intención era haberle pedido matrimonio en la primera visita que hubiera hecho al pueblo tras su marcha. Pero aquello jamás pasaría. Desenfundó su pistola, apuntó hacia el anillo y disparó.

CAPÍTULO 30
Marc

Sus manos estaban sangrando, los nudillos rojos y lleno de heridas; incluso quizá alguno podía estar fracturado por los golpes. El dolor provocaba una punzada intensa en su mano izquierda y un ligero temblor en la derecha.

Marc era un torbellino de emociones en aquel momento. Por un lado, sentía que las respuestas estaban a punto de llegar y que podría encontrar a Valeria, pero, por otro se sentía muy mal por cómo iba a conseguirlas. Siempre había condenado cualquier tipo de violencia y defendía el diálogo como la única forma de solucionar los problemas.

Hasta aquel momento.
Atado en unasilla frente a él seencontrabaDiego,aunque en aquel instante la sangre y la hinchazón de su rostro lo hacían casi

irreconocible.
Tras dejarlo inconsciente, lo ató a una silla de madera con una cuerda que encontró en el pequeño arsenal de la cabaña y llevaba casi una hora repitiendo el mismo procedimiento: le preguntaba por el paradero de su hija y tras no obtener la respuesta, le golpeaba. Se sentía fatal por ello, pero estaba en juego la vida de su hija y estaba dispuesto a llegar hasta donde hiciera falta para recuperarla.
El primer golpe fue el más difícil. Marc se quedó varios segundos con el puño en alto, debatiéndose sobre si cruzar o no aquel punto de no retorno. Finalmente lanzó el golpe, que rompió la nariz de Diego y el alma de Marc.
—¿Hasta cuándo vas a seguir mintiendo? —le recriminó Marc.
—¿Hasta cuándo vas a seguir torturándome? —respondió el hombre atado a la silla, tosiendo sangre.
—Déjate de mierdas. Mi hija ha estado aquí, encontré su coletero. Tú sabes dónde está y no me lo quieres decir.
—Ya te lo he dicho; por mucho que me pegues no obtendrás otra respuesta. ¡No tengo ni idea de cómo llegó aquí el coletero de tu maldita hija! —gritó Diego, dejando a la vista una boca ensangrentada a la que le faltaban varios dientes por culpa de Marc.
—Por favor —suplicó Marc—. Acaba con esto, dime dónde está. No voy a parar de hacerte daño hasta que me lo digas.
—Que te jodan. Ya te lo he dicho, no sé nada.
Marc le soltó un puñetazo en la cara. Ambos gritaron: uno por recibir otro golpe más en un rostro hinchado y el otro por el dolor en una mano que parecía estar a punto de romperse.
—¡¿Dónde está Valeria?!
Otro puñetazo.
—¡¿Dónde está mi hija?!
Un golpe más.
—¡Hijo de puta! ¡Dime dónde está!
Un último puñetazo lo dejó inconsciente y por la fuerza empleada, hizo que el propio Marc cayera al suelo.
Jadeando, temblando y al borde de la desesperación, se puso en pie. «¿Hasta cuándo aguantará este cabronazo?», pensó mientras lo contemplaba,cubiertodesangreeinconsciente.Eltiemposeagotaba; no

sabía dónde ni en qué estado estaría Valeria.Necesitaba uncambio de estrategia.
Se dirigió a la nevera y sacó varias botellas de agua fría y un par de bolsas de hielo del congelador. Vació el agua sobre Diego y le colocó el hielo en la nuca para que recuperara el conocimiento. Y así lo hizo.
—Desgraciado… me vas… me vas a… me vas a matar — balbuceó con dificultad.
—Realmente, sí, tienes razón —respondió Marc mientras iba a la armería y regresaba segundos después con una escopeta en las manos.
—Esto acaba ahora —sentenció Marc, apoyando el cañón del rifle en la frente del ermitaño.
—¡NO! ¡QUE NO SÉ NADA, JODER! —se desgañitó, intentando liberarse de las ataduras.
—Te lo voy a preguntar una última vez y te prometo que, como no me digas la verdad, voy a decorar toda tu cabaña con tus sesos. ¡¿Dónde está Valeria?!
—Adelante, acaba con esto. No sé nada.
—Voy a contar hasta tres.
—Matarás a un inocente.
—Uno.
—No sé dónde está tu hija.
—Dos.
—El coletero estaba aquí por una trampa.
—Tres.
Marc estaba fuera de sí, odiándose por haber llegado hasta allí, pero listo para apretar el gatillo. Todo su cuerpo estaba empapado en sudor, la respiración acelerada, el corazón latía tan fuerte que le causaba dolor en el pecho; tenía la mirada descolocada por la fuerte adrenalina que recorría todo su torrente sanguíneo. Quería apretar el gatillo, pero no podía. Su cuerpo no respondía. Era como si su cerebro hubiera bloqueado aquel movimiento y se sentía incapaz de mover el dedo. Le dedicó una última mirada a los ojos —lo poco que se podía ver por las magulladuras de su cara— y vio en ellos miedo y tristeza. Aquel hombre sabía que iba a morir y, aun así, no decía

nada.
«¿Y si dice la verdad? ¿Y si no sabe nada?».
—¡Joder! —gritó Marc, soltando la escopeta y lanzándola al suelo. Se llevó las manos a la cabeza y se alejó de él. Se dejó caer al suelo y la frustración de no haber obtenido respuestas y el miedo por el estado de Valeria lo arrollaron por completo. Empezó a llorar de forma desconsolada.
En aquel momento de confusión, Diego, sentado y atado a la silla, consiguió erguirse y dar un salto en vertical para caer de espaldas contra el suelo, haciendo que la silla de madera se partiera en cientos de pedazos al no poder soportar el golpe ni el peso de aquel hombre tancorpulento.Todopasómuyrápido:
Diegoquedóenelsueloentre los restos de la silla y casi al instante, se puso en pie apuntando a Marc con la escopeta que acababa de lanzar.
Marc se quedó paralizado. Había dudado, no tuvo el valor de apretar el gatillo y ahora aquel hombre acabaría con su vida y jamás sabrían qué había pasado con su hija. No intentó defenderse, simplemente asumió que aquello era el final y se rindió, entregándose al ermitaño al que llevaba una hora torturando.
—Por favor, acaba conmigo, pero libera a mi hija —le suplicó.
—¿Qué? ¿Sigues pensando que tengo a tu hija?
El cañón de la escopeta estaba ahora apoyado contra la frente de Marc, que al escuchar aquello, miró con asombro al hombre que estaba a punto de quitarle la vida.
—¿De verdad que no la tienes?
Marc comprendió en ese instante que aquel hombre no había tenido nada que ver con la desaparición de Valeria y se sintió sucio y asqueroso por todo lo que le había hecho.
—Yo no tengo a tu hija, llevo horas diciéndotelo. Pero no pienso pasar otra vez por esto. Hace años me acusaron de un secuestro sin ninguna prueba. Me tendieron una trampa. Defendí mi inocencia hasta la saciedad, pero nadie me creyó. En el juicio quedé libre por falta de pruebas, pero en el pueblo ya nadie me creía. Todos me veían como a un monstruo. ¿Sabes lo que es eso?
—Lo… lo siento —respondió Marc con lágrimas en los ojos—. Y ¿no

sabes quién te tendió la trampa?
—Sí, lo sabía y lo dije. Nadie me creyó. Ni siquiera cuando le sancionaron sin empleo. Era una persona tan idealizada en el pueblo que nadie me creyó. Me dijeron que me lo había imaginado todo.
—¿Quién fue? —imploró Marc, pensando que quizá eso podría unir ambos casos.
—No volveré a pasar por esto. No volveré a sentir que todo el mundo me juzga, me odia y me margina sin haber hecho nada. Me habéis acusado de esto y vuelvo a estar marcado.
Diego retrocedió varios pasos, retiró el cañón de la frente de Marc y girando el arma, se la introdujo entre los labios mientras bajaba la escopeta para sujetarla a la altura de la cadera.
Marc quiso gritar, impedir que aquel pobre desgraciado se quitara la vida. Sin embargo, el disparo se produjo antes de que pudiera abrir la boca.
El ruido fue ensordecedor. Los sesos se desparramaron por todo el techo de la cabaña y el cuerpo sin vida cayó a los pies de Marc, muriendo con él su mayor secreto. Esa verdad que, por lealtad, no quiso revelar, a pesar de la tortura y de los brutales golpes recibidos. Una verdad que, como había intuido Marc, conectaba el pasado de Tobeda con el secuestro de Valeria.

CAPÍTULO 31
Andrés, Diego y Rosa

1992
Andrés volvió a aporrear la puerta de casa de Rosa.

Estaba casi seguro de que no estaba en el interior, pero tenía que asegurarse. Ya había mirado por las ventanas y estaba todo a oscuras; el coche no estaba y tampoco respondía a las llamadas a la clínica.

Tenía miedo porella, de que hiciera una locura. Todavía recordaba como si fuera ayer aquella mañana de tres años atrás en la que se la

encontró en camisón, llorando, con la mirada perdida, tiritando de frío y grabando con un cuchillo las iniciales de su nombre, el de su marido y el de su hija en el tronco del gran haya del lago. Jaime se había marchado y el muy cerdo se llevó a Maika con él. Rosa quedó destrozada tras la marcha y durante tres años solo salía de su casa para ir a la consulta médica. No quería saber nada de nadie, y su relación con Andrés había sido prácticamente inexistente, hasta dos días atrás, momento en el que ella lo llamó por teléfono:

—No estoy bien, Andrés, necesito a mi niñita y esto me está matando por dentro —fue lo primero que dijo ella en cuanto él descolgó la llamada con manos temblorosas al ver el nombre de Rosa en la pantalla de su teléfono.

—Rosa, ¿necesitas algo? ¿Quieres que nos veamos? —le respondió él casi a modo de súplica para que se dejara ayudar. —No, nadie puede ayudarme —zanjó, cortando la llamada. Andrés llevaba dos días intentando hablar con ella, pero estaba

resultando misión imposible. No estaba en su casa y tampoco en la clínica. Sin embargo, estaba seguro de que no había abandonado el Valle. ¿Dónde estaría?

Un escalofrío recorrió su espalda al imaginarse que hubiera hecho una locura y su cuerpo sin vida estuviera tirado en cualquier rincón de Tobeda.

Volvióhacia elcochepatrulla ylanzóungolpede frustraciónsobre el volante.
—¿Dónde estás? —susurró para sí mismo mientras pensaba en todos los sitios importantes del Valle de Tobeda para ella.
Ya los había visitado todos: su casa, el lago, el haya, la clínica, la ermita donde se casó, la antigua casa de sus padres. Ya había estado en todos los sitios que hubieran podido ser importantes para ella y no había ni rastro.
Entonces se le ocurrió.

Un lugar donde no había buscado y que marcó un hecho muy importante en su vida. Una experiencia traumática por la que necesitó ayuda psicológica y que muchos años después, ya siendo una adulta, todavía le provocaba pesadillas.
Andrés arrancó el coche y,con un fuerte acelerón, semarchó hacia la plaza de Tobeda.
Aparcó el coche junto al ayuntamiento y salió corriendo hacia el pozo.
—¡Rosa! —gritó mientras se asomaba a él y miraba hacia la oscuridad de su interior.
No hubo respuesta.
Con manos temblorosas sacó su linterna y enfocó.
Respiró aliviado. Rosa no estaba allí, solo había agua.
Todo su cuerpo empezó a temblar al soltar toda la adrenalina.
Realmente se había imaginado que Rosa se hubiera lanzado allí.
Se sentó sobre el pozo y recordó cómo había sido aquel día tantos años atrás en el que Diego la obligó a saltar.
—¡Diego! —pensó.
Una sensación negativa se apoderó de todo su cuerpo, como si de pronto un potente veneno empezara a recorrer todo su sistema nervioso, paralizándolo y haciéndole sentir dolor en cada movimiento. Ya sabía dónde estaba Rosa y en el fondo de su ser, comprendió que lo había sabido desde un principio, pero no había querido verlo.
Empezó a llover mientras se encaminaba de nuevo hacia el coche y ponía rumbo a la cabaña de Diego en lo alto del Valle.
Aparcó el coche en el camino, a cien metros de distancia. No quería que lo vieran llegar. Cada paso que daba, chapoteando por el barro por la intensa lluvia, le aceleraba más el corazón.
Entró en el recinto de la cabaña y allí estaba el coche de Rosa.
Se detuvo delante de la puerta, empapado y helado hasta los huesos. Levantó el puño para llamar, pero no pudo hacerlo. Recordó cuando abrió sin avisar la puerta de la habitación de Rosa y los interrumpió mientras se besaban. Tenía auténtico pavor a encontrarse una imagen similar. Se dio media vuelta para volver al coche, pero tampoco podía marcharse así: necesitaba saber qué

pasaba en el interior de esa cabaña.
Con mucho cuidado de no hacer ningún ruido, se asomó a las ventanas que daban al salón. Dentro no había nadie. Continuó caminando hasta la parte trasera de la cabaña, hacia la habitación de Diego.
Se quedó paralizado con lo que vio.
Los dos estaban en la cama; una tenue luz proyectada por una pequeña lamparita dibujaba sus cuerpos desnudos. Ella estaba encima de él y Andrés no podía apartar los ojos de ellos. Se quedó allí durante varios minutos, observando todo, sabiendo que la oscuridad de la noche le protegía. Sentía rabia y odio en partes iguales hacia los dos. Él, por ser un traidor que se estaba acostando con la mujer a la que amaba; y ella, por haber preferido siempre a cualquier hombre antes que a él. Se llevó la mano a la pistola y desenfundó el arma. Sintió el instinto de irrumpir en la casa y matarlos a los dos. Pero entonces, los ojos de Diego se desviaron hacia la ventana y se clavaron en los de Andrés.
El policía salió corriendo mientras escuchaba que gritos en el interior de la cabaña. Se escondió entre unos arbustos justo antes de que la puerta de la casa se abriera, proyectando su luz interior por todo el porche.
—¿Andrés? —gritó Diego mientras salía desnudo al exterior.
Andrés tenía el corazón en la garganta y la pistola en la mano. Por un momento, se imaginó saliendo de aquel escondite y disparando en la cabeza de Diego sin mediar palabra, pero no se atrevió.
Diego se quedó escudriñando con el entrecejo fruncido todo su porche desde el umbral de su puerta, hasta que finalmente volvió al interior.
—Me lo habré imaginado —escuchó Andrés que decía su amigo en el interior de la casa.
En aquel momento, el policía guardó su arma. Decidió que habría otras formas de poder hacerle daño a Diego.
Al día siguiente, el propio Andrés, junto a varios compañeros más del cuerpo de policía de Tobeda, se llevaron a Diego esposado y detenido, acusado de la desaparición de una joven que había

desaparecido sin dejar rastro, salvo por una pequeña prenda de ropa que había aparecido en un arbusto junto a su cabaña.

CAPÍTULO 32
Ana

La oscuridad era absoluta. El silencio, total. El miedo que sentía Ana era extremo.
—¿Señora González?
No hubo respuesta. Sabía que estaba allí, con un cuchillo en la mano, pero no podía verla.
—¿Qué está haciendo? ¡Déjese de bromas!
Silencio.
—Señora González, tengo que encontrar a mi hija. ¿Sabe dónde está?
Le pareció escuchar un ligero roce en el suelo a su derecha. De forma instintiva se desplazó hacia la izquierda, tropezó con una de las cajas y cayó al suelo.
«¿Cómo se ha movido tan silenciosa?», pensó Ana desde el suelo.
—Mi secreto se irá conmigo a la tumba.
Al escuchar aquellas palabras, se le erizó la piel. Empezó a gatear en la dirección contraria a la voz.
—Mi pequeña no tenía culpa ninguna —susurró la anciana.
Unas cajas cayeron a escasos centímetros de Ana. La señora estaba muy cerca. Se quedó inmóvil, casi sin respirar. Podía escuchar sus propioslatidosmientrasaguzabaeloídoparacaptarcualquiermínimo sonido a su alrededor.
—Solo hice justicia para mi pequeña.
Su voz estaba muy cerca de Ana. «Tengo que salir de aquí», pensó. Si conseguía llegar a la puerta, podría salir al exterior y llamar a Andrés, que estaba registrando el sótano. El problema era que estaba completamente desorientada: tras la caída y varios metros gateando había perdido la orientación y no sabía en qué dirección estaba la puerta.
Entonces cayó en la cuenta de que llevaba el móvil en el bolsillo. Si

lo desbloqueaba y alumbraba la sala, podría orientarse y salir corriendo hacia la puerta esquivando a la señora González. Al fin y al cabo, era una señora mayor; por mucho que la luz revelara su posición, Ana era mucho más rápida.
Seguía apoyada en pies y manos en el suelo. Con cuidado de no hacer ruido alguno, empezó incorporarse. Llevó una mano temblorosa bolsillo del pantalón, agarró el teléfono y pulsó el botón de desbloqueo apuntándolo al frente.
Casi se le para el corazón. La luz iluminó un rostro a escasos centímetros del suyo. Repleto de arrugas, pelo canoso y unos ojos blanquecinos que parecían cargar con años de culpa.
Ambas gritaron. La anciana se abalanzó sobre Ana, que sintió un corte en el brazo derecho y una punzada en el muslo. Cayeron al suelo, golpeando varias cajas. Los golpes se sucedieron de inmediato: una atacaba con pies y manos, la otra con navajazos a diestro y siniestro.
—¡Andrés! ¡Socorro! —gritó Ana mientras, con un fuerte empujón, lograba quitarse a la anciana de encima.
Salió corriendo hacia donde creía que estaba la puerta, pero cayó al suelo por un dolor agudo en el muslo derecho. Aquella vieja loca la había apuñalado en la pierna. Llevó la mano a la herida y notó cómo la sangre, caliente y densa, brotaba a chorro.
De pronto, la puerta se abrió de golpe y la luz se encendió.
Allí estaba el jefe de policía, con la pistola en la mano, apuntando directamente a la señora González.
—¡Queda usted detenida!
La señora soltó el cuchillo, manchado con la sangre de Ana, que cayó al suelo. Fue entonces cuando Andrés reparó en ella y en el pequeño charco de sangre que empezaba a formarse bajo su cuerpo.
—Dios mío, pero ¿qué ha pasado?
—Creo que ha sido ella, Andrés. Hablaba de hacer justicia por su hija o algo así. Creo que ella tiene a Valeria.
—Ana… —dijo el policía, con pánico en la voz—. En el sótano hay un cadáver.

CAPÍTULO 33
Pol

Pol daba pequeños sorbos a una taza de té caliente que sostenía con las manos ligeramente temblorosas. Su mirada estaba perdida y en su mente se repetían, una y otra vez, dos imágenes. Sentía como si su mente fuera un océano profundo, en el que flotaba de una escena a otra, como entre dos islas. Por un lado, el rostro decepcionado de su hermana cuando, dos noches atrás, la dejó sola en la plaza de Tobeda; por otro, los ojos sin vida del agente Pablo, grabados a fuego en sus retinas al verlo desplomarse tras ser asesinado a escasos centímetros de él.

—¿Estás mejor? —preguntó la alcaldesa, que acababa de entrar en el salón y lo observaba con preocupación.
Los últimos acontecimientos le habían pasado factura física y emocional.
—Sí, gracias —mintió Pol, saliendo de su ensimismamiento.
Alveraamboschicosen elumbralde supuerta,Lucía, laalcaldesa, le pidió a Pol que esperara en el salón mientras ella se encargaba de su hermano.
—Cristian ya está dormido; le acabo de dar la medicación para frenar sus brotes.
—¿Quién es Cristian?
—Mi hermano. Aunque todo el mundo lo conoce como "el Agujas", no pensarás que ese sea su nombre, ¿no?
—Lo que sé es que tu hermano es un asesino y vete a saber qué más cosas puede hacer. Creo que está detrás del secuestro de mi hermana.
La mujer guardó silencio durante un minuto. Analizaba el rostro del joven sentado frente a ella y en varias ocasiones, hizo un ademán de abrir la boca, pero se contuvo. Era como si estuviera sopesando los riesgos de explicar algo a Pol.
—Necesito que me cuentes con pelos y señales todo lo que ha pasado, Pol —dijo finalmente con un tono seco y cortante—. Pero te

aseguro que él no tiene nada que ver con el secuestro de tu hermana.
—¿Cómo lo sabes? Estaba colocado en la plaza y lo sacaron de allí por la calle en la que ella desapareció.
—Él no lo hizo —aseguró ella.
—Encontré el paraguas roto que llevaba mi hermana, con restos de sangre, y curiosamente tu hermano tiene una cicatriz en la cara que anoche no tenía. ¿Casualidad? —inquirió el joven con tono acusador.
—Él no lo hizo.
—¡Joder! ¡¿Cómo cojones lo sabes?! —preguntó Pol, poniéndose en pie.
Empezaba a perder los nervios.
—Mi hermano vino aquí, a casa, antes de que empezara la tormenta. Estaba aquí. Por lo tanto, es imposible que fuera él.
Ahora era Pol quien miraba a aquella mujer como si tuviera rayos Xenlosojos,buscandoensurostrocualquierindiciode queestuviera mintiendo para proteger a su hermano.
—Pol… por favor, necesito saber qué ha hecho mi hermano. Explícame todo, por favor —suplicó la mujer.
El chico siguió mirándola fijamente, sin saber si podía confiar en ella o no. De pronto, vio algo que le hizo ceder y comprender que sí podía hacerlo.
—De acuerdo —cedió Pol.
Fue el brillo de los ojos de Lucía; le recordó al de la única persona a la que se lo había visto antes: su madre, cuando estaba tan preocupada por él y por sus ataques de ansiedad. Comprendió que aquella mujer sabía que su hermano no estaba bien y necesitaba ayudarle.
—Empieza por el principio, Pol.
Pasados varios minutos, Pol terminó su historia. La explicó mirando al suelo, sin mirar a Lucía a los ojos, y cuando alzó la vista, se sorprendió al ver que ambos estaban llorando: él, por revivir el asesinato del agente de policía; ella, por descubrir que su hermano era un asesino.
—Cristian siempre ha sido difícil. Ya lo era de niño. Tenía problemasparacontrolarsurabia ylafrustración,yenelcolegio hubo

incidentes violentos con otros compañeros. Con doce años llegó el primer brote y la primera semana ingresado. Empezaron a darle tanta medicación que se volvió adicto a ella. Mis padres murieron hace años y cuando era adolescente yo todavía podía controlarlo, pero ahora ya no puedo. No sabemos de dónde saca la droga, pero la consigue. Estamos en medio del Pirineo; aquí no hay más droga que la que pueda traer él. Y ahora me dices que… que mi hermano… es un asesino.
Pol estaba helado. El relato de la vida de aquel pobre desgraciado, contado por su hermana, le impactó y le hizo ver que, si realmente había sido él quien se llevóa Valeria durante uno de sus brotes, tenían que encontrarla ya.
—¿Estás segura de que él no se llevó a mi hermana?
—Sí, lo estoy —respondió ella mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo.
—¿Cómo sé que no lo estás encubriendo?
—Pol, mi hermano tiene que pagar sus deudas con la sociedad y te prometo que yo misma me encargaré de que el peso de la justicia caiga sobre él por el asesinato de Pablo. Pero te aseguro que, en cuanto cayó el primer trueno, la doctora Martín y yo nos vinimos para casa y él estaba aquí. Es imposible que le diera tiempo siquiera a acercarse a Valeria.
—Está bien. Me marcho. Me desentiendo de tu hermano. El cadáver de ese policía está junto al árbol gigante de la orilla del lago, el que tiene varios escritos grabados. Ahora mismo no me puedo permitir perder ni un segundo. Voy a rastrear el pueblo en busca de mi hermana.
—Está bien —respondió ella—. Queda poco para el anochecer y la gente del pueblo ya ha podido arreglar los destrozos de la tormenta. Se ha organizado una batida con los vecinos para salir a buscar a tu hermana, piedra por piedra si hace falta.
—Perfecto —respondió el chico—. Pero no lo olvidéis: mi hermana no está perdida por el bosque, está secuestrada. ¿Sabemos cuándo podrán llegar los refuerzos por el túnel?
—Antes me ha llamado el jefe del operativo que está retirando todos los escombros y me ha dicho que, si no vuelve a llover, creen que

para mañana al amanecer podrían tener el acceso libre.
—Perfecto. Me marcho, pero no quiero llevar esto encima. No quiero caer en la tentación de tener que utilizarla —dijo mientras dejaba la pistola sobre la mesa antes de marchar—. Gracias por el té. Se marchó de la casa y emprendió un camino en busca de cualquier pista sobre su hermana, sin saber que sus pasos le llevarían, de forma inconsciente, a descubrir quién estaba detrás del secuestro de Valeria.

CAPÍTULO 34
Valeria

Soñaba. Caminaba por un viejo sendero en un bosque repleto de árboles gigantes. Seguía las pisadas de algún animal, que debía de ser enorme a juzgar por el tamaño de sus huellas. Alzó la vista y apreció que el camino terminaba a pocos metros. Quedó cara a cara con un castillogigantesco,repletodetorres,ventanas ychimeneasporlasque salían vapores grises. De pronto, estaba ante una puerta gigante de roble que daba acceso al interior de aquel lugar. Se sentía bien, contenta, incluso feliz. A lo largo de su vida, había vivido cientos de aventuras en ese castillo, concretamente, cada vez que leía Harry Potter. Alargó la mano para empujar aquella pesada puerta y, cuando la tocó, todo desapareció.

Abrió los ojos de golpe y la cruel realidad llegó de sopetón. Estaba estirada sobre algo metálico, atada de pies y manos. Sus ojos giraban por todas direcciones para distinguir algo, pero era imposible: la oscuridad era total. Intentó separar las manos, pero le resultó inútil; algo metálico las unía con firmeza.

Le costaba recordar. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí. Lo único que era capaz de revivir en su mente era el miedo que sentía mientras iba sola y de noche por un camino para volver a casa con sus padres. «¿¡Casa!? Esa no es mi casa», pensó.

De pronto, como si un relámpago su cerebro, lo recordó todo: el impresionante paraje natural en el que estaban, el imbécil de su hermano marchándose con una chica a la que acababa de conocer, el miedo volviendo por el camino y lo que pasó justo antes de perder el conocimiento. Al recordar aquellas manos firmes y cómo la agarraron por detrás antes de drogarla, el pánico la invadió. Empezó a temblar, y llorar desconsoladamente. Las lágrimas le caían por la cara y se mezclaban con la agüilla de su nariz.

«¿Dónde estoy? ¿Qué quieren de mí?» Pasaron por su cabeza decenas de ideas terribles y escalofriantes. Pensó en todos esos casos del telediario sobre chicas jóvenes secuestradas y maltratadas. Al pensarlo, se sintió sucia y, de forma instintiva, llevó sus manos encadenadasavariaspartesdesucuerpo:suspechosy genitales.Todo estaba bien, no sentía dolor y su ropa parecía intacta. Eso la relajó un poco.

Quiso moverse, incorporarse, cuando, sin querer, rozó algo con el codo derecho. Un sonido de metal contra metal. Alargó las manos hacia el sonido y agarró algo alargado, con un pequeño botón en el centro. Temerosa de qué podía ser aquello, lo pulsó. Un rayo de luz iluminó todo. Eraunalinterna. Depocapotencia, pero suficientepara iluminar el pequeño cubículo en el que seencontraba, que sin ninguna duda era el interior de una furgoneta totalmente vacía, salvo por ella y dos objetos más: una botella de plástico repleta de un líquido transparente y una nota de papel.

Estuvo tentada de beber de golpe el contenido de aquella botella. Tenía mucha sed; de hecho, en el instante en la que vio, cayó en la cuenta de que estaba muerta de hambre y de sed. «¿Cuánto tiempo llevo aquí?». Pero, por algún motivo, su sentido común le advirtió de no hacer nada antes de leer la nota. Así que dejó la linterna encendida en el suelo, apuntando hacia el pequeño trozo de papel, que levantó con manos temblorosas:

Qué injusta es la vida en ocasiones. Cientos y miles de personas mueren a diario yalgunasde ellas son bellísimas personas. ¿En qué mundo vivimos? ¿Cómo es esoposible? La gente buena muerey algunas personas malvadas que pasan toda su vida atormentando al resto mueren de ancianos, cómodamente en sus camas.

No tiene sentido, pero es el mundo en el que vivimos. Yo sufrí y no es justo que solo lo sufra yo.

Vas a morir, Valeria, pero tranquila, no será ahora. Como me pasó a mí, tendrás que esperar a que llegue el fatídico momento. Te planteo dos opciones: te bebes el agua que hay en el interior de esa botella para dormirte inmediatamente y que pueda trasladarte al lugar en el que te llegará el final, o tendré que hacerte daño antes de llevarte allí. No intentes resistirte. Piensa en lo más cómodo para ti, pero ten claro que al final de esta historia, como nos pasó a nosotros, no tendrás un final feliz.

CAPÍTULO 35
Ana

—¿Un cadáver? —preguntó Ana totalmente aterrada.
—Sí, en el sótano, pero primero tenemos que atender esas heridas.
La señora González estaba de pie al fondo del desván. Su mirada

estaba perdida; era como si su cuerpo estuviera allí, pero su mente en otro lugar. Ana seguía tendida en el suelo, repleta de pequeños cortes en brazos, manos y torso.La herida más preocupante era la del muslo, ya que fue la única punzada que se clavó en profundidad, en lugar de ser un corte superficial. Por suerte, el cuchillo no había alcanzado la arteria femoral, oesoesperaba Ana.Sequitó elcinturón de lostejanos y empezó a enrollárselo en la pierna, por encima de la herida sangrante, apretándolo con todas sus fuerzas.

—Quiero ver ese cadáver —dijo ella entre sollozos de dolor al ponerse en pie.

—Ana, me preocupa tu estado —espetó el viejo agente de policía—. Además, ya no podemos hacer nada por ese cadáver. Está muy descompuesto, no puede ser Valeria.
—Me da igual, quiero verlo. Tú ponle las esposas a esa vieja demente.
Dicho esto, se encaminó hacia la puerta con una cojera enorme. Pasó junto a Andrés, que tenía los ojos muy abiertos, desbordado por los últimos acontecimientos. Al cruzar la puerta, lanzó una última mirada a la señora que había estado a punto de acabar con su vida y comprobó que seguía en la misma posición, quieta e inmóvil. «Su cabeza es una jaula de grillos», pensó antes de empezar a bajar las escaleras.
Llegar a la primera planta fue casi imposible por el estado de su pierna, pero no había nada en el mundo que pudiera impedirle continuar la búsqueda de su hija. Si hubiera sido necesario, habría bajado incluso rodando. El dolor era cada vez más agudo y la pérdida de sangre había dejado un rastro rojo portoda la escalera. «Los límites son mentales, los límites son mentales», se repetía una y otra vez, tras cada paso, tras cada escalón.
No era la primera vez que se aferraba a ese lema. Durante los peoresmesesdela quimioterapia, luchópormantenerunavida lomás normal posible, comoantes de que apareciera aquel maldito bulto. En aquel momento, pensaba que, si cedía al dolor o a la tristeza, el cáncer ganaba, y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir. Se empeñó en seguir viva, en disfrutar de todo, dar gracias a cada segundo de su día y luchar contra su cuerpo y, sobre todo, contra su mente, para sentir que no tenía límites.
Ahora sentía algo similar: por mucho que estuviera malherida y agotada por la pérdida de sangre, no pensaba ceder. Encontraría a su hija.
Llegó hasta la puerta que daba al sótano y la encontró abierta. Tras ella, unas escaleras descendían hacia la oscuridad. Después de bajar un nuevo tramo, alcanzó el último escalón y observó lo que había a su alrededor. La casa estaba en mal estado, sucia y dejada, pero nada que ver con lo mal que estaba aquella parte. Tablones podridos, telarañas por todas partes, restos de excrementos de

algún tipo de roedor y en el aire se respiraba un hedor dulzón y húmedo, realmente nauseabundo.
—Joder —dijo la mujer mientras se llevaba la mano a la cara para taparse la nariz, en un esfuerzo inútil por mitigar aquel olor tan repugnante.
A lo lejos, a unos cinco metros de distancia de las escaleras, una única bombilla alumbraba a escasos metros a su alrededor. Atraída como una polilla, Ana se encaminó hacia ella. Poco a poco, paso a paso, su pierna no daba para más. Sus ojos no paraban de buscar por todas partes el cadáver del que Andrés había hablado.
Finalmente lo vio y su sorpresa fue mayúscula. El agente de policía había utilizado la expresión "está muy descompuesto". Aquellos restos no estaban en descomposición: lo estuvieron, pero muchos años atrás. En aquel momento no había ni pizca de carne o tejidos; únicamente huesos. Un esqueleto entero, de un hombre, a juzgar por la pelvis estrecha y compacta. Estaba cubierto de polvo y telarañas, salvo por algo que brillaba en su muñeca derecha por el reflejo de la luz de la bombilla. Una cadena. Aquel hombre fue esposado y encadenado a la pared.
—¿Ana? —sonó la voz del jefe de policía desde las escaleras—. ¿Estás bien?
—Sí, pero… ¿qué pasa en este pueblo? Están todos locos…
—Espera, que bajamos.
Un minuto después, la señora González apareció en su campo de visión, esposada, y justo detrás de ella iba Andrés, todavía con la pistola fuera.
—¿Ha dicho algo? —preguntó Ana.
—No. Sigue en esta especie de trance. Está como catatónica.
—Casi me mata y decía cosas sin sentido. Creo que sabe algo de Valeria.
El policía se movió y se colocó entre Ana y la anciana.
—Oiga, señora, si sabe algo de su hija, por favor, díganoslo —le suplicó mirándole a los ojos.
No dijo nada. Seguía con la mirada perdida.
—Por favor —ahora quien suplicaba era Ana—. Por las cosas que decías, creo que sabes algo de mi hija. ¿Este esqueleto tiene algo

que ver con Valeria?
La señora reaccionó en aquel momento. Con un leve movimiento de cabeza, dirigió su mirada hacia los restos que tenía en su sótano y sin parpadear, ni mostrar ningún tipo de emoción en sus palabras, confesó lo que había sido el gran secreto de su vida:
—Ese es el hijo de puta que mató a mi hija.

CAPÍTULO 36
Marc

Salió de la cabaña y se encaminó hacia su coche. El cuerpo de Diego seguía tirado sobre la moqueta de la cabaña. Sabía que tendría que dar parte de todo aquello y que tendría problemas por lo que acababa de pasar. Aunque finalmente aquel ermitaño cascarrabias se había suicidado volándose él mismo la tapa de los sesos, el cuerpo tenía signos de violencia; una violencia que Marc había ejercido para obtener unas respuestas que nunca llegarían. Se sentía mal, muy mal, por todo lo que había pasado y por lo que se había visto obligado a hacer. Había cruzado unos límites morales que jamás pensó que sería capaz de cruzar. Informaría de todo y asumiría las consecuencias de sus actos, pero no en aquel momento. Ahora tenía que seguir buscando a su pequeña. Tenía una pista. Alguien tendió una trampa a Diego hace años y, al parecer, ahora también. «¿Quién será esa persona a la que le suspendieron de empleo?».

Entró en su coche, se sentó y sintió dolor en todo el cuerpo. Notaba esa sensación de malestar general por toda su musculatura, como cuando empiezas a tener fiebre. Miró el vendaje que Diego le había hecho en el tobillo y estaba repleto de sangre. Seguramente la herida producida por el cepo en la montaña estaba infectada y necesitaba antibiótico.

Antes de arrancar el coche, sacó su teléfono móvil del bolsillo. Le quedaba poca batería, pero tenía suficiente como para llamar a su mujer. Lo intentó envarias ocasiones, pero enambas le saltó el buzón

de voz. «Espero que Ana esté bien», pensó mientras marcaba el número de Pol. Para su alivio, su hijo sí que respondió al teléfono después de varios tonos.

—¡Papá! ¿Cómo estás? ¡Joder! Te he llamado un montón de veces.
—Hola, Pol, estoy bien, tranquilo. ¿Se sabe algo de Valeria? —No, de momento nada. ¿Encontraste al hombre violento? —Sí, pero él no tiene nada que ver con el secuestro de Valeria. —¿Cómo lo sabes? Parecía muy peligroso.
—Él no tiene nada que ver, puntoy final del tema —zanjó Marc—

. ¿Estás con tu madre? No puedo contactar con ella.
—Ella está con Andrés Castillo, el jefe de policía de Tobeda. Se hanmarchadoestamañana, pocodespuésde quetútambiénte fueras. Querían investigar algo sobre unas grabaciones, pero cuando he hablado con ella antes me ha dicho que no han encontrado nada de nada.
—Joder… Esto es cada vez más difícil… —respondió Marc, empezando a perder los nervios.
—La encontraremos, papá, estoy seguro.
—¿Y tú? Estás en casa, ¿no? ¿Ha llegado alguna pista más? —Mmmm —titubeó el chico—. No estoy allí del todo. —¿Qué quieres decir? ¿Dónde estás?
—Digamos que intenté seguir una pista. Y ahora estoy de regreso a casa.
—¡Pero qué cojones, Pol! Tenías que quedarte en casa. Tu madre y yo pactamos eso. En primer lugar, por si aparecía algún conejo muerto más con alguna pista o por si llegaba cualquier señal de ella.
—Lo siento, papá, no podía quedarme en casa esperando. Además,empecé aseguirunapistaque creíaquepodía sermuybuena.
Marc se quedó en silencio varios segundos intentando calmarse. La actitud de aquel chico era algo a lo que tendrían que poner remedio. Había pactado con su mujer que ellos saldrían a buscar y él se quedaría en casa.
—¿Papá? Creo que se ha cortado —dijo Pol tras varios segundos de silencio.

—No, sigo aquí, hijo. Dime, esa pista que seguías, ¿te ha llevado a algo que nos ayude a saber dónde está tu hermana?
—No. Durante un tiempo pensé que el hermano de la alcaldesa, un drogata del pueblo, fue quien se la llevó. Pero parece que fue una falsa alarma.
—Está bien, hijo. Vuelve a casa. De inmediato. Yo voy ahora para allá también, aunque antes tengo que pasar por la consulta de la doctora Martín.
—¿Estás bien? —se preocupó Pol.
—Sí, un pequeño rasguño —mintió Marc, siendo consciente de que la fiebre ya se había apoderado de todo su cuerpo a causa de la infección.
—De acuerdo, papá, nos vemos en un rato.
—De acuerdo, Pol, hasta ahora.
Marc iba a cortar la llamada cuando Pol habló de nuevo. —¡Papá, papá!
—¿Qué?
—Nada, solo quería decirte que te quiero.
Aquello pilló por sorpresa a Marc. Tanto, que incluso sintió cómo se le erizaba la piel, y la fiebre no tenía nada que ver en ello. «¿Cuándo fue la última vez que me dijo esto?».
—Yo también te quiero, Pol. Todos te queremos. Y no te preocupes, que vamos a encontrar a Valeria. Nos reuniremos otra vez en casa y decidiremos por dónde buscar ahora. Como diría tu madre:
"Veamos el lado bueno de esto, los tres hemos seguido pistas distintas; ahora ya sabremos por dónde no buscar. Seguro que la próxima pista es la definitiva".
Ambos soltaron una ligeracarcajada tras ese comentario. Cortaron la llamada y Marc marcó en el navegador GPS de su coche el trayecto hasta la consulta de la doctora Rosa Martín.

CAPÍTULO 37
Pol

La llamada de su padre se cortó y guardó el teléfono en el bolsillo. «Estaba bastante raro, ¿no?», se preguntó el chico analizando todo lo que su padre le había explicado. «Ahora resulta que el capullo aquel que casi me parte la cara y ya fue acusado de secuestro no tiene nada que ver, y papá no me quiere dar ninguna explicación».

Anochecía y la temperatura empezaba a bajar; en cuanto el sol se fuera por completo, el frío sería bastante intenso incluso para estar en primavera. Así es el Pirineo. Pol analizaba cada una de las casas con las que se cruzaba en su camino. Cada vez que pasaba cerca de una casa, se quedaba quieto y la observaba desde la distancia. En varias ocasiones incluso se acercó a las ventanas para mirar en su interior. Su hermana estaba secuestrada y tenía que estar en algún lado. Finalmente, tras la llamada de su padre, decidió ir a casa para encontrarse con sus padres.

Cuando salió de casa de la alcaldesa, tomó un camino distinto de regreso.Si lascircunstanciashubieransidootras,sifueramásrelajado, si su cabeza no diera vueltas pensando en su hermana y pudiera alzar la vista, habría observado una imagen absolutamente preciosa. El valle de Tobeda de día es precioso, pero al atardecer tiene una magia especial. El solse escondíatras las montañas, tiñéndolo todo de tonos anaranjados y rosáceos. Pol caminaba cabizbajo, ajeno al espectáculo tan bonito que estaba sucediendo a su alrededor, mientras sus pasos lo acercaban, por fin, a obtener respuestas sobre su hermana.

El camino que seguía se bifurcaba hacia la derecha y conducía directamente a la casa que habían alquilado. Sin embargo, Pol fijó la vista en una casa a unos cincuenta metros a su izquierda. Una casa vieja. Al verla, sintió el instinto de echar un vistazo, pero recordó

que su padre lo estaría esperando en casa. Abandonó la idea y siguió caminando.

Miraba el suelo cuando observó unas marcas de neumáticos muy grandes en el barro, que se dirigían hacia la casa de la izquierda. Una energía inexplicable le recorrió el cuerpo. Su intuición le decía que debía inspeccionar aquella casa. Giró sobre sus talones y salió corriendo hacia allí.

Era una casa pequeña, con un pequeño porche y de una sola planta. No había ningún coche y de ninguna ventana salía luz. Como en las otras casas, apoyó las manos en el cristal y acercó el rostro, para ver el interior. Miró en tres ventanas, pero no pudo distinguir nada por la oscuridad. Ya era totalmente de noche; la luna brillaba con fuerza, pero su resplandor no alcanzaba aquel lado de la casa. «Por el otro lado, la luna iluminará el interior», pensó Pol.

Bordeó la casa y, efectivamente, vio cómo la parte trasera de la casita estaba iluminada por una tenue luz procedente del cielo estrellado de Tobeda. Había dos ventanas. Se encaminó hacia la primera, apoyó las manos y los ojos. El corazón le dio un vuelco.

Inmediatamente intentó forzar la ventana. Estaba nervioso; le temblaba todo el cuerpo. No cedía. No se lo pensó y, como tantas veces había visto en las películas, dio un golpe seco con el codo. Sorprendentemente, salió bien y no se hizo daño. Metió la mano por el agujero del cristal y levantó el tope para poder abrirla de par en par.

—¿Hola? —preguntó nervioso.
No obtuvo respuesta.
Le daba igual; avanzó hacia la pared que había hecho que su

corazón se desbocara. Más que la pared, su contenido. Había fotos de chicas y recortes de periódicos enganchados. Encendió la linterna del móvil para ver mejor. Observó la primera foto; una chica morena,

con la cara repleta de pecas. Justo debajo, el recorte de un periódico:

Chica desaparece en Sevilla y su padre se acaba suicidando por la desesperación.
La siguiente fotografía era una chica pelirroja.
Drama en Barcelona: un padre se quita la vida tras la desaparición de su hija. ¿Tendrá él algo que ver?
Después, la imagen de una chica morena, muy atlética, con ropa de deporte.
Desaparece una joven atleta en Madrid y su padre se suicida horas después.
La pared continuaba así hasta el final, repitiendo el mismo patrón: fotografía y recorte de prensa.
Pol recordaba esos casos; había visto varios reportajes sobre ellos. En esos documentales siempre los trataban como hechos aislados, haciendo énfasis en que cuando alguien desaparece, la presión es tan grande para los familiares que algunos no lo pueden soportar.
Pero viendo allí todas esas fotos… Todo el cuerpo se le erizó y sintió un escalofrío de pies a cabeza. «¿Es posible… que estén todos conectados?», pensó con miedo.
«Y si lo están, ¿de quién es esta casa?».
Avanzó hasta el final de la pared y vio, que había casos en Toledo, Cádiz,TarragonayZaragoza.Algollamósuatención:una últimafoto. No tenía ningún recorte de periódico debajo. Pol enfocó su linterna hacia aquella chica, sabiendo lo que estaba a punto de ver y rezando para estar equivocado.
—¡NOOOOOO! —gritó mientras aporreaba la pared.
En aquella fotografía, Valeria estaba jugando con Hulk.

CAPÍTULO 38
Ana

—Señora, por favor, explíquenos de quién son esos restos y si sabe algo de mi hija —suplicó Ana.

Habían dejado el sótano. Estaban en el comedor, sentados a la mesa del salón principal de aquel pequeño palacete. Tanto las sillas como la mesa estaban cubiertas de polvo y suciedad. Ana no estaba nada cómoda allí sentada, pero lo prefería infinitamente a continuar con aquella charla junto a un esqueleto, en la oscuridad y respirando aquel aire pestilente.

—Señora González —prosiguió Andrés—, tengo entendido que su hija murió por una enfermedad cuando era muy joven. ¿No es así?
La anciana continuaba aturdida, con la cabeza gacha y los ojos abiertos como platos. Ana tenía la sensación de que aquella mujer había cargado durante años —quizá durante décadas— un secreto por el que habría hecho lo que fuera para que no viera la luz, y ahora eso se había esfumado.
—¿Recuerdas a Valeria? —preguntó Ana, tuteándola, a diferencia de Andrés, que la llamaba de usted—. Es mi hija. La observabas mucho hace dos días y te pedí, por favor, que dejaras de hacerlo, ya que le hacías sentir incómoda.
—Se parecía mucho a mi pequeña.
Ana y Andrés se miraron sorprendidos. «¿Hablará por fin?», pensaron ambos.
—Mi hija murió cuando era muy joven, señor agente, pero no murió por ninguna causa médica, salvo que consideremos la maldad del ser humano como la mayor enfermedad existente en el mundo.
El rostro de la mujer cambió en el mismo instante en que empezó a hablar. Su semblante se relajó, sus ojos mostraban auténtica tristeza y su voz arrastraba las palabras, como si hubieran estado retenidas en su interior durante tanto tiempo que, ahora que salían, lo hacían con una mezcla de miedo y alivio.
—¿Qué pasó? —quiso saber Ana.
—Mi hija era buena, Dios sabe que lo era. Ayudaba siemprea todo el mundo y jamás mostraba desprecio hacia ninguna persona; más bien todo lo contrario. Jamás existirá una persona mejor que ella, eso os lo aseguro. Sin embargo, llegó la adolescencia y dejó de ser una niña. En ese momento cambiaron algunos de sus gustos. Dejó de jugar con muñecas para querer ir bien coqueta por la calle; en

lugar de leer cuentos infantiles, se aficionó a novelas de relatos amorosos, y pasó de querer charlar con sus amigas a querer charlar con chicos.
Hizo una pausa acompañada de un pequeño suspiro. Ana no tuvo ninguna duda de que jamás había hablado de aquello con nadie. Aquella era la primera vez que sacaba sus traumas a relucir. Sintiendo una oleada de compasión, Ana posó una mano sobre el brazo de la señora como gesto de apoyo. No se atrevió a tocar las manos esposadas, por si volvía a mostrarse violenta. Pero, sorprendentemente, aquel pequeño gesto fue de ayuda, ya que, tras volver a suspirar, retomó la historia.
—Aquí, en Tobeda, siempre hemos sido pocos los vecinos que vivimos durante el año, pero eso no implica que no venga mucha gente. En otoño, primavera y verano vienen grupos escolares y familias para hacer actividades de naturaleza o relajarse de esas ciudades podridas de ruido y ajetreo en las que viven. El invierno es todavía peor: vienen cientos de personas cada día para esquiar o simplemente hacerse unas fotografías con los bellos parajes de Tobeda cubiertos de nieve.
—Eso es cierto, es cuando más faena tenemos —la interrumpió Andrés, soltando una pequeña carcajada.
—Quizá tendrías que callarte y no interrumpir —espetó Ana, fulminándolo con la mirada.
—Sí, perdón, continúe.
—Como iba diciendo, aquí siempre hay gente, y sobre todo en invierno. Mi hija murió en enero. Iba a las pistas de esquí con sus amigasyallí conocióa unoschicosque habíanvenidodeMadrid.Uno en especial, supongo que le resultó muy llamativo. Tontearon y flirtearon un poco, pero para mi niña solo iba a ser eso: un par de miradas furtivas, unas risas tontas y listo. Cuando llegó la hora de volver a casa, se despidieron y adiós. Sin embargo, aquel monstruo no tenía la misma intención y la siguió hasta casa.
Ana sintió un escalofrío recorrerle todo cuerpo, imaginando hacia dónde seencaminaba aquel relato. Eseera uno delosmayores miedos que siempre había tenido, como casi cualquier mujer que conociera: la sensación de que te sigan por la calle. Se recordaba de joven,

mirando sobre sus pasos para asegurarse de que nadie la seguía cuando iba sola de noche o incluso ahora, de adulta, fingiendo que hablaba por teléfono. Le aterraba pensar que Valeria tuviera que ir sola por la calle de noche.
—Por aquel entonces yo trabajaba en el bar del pueblo y, en los meses de nieve, literalmente trabajaba todo el día. Cuando llegué a casa, supe inmediatamente que algo iba mal. La puerta estaba mal cerrada, algunos muebles tirados por el suelo y la puerta del sótano abierta. Agarré un atizador de la chimenea y bajé las escaleras a toda prisa. Allí los encontré… —unas lágrimas brotaron de sus ojos mientras hacía una breve pausa y exhalaba con fuerza—. Ella estaba casi desnuda; el muy cerdo la estaba desnudando. Al verme bajar las escaleras, se sobresaltó y mi pequeña consiguió zafarse de él. Salió corriendo hacia mí. ¿Saben? Jamás olvidaré su cara en aquel momento. Se sentía a salvo. Las madres tenemos ese efecto. Cuando nuestros hijos están en apuros y nos ven aparecer, una calma interna nace dentro de ellos, sabiendo que están a salvo.
Ana asintió levemente conla cabeza; estaba totalmente de acuerdo con aquella afirmación.
—Pero mi pobre niña nunca llegó a mis brazos.Aquel desgraciado la agarró por las piernas para que no huyera y ella tropezó, dándose un golpe mortal en la cabeza contra los escalones.
Los tres se quedaron en silencio.
—¿Qué pasó entonces? —quiso saber Ana.
—Golpeé a aquel monstruo en la cabeza con el atizador tan fuerte que lo dejé inconsciente. Mi niña murió rápidamente y sin dolor. Me aseguré de que su asesino no.
—Lo encadené en el sótano y lo dejé morir de inanición. Aunque admito que cada día bajaba allí y le hacía heridas nuevas o dejaba caer aguaalsueloavariosmetrosdeél, cuandosabía queestabatotalmente deshidratado.
—¿No denunció lo que pasó? —preguntó Ana, totalmente incrédula.
—¿Está loca? —respondió la anciana—. Por supuesto que no. El mundo siempre ha funcionado igual. ¿Cuántas veces se produce una violación y la gente piensa que la víctima es la culpable? "Vestía muy corto", "¿para qué le busca si luego no quiere nada?", "iba

provocando conlas miradas".Puedequesea vieja, pero pordesgracia, el mundo siempre ha funcionado así.
Ana, con todo el dolor de su corazón,no pudo hacerotra cosa que admitir que aquella anciana tenía toda la razón del mundo.
—Además —prosiguió la señora González—, si lo entregaba, le caerían muchos años de castigo y luego, por buen comportamiento y no volver a violar dentro de la cárcel, lo soltarían a los pocos años. Y aquel cerdoseguiría respirando, viviendo, teniendo una vida, mientras que mi pequeña sería ya polvo y huesos para siempre. Si me lo quedaba yo, me aseguraría de que tuviera su merecido.
Ana se imaginó cómo actuaría ella en esa misma situación y buscando en lo más profundo de su corazón, advirtió que no pondría la mano en el fuego por haber entregado al hombre que intentó violar y mató a su hija.
—Hay varias cosas que no entiendo —dijo Ana—. En primer lugar, ¿nadie echó en falta al chico? Y después, ¿cómo pudo decir que su hija murió por una enfermedad? Cualquier forense se habría dado cuenta de que aquello no era verdad.
La señora González miró a los ojos a Ana antes de contestar:
—Ya le he dicho que trabajaba en un bar y esto es un pueblo pequeño. Difunda un rumor sobre la barra de un bar y en un par de horas, se convierte en una noticia contrastada. Solo dije que un chico de aquel grupo escolar se había fugado con una chica francesa.
Ana se acordó de aquello. Pol y Andrés le habían hablado de aquel viejo suceso.
—De manera que mientras la gente pensaba que estaba en Francia viviendo la vida loca, el muy cabronazo se estaba muriendo en mi sótano.
Ana seguía con toda la piel erizada; aquella historia era aterradora, pero necesitaba saber si de alguna manera se conectaba con Valeria. Lanzó una mirada a Andrés y lo que vio la impactó. El agente tenía el rostro sombrío, totalmente inexpresivo. «¿Qué le pasa?».
—Y bueno, en cuanto a lo del forense y mi coartada… podemos decir que tuve ayuda de alguien a quien le llegaron a retirar la licencia para trabajar, con suspensión de empleo y sueldo.

Tras aquellas palabras, giró la cabeza hacia el jefe de policía, con una mirada perforante y una sonrisa macabra.
Andrés estaba pálido como la leche.

CAPÍTULO 39
Valeria

Temblaba,peronoporelfrío;eracosa delmiedo.Laoscuridadseguía siendo total, ya que había apagado la linterna por temor a que las pilas se agotaran. La incertidumbre de no saber nada de lo que estaba pasando y sobre todo, de lo que iba a pasar, la estaba consumiendo. Era consciente de que estaba sufriendo un ataque de ansiedad. Por desgracia, hubo una época en la que Pol sufrió muchos. Sentía una fuerte presión en el pecho que le impedía respirar con normalidad, como si un peso enorme e invisible le apretara con fuerza, compactando toda su caja torácica. Los temblores, el llanto que no podía cesar de ningún modo… todo eran síntomas que había visto en su hermano.

El ataque empezó a los pocos segundos de leer aquella nota que le habían dejado en el interior de la furgoneta. Una batalla se inició en su mente en cuanto acabó de asimilarlo todo.

Para empezar, quedaba muy claro que la persona que la había secuestrado estaba mal de la cabeza, que pensaba que— castigándola a ella— arreglaría partes de su pasado.

Por otro lado, le ofrecía dos alternativas: beber de aquella agua y quedarse dormida para despertar en un nuevo lugar donde moriría finalmente,onobeberlay,enesecaso,susecuestradorleharíamucho daño antes de llevársela a aquel lugar en el que iba a morir igual.

Ambas opciones finalizaban en su muerte y eso era algo que no estaba dispuesta a asumir, pero ¿realmente podría hacer algo por salvarse en su estado? Era una chica de catorce años, atada de pies y manos. Las manos que la agarraron por el cuello eran fuertes y

ella fue incapaz de soltarse estando de pie y con las extremidades libres, aunque estaba casi segura de que consiguió impactar un golpe con el paraguas a su agresor. Llegó a considerar beber el agua, ya que no quería sufrir a manos de ningún perturbado, pero eso la dejaba totalmente indefensa y sin posibilidad de huir de ninguna manera. Con todas aquellas dudas, llegó el ataque de ansiedad.

Intentó recordar cómo su madre conseguía calmar a Pol. «Yo sola no podré, necesito a mamá». Su madre era especial, una persona auténtica y repleta de vida, capaz de ver siempre el lado bueno de las cosas, capaz de transmitir paz y calma en medio de la tormenta más oscura. Recordó cómo le despertaba por las mañanas, siempre con un beso en la frente, o cómo le preparaba su tarta de queso favorita para su cumpleaños. Valeria siempre se decía a sí misma que debía ser como su madre; en especial lo pensaba cuando se enfadaba con su hermano. Pol llevaba una temporada en la que estaba siendo un gilipollas integral con todo el mundo, pero en el fondo Valeria sabía que era un mecanismo de defensa: lo había pasado mal y por eso reaccionaba así con sus seres queridos. Pero no siempre fue así.

Recordó allí, tendida sobre el frío metal de la furgoneta, cómo jugaban cuando eran pequeños, cómo contaban el número de patatas fritas que les habían caído en el plato para ver quién tenía más y así recriminárselo a sus padres; cómo jugaban durante horas al juego de Nintendo, Mario Kart, y, finalmente, cómo jugaban con Hulk. «¡Oh! ¡Hulk! Voy a morir sin despedirme de él… Mis padres y mi hermano entenderán lo que ha pasado, pero él no… él es un perro».

Como relámpagos, empezaron a pasar por su mente cientos de recuerdos en los que jugaba con Hulk o momentos en los que él fue realmente un amigo de verdad. Como dos veranos atrás, cuando Valeria se despertó en mitad de la noche por una pesadilla y él, como si supiera que ella lo necesitaba, llegó desde el sofá del

comedor y se subió con ella en la cama para que pudiera volver a dormirse. Cómo lo querían todos y cómo se oponía su padre al principio a tener perro. Así era su padre, un hombre con carácter, pero el mayor buenazo que existía sobre la faz de la Tierra. Él era su guardián, su protector. Recordó cómo en tantas ocasiones él había sido capaz de sacarle la tristeza "de dentro", simulando que su mano era como una garra, como las de esas máquinas en las que puedes agarrar un peluche, y le sacaba la tristeza o cualquier sentimiento negativo por la ventana.

Al acordarse de cómo su padre conseguía calmarla de pequeña, empezó a subir las manos hacia su pecho. Un tintineo acompañó aquel movimiento: eran las esposas que repicaban por el temblor de todo su cuerpo. Abrió la mano derecha la apoyó sobre su pecho y tiró hacia arriba, como si tuviera una cuerda agarrada entre los dedos. Repitió el gesto cinco veces más y… la presión en el pecho empezó a relajarse.

Cinco veces más y el temblor disminuyó.
Cinco veces más y el llanto cesó.
Cinco veces más y consiguió sofocar aquel ataque de ansiedad. Se quedó allí, estirada boca arriba, mientras hacía ejercicios para

controlar su respiración: grandes inhalaciones nasales y profundas exhalaciones por la boca.

Ya sabía lo que tenía que hacer. En su estado y con las manos atadas, poco podía hacer. Sin embargo, sabía que su familia la estaría buscando sin descanso y hasta el momento habían logrado todo lo que se habían propuesto. «Y si no, que le pregunten a mamá cómo superó su cáncer».

En un acto de fe enorme hacia su familia, dando por hecho que la encontrarían, se giró sobre sí misma, encendió la linterna y agarró la botella de agua. Sin pensar más, destapó el tapón y se la bebió entera de un trago. Si había algún tipo de somnífero allí dentro,

desde luego no tenía sabor. Aquel trago le pareció a Valeria el mejor de su vida; al fin y al cabo, no sabía cuántas horas llevaba sin beber ni comer.

Tras soltar la botella, un cálido y profundo sueño invadió todo su cuerpo. No pudo ni moverse. Su cabeza quedó apoyada de costado sobre la plancha de la furgoneta; la linterna se le resbaló de los dedos y rodó durante varios centímetros antes de detenerse y alumbrar una esquina en la que Valeria no se había percatado. Aquel rayo de luz dejó a la vista una pequeña palabra escrita allí. Estaba borrosa, como si hubieran intentado quitar, pero era totalmente legible.

Las ganas de dormir que sentía Valeria eran las más intensas que había experimentado nunca. Luchar contra ese sueño era imposible. Sus ojos se cerraron, pero justo antes pudo leer aquella palabra que empezaba a dar sentido a todo: POLICÍA.

Marc

La fiebre no parabadesubir; Marc lo notaba. Sus dientes castañeaban, sentía dolor en todo el cuerpo al menor roce y notaba cómo todos los porosdesupielemanabancalor,comosi fueraunade aquellasestufas antiguas. La mano le dolía horrores, pero lo que le preocupaba de verdaderasutobillo.La vendaestabaya totalmenteempapadade rojo y sentía como si aquellos dientes de metal del cepo todavía estuvieran aferrados a su carne.

—¡Ha llegado a su destino! —vociferó el navegador del coche. —Menos mal… —pensó Marc en voz alta.
Era de noche y, como todo en el Valle de Tobeda, estaba poco

iluminado; sin embargo, los faros de su coche alumbraron una pequeña consulta médica. Era un edificio de dos plantas y por una tenue luz que salía por la ventana, Marc tuvo la impresión de que la doctora Martín se encontraba en el piso superior.

Se bajó del coche y, cojeando, se encaminó hacia la consulta. A lo lejos, había pequeñas luces que se movían por la oscuridad y el viento arrastraba los gritos de: «¡Valeria!», «¿Dónde estás?».

Marc agradeció el gesto de la gente del valle, pero pensó que jamás la encontrarían así. «Está secuestrada, no perdida».
Aporreó la puerta de la consulta con la mano izquierda, ya que la derecha estaba tan inflada que parecía que llevara puesto un guante de béisbol. Tras unos segundos, una pequeña luz se encendió en el piso de arriba, se abrió una ventana y la cabeza de la doctora Martín apareció, buscando el origen de los golpes.
—¿Pasa algo? —preguntó asustada.
—Necesito ayuda y creo que urgente —respondió el hombre con dificultad por el castañeo incesante de sus dientes.
—Ya veo —respondió ella, fijándose en su mano y en el vendaje del pie—. Ahora mismo bajo.
Un minuto después, la puerta se abrió y apareció allí la menuda pero agradable doctora.
—Pero, ¿qué ha pasado? ¿Sabéis algo de Valeria?
—Es una larga historia. Creo que necesito antibiótico y algo para el dolor. Y no, por desgracia, todavía no sabemos nada de mi hija —espetó Marc mientras las piernas le fallaban y evitaba la caída únicamente porque la doctora lo agarró por los hombros.
—¡Madre de Dios! ¡Tienes mucha fiebre! Vamos para la consulta.
Con muchas dificultades, la doctora consiguió que Marc se tumbara en una camilla. Él no era consciente de todo lo que estaba pasando a su alrededor; todo le daba vueltas. Sentía su cuerpo arder, como si un gran fuego fuera ganando fuerza dentro de su estómago y calentara hasta la última molécula de su ser. Sin poder evitarlo, los ojos se le cerraron y quedó profundamente dormido.

Pol

«¿Qué demonios quiere decir todo esto?». Pol no entendía nada. Agarró la foto de su hermana. Era reciente, de hacía tan solo un par

de días. Le habían sacado la fotografía mientras jugaba con Hulk en el jardín delantero de la casa. Su ritmo cardíaco estaba descontrolado. Aquello le daba miedo, pero miedo de verdad.

«¿Todo esto está conectado? ¿Es la misma persona que se ha encargado de secuestrar a todas esas chicas? Además… en todos los casos pone queel padre dela chica se suicidó…¿Papá correpeligro?».

Quiso llamar asu padrey, en el mismo instante enque ibaa marcar su número, el teléfono se apagó, dejándolo en la oscuridad de aquella casa, alumbrado únicamente por el resplandor de la luna que se filtraba por alguna de las ventanas. «Mierda, la linterna me consume mucha batería».

Buscó a su alrededor. La vista empezaba a adaptarse a aquella tenue oscuridady distinguió, sobreuna pequeña mesa, una silueta que parecía ser un candelabro con una vela. Palpó entre las sombras y comprobó al tacto que así era y, para su suerte, al lado había una caja de cerillas. Tras un par de segundos, aquella vela iluminaba toda la estancia.

Fue entonces cuando lo vio. En el otro extremo de la mesa había un libro, uno antiguo, con la tapa negra, sin ningún dibujo o título que pudiera dar alguna pista sobre su contenido. Pol se sentó en una silla y abrió el libro por la primera página. Necesitó solo un segundo para comprender que aquello pertenecía al secuestrador de Valeria. Leyó en silencio, casi sin respirar de lo tenso que estaba. Su cerebro trabajaba a toda máquina para procesar toda la información que estaba recibiendo.

Pasados unos minutos, lo entendió todo. Aquel libro era la pequeña pieza de aquel horrible y macabro rompecabezas que su familia estaba viviendo, lo que hacía que todo lo demás cobrara sentido.

Ya sabía quién estaba detrás de todo.
Salió corriendo de la casa con el libroagarrado confuerza. Necesitaba avisar a sus padres y no tenía batería en el teléfono; solo le quedaba

correr. Tenía que advertirles o su hermana no sería la única en perder la vida aquella noche. Sus padres, desde su desconocimiento, habían confiado en la persona equivocada desde el primer minuto. Esa persona era un monstruo, aunque se suponía que su deber era ayudar a la gente.

Marc

Despertó aturdido; sentía como si le hubiera pasado un camión por encima a causa de la fiebre. El dolor del tobillo y de la mano, que antes era insoportable, ahora había desaparecido.

Se incorporó en la camilla de la consulta de la doctora Martín y contempló que, tanto en el pie como en la mano, habían aparecido unos vendajes que le cubrían las heridas.

—Estabas hecho una mierda; no sé qué has hecho durante el día de hoy, pero si llegas a tardar diez minutos más quizá no habría podido controlar la infección de tu pierna.

La doctora apareció por detrás de la camilla. La consulta era pequeña, pero estaba muy bien equipada para tratarse de una población tan pequeña como la del Valle de Tobeda.

—Gracias, ha sido un día muy largo —respondió el hombre. —Supongo que estas heridas han sido causadas en tu búsqueda de Valeria. ¿Has descubierto algo? —preguntó la doctora mientras se sentaba junto a él en un taburete y le revisaba las pupilas con una linterna pequeñita.
—No… realmente, no. Creí encontrar una pista, pero resultó ser un callejón sin salida.
—Las heridas de tu mano son fruto de muchos golpes. Me veo obligada a preguntar… ¿quién recibió semejante cantidad de golpes? —preguntó con mucha prudencia.
—Diego —contestó Marc tras una pausa en la que meditó si revelar esa información o no.

—Oh, Dios mío. ¿Cómo está él? ¿Qué pasó?
—Diego está muerto.
—i¿Qué?!
—Pero no lo maté yo —se apresuró a contestar—. Se suicidó. Se puso el cañón de una de sus escopetas en la boca y se quitó la vida.
La mujer agachó la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.
—Fui a su casa al leer por internet que hacía años fue acusado de secuestrar a otra chica.
—Aquello le persiguió durante años… —respondió la doctora, repleta de tristeza.
—El caso es que encontré, junto a la casa, un coletero de Valeria. Y quise saber cómo era aquello posible, de manera que intenté que Diego se mostrara más comunicativo de lo que lo había sido hasta el momento —dijo mientras levantaba su mano vendada, dejando claro cómo intentó que Diego fuera más "comunicativo".
La doctora se puso en pie y se encaminó hacia la pica sin decir ni una palabra. Abrió el grifo y empezó a lavarse la cara. En aquel momento, Marc se fijó en dos marcos de fotos que se encontraban justo encima de su cabeza. En el primero se veía una pequeña casita en el valle y, justo enfrente, una niña, una mujer y un hombreposaban de forma muy divertida haciendo la señal de V con los dedos. «Su familia», pensó Marc.
Pasó la vista al siguiente cuadro y contempló un gran árbol junto al lago ya tres personas posandopara la cámara, perola única persona que se repetía en ambas fotos era la doctora; las otras dos personas eran dos hombres: uno vestido con el traje de policía y el otro era un hombre grande, fornido, con barba, que se parecía mucho a…
—¿Eran amigos? —preguntó Marc—. El de esa foto es Diego, ¿no? —añadió, señalando la fotografía con el dedo.
La doctora siguió la trayectoria del dedo de Marc y clavó la vista durante varios segundos en aquella imagen.
—Sí, éramos amigos. Muy amigos, de hecho.
—Lo siento muchísimo.
—Tranquilo. Éramos muy amigos cuando éramos jóvenes, antes de que todo se fuera al cuerno. Mi marido me abandonó llevándose a mi hija con él. No fui capaz de soportarlo y me marché. Durante

años intenté dar con ellos, pero fue inútil. Diego fue acusado del secuestro de aquella chica y, aunque finalmente se probó que era inocente, algo había cambiado ya en él. Y Andrés, el actual jefe de policía, cambió también drásticamente después de todo. Nunca supe el motivo, pero en aquella época parecía otra persona. Siempre había sido agradable y alegre; sin embargo, se convirtió en alguien arisco y desagradable. Por suerte, solo fue una temporada. Ahora vuelve a ser el que era. Pero fíjate si cambió que hasta tuvieron que suspenderle una temporada de empleo y sueldo.
—¿Cómo dices? —preguntó Marc, poniéndose tenso de golpe—. Andrés, el actual jefe de policía, ¿fue suspendido de empleo?
—Sí, pero tranquilo, fue una mala época y ya está.
—No, no, no, no lo entiendes —espetó Marc mientras se ponía de pie de un brinco de la camilla—. Diego me dijo, justo antes de suicidarse, que le tendieron una trampa hace años. Que dejaron una pista falsa que lo acusaba a él, como han hecho ahora de nuevo con el secuestro de Valeria, y añadió que aquella persona había sido suspendida de su empleo, pero que, incluso con eso, nadie llegó a sospechar.
—Santo cielo —respondió la doctora Martín—. ¿Crees que Andrés puede estar implicado en el secuestro?
—Ahora mismo es la única pista que tenemos y… ¡joder!
—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltada.
—Ana, mi mujer, está con él.
Marc salió corriendo hacia la puerta y, en cuanto apoyó el pie en el suelo, sintió de nuevo una oleada de dolor que le recorrió el cuerpo entero. Cayó al suelo de rodillas.
—No puedes conducir, esas heridas tienen que curarse —le reprochó la mujer.
—Tienes que llevarme a mi casa. Mi hijo me está esperando allí y quizá estén también ellos.
La doctora lo contempló durante varios segundos en silencio, sopesando todo lo que estaba pasando. Finalmente accedió.
—Está bien. Todo esto es muy raro y algo no encaja. Vamos a tu casa.
—Dame algo para el dolor. Necesito poder moverme. Dame algo que

me calme el dolor.
—Te he dado una gran cantidad de antibióticos y sedantes; si te diera más, quizá se te iría el dolor, pero puede ser que sientas ganas de dormir.
—Correré el riesgo. Dudo que me duerma sabiendo que la vida de mi hija está en juego.
—Como quieras —respondió ella mientras empezaba a trastear con un armario repleto de medicamentos y aparecía con un pequeño vaso de plástico con un líquido azul en su interior.
Marc se lo bebió de un trago y notó casi de forma instantánea cómo remitía de nuevo el dolor.
Un par de minutos después, estaban montados en el coche de la doctora y Marc no pudo evitar cerrar los ojos, preso del sueño.

CAPÍTULO 43
Ana

Andrés estaba serio; su rostro había cambiado. Ya no tenía el semblante relajado y tranquilo: ahora mostraba inquietud, como si una sombra hubiera caído sobre él y sembrado algún miedo en su interior. Cuando la señora González le lanzó aquella mirada, con aquella sonrisa y aquel tono tan irónico, algo cambió en el agente de policía.

Habían acordado retomar la investigación de Valeria y más adelante, la señora Gónzalez ya pasaría cuentas con la justicia.

Ambos estaban en el coche, volviendo a casa para intentar encontrarse con Pol y Marc. Ana había intentado llamarles por teléfono, pero se había quedado sin batería. Era de noche y el camino por el que iban no tenía ninguna luz; solamente podían ver lo que alumbraban los faros del coche. Iban en silencio, un silencio incómodo. Ninguno de los dos quería hablar de lo ocurrido hacía tan solo unos minutos.

Inmediatamente después de aquella especie de acusación de la señora González, el jefe de policía se puso de pie y quiso marcharse inmediatamente de la casa. Alegó que estaba en juego la vida de Valeria y que ya no iban a sacar nada más de aquella casa, ya que los casos no tenían nada que ver el uno con el otro.

No obstante, para Ana fue evidente que el viejo agente de policía estaba incómodo. En todo aquello había algo más, eso era evidente, pero como aparentemente nada de eso tenía que ver con Valeria, le pareció bien marcharse a encontrarse con su hijo y su marido. Estaba preocupada por toda su familia. No sabía nada de Marc desde hacía muchas horas y tampoco sabía cómo estaría Pol ni cómo habría reaccionado ante todo lo ocurrido, por no hablar de que Valeria estaba secuestrada vete a saber por qué clase de monstruo.

—Ya llegamos, tendrías que mirarte esa herida —dijo Andrés, rompiendo aquel silencio tan incómodo mientras le lanzaba una mirada de reojo a la pierna repleta de sangre seca y que todavía tenía el cinturón a modo de torniquete.

—Se ha cortado la hemorragia, aguantaré. No puedo perder tiempo antes de encontrar a Valeria.
El silencio volvió tras aquel breve intercambio de frases y, pasados unos minutos, llegaron a la bonita casa de madera junto al lago en la que se suponía que tenían que desconectar.
La casa estaba a oscuras, no había nadie dentro. «¿Dónde estáis?», pensó inquieta. Ella se encaminó hacia la puerta de la casa, pero se fijó en que Andrés estaba sacando del maletero de su coche un juego de esposas, una porra extensible y revisaba que su pistola estuviera cargada. Ella se detuvo en seco.
—¿Qué estás haciendo? —quiso saber ella.
Silencio por parte del policía.
—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella por segunda vez.
Seguía el silencio.
—¡Oye! ¡Vas a decirme ahora mismo lo que está pasando!
—Solo me preparo por lo que pueda pasar, eso es todo — respondió

justo antes de salir caminando hacia la casa.
El policía pasó por el lado de Ana sin mirarla.
«Esto no me gusta», pensó ella.
Al llegar a la puerta, agarró el picaporte y, de un tirón, abrió la puerta. Una bola negra salió corriendo hacia Ana y empezó a dar vueltasa sualrededor,repleta de energía. Hulk le diovarios lametones en la mano y se alejó varios metros para hacer pipí en el tronco de un árbol.
—¡Oh, Hulk! ¿Te has aguantado todo este rato? —le preguntó ella mientras le acariciaba el lomo.
El policía encendió las luces de la casa, todas las luces. Inició un barrido por todas las habitaciones. Cuando Ana entró en la casa, él bajó del piso de arriba.
—Aquí no hay nadie, mejor me marcho —espetó el policía.
Sin decir nada más, salió de la casa, se montó en el coche y se marchó. Ana se quedó con cara de tonta sin entender qué estaba pasando ni por qué el jefe de policía había cambiado su actitud de una forma tan drástica.
No había tiempo que perder. Puso su teléfono a cargar. Pasarían algunos minutos hasta que pudiera encenderlo y contactar con Marc o Pol, de manera que decidió atender la herida de la pierna.
Agarró un botiquín, aguja e hilo de un costurero que había en una de las habitaciones. La costura nunca fue su pasión, pero cuando era niña pasó horas y horas con su abuela haciendo punto de cruz. No le gustaba la actividad como tal, pero aquellos momentos los recordaba como un tesoro por ser tiempo de calidad que pasó con su abuela. Supuso que las puntadas serían igual en la tela que sobre su piel. Qué equivocada estaba. Desinfectó la aguja con alcohol y un mechero, pasóel hiloporel ojaly empezóa darsepuntadas.Porsuerte,la herida era limpia y no muy grande, pero cada vez que la aguja traspasaba su carne, se le erizaba toda la piel del cuerpo. El dolor de cada puntada era terrible, pero necesitaba cerrar la herida. Sabía que aquello erasolo un apaño y que aquel hilo no era el adecuado, pero necesitaba poder andar para encontrar a Valeria.
Un coche sonó en el exterior. Ana salió del cuarto de baño y, con una cojera bastante importante, fue hacia la puerta de casa. La aldaba

sonó un par de veces cuando llegó a la entrada. Al abrir la puerta, se llevó una decepción: esperaba ver a Marc, a Pol o incluso a Valeria. Allí delante estaba la doctora Martín.
—Ana, ¿cómo estás? ¿Sabéis algo de Valeria?
—Hola, doctora. No, no sabemos nada y tampoco sé nada de mi marido ni de mi hijo.
—Lo he visto hace rato, a tu marido.
—¿Qué? ¿Está bien?
—Sí, tranquila. Le he curado unas heridas. ¿Puedo pasar? —preguntó la doctora mirando hacia el interior de la casa.
—Sí, por supuesto —respondió Ana mientras se hacía a un lado— . ¿Dónde está Marc?
—Pues venía conmigo en el coche, pero ha querido bajarse un poco antes de llegar aquí para rastrear la zona en busca de pruebas. Parece ser que ha quedado aquí con tu hijo.
—Gracias al cielo —suspiró Ana mientras se sentaba con la doctora en el sofá.
—Tumaridomeha dichoquehas estadoinvestigandoconAndrés una pista sobre el paradero de Valeria. ¿Habéis podido sacar algo en claro?
—No. Intentamos visionar las imágenes de las cámaras de seguridad, pero resulta que estaban borradas. Alguien suprimió únicamente las imágenes del tramo en el que se llevaron a Valeria.
—Interesante —musitó la doctora mientras se llevaba una mano a la barbilla y se rascaba.
—Luego encontramos unos restos humanos en casa de la señora González.
—¿Cómo? —preguntó la doctora con los ojos como platos.
—Pero resulta ser una historia muy antigua que nada tiene que ver con Valeria —matizó Ana, levantando la palma de la mano hacia la doctora, pidiendo calma—. Aunque hay algo que no acabo de entender y me tiene intranquila…
—Dime, quizás pueda ayudarte.
—La señora González hizo un comentario extraño, como dando a entender que alguien la ayudó en aquel crimen que cometió y, tal y como lo dijo, me dio a entender que aquella ayuda le vino por parte

de Andrés. Y desde aquel momento, él se comportó muy raro, de forma muy extraña.
La doctora Martín bajó la cabeza, resopló y volvió a levantar la vista hacia Ana con una gran tristeza en los ojos.
—Supongo que sabes que Andrés y yo éramos amigos, ¿no? —preguntó sin dar tiempo a la respuesta, ya que siguió hablando—. Hace años, Andrés tuvo una mala época y fue sancionado de empleo y sueldo; las causas nunca llegaron a saberse, pero desde luego algo raro hay en todo esto. Además, eso que me has contado de las cámaras de seguridad. Por lo que tengo entendido, muy pocas personas pueden tener acceso al control de imágenes y, por supuesto, él, como jefe de policía, es una de esas personas.
Ana sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo.
—¿Crees que Andrés puede estar tras el secuestro de Valeria?
—No lo sé, querida, solo sé que algo en todo esto no me cuadra.
Un ruido a sus espaldas hizo que giraran la cabeza. Plantado en medio del pasillo y apuntándolas con la pistola estaba Andrés, con los ojos inyectados en sangre, las venas de la cara marcadas y un ligero temblor en la mano.
—¡Brillante, doctora! ¡Esto termina ahora!

Pol

Corría como nunca antes lo había hecho en su vida. Notaba cómo sus cuádriceps estaban inflados, como si estuvieran a punto de explotar por el esfuerzo. Los pulmones le dolían con cada nueva inhalación de aire y sentía dolor en el estómago al no controlar la respiración. Pero no podía parar, no podía detenerse ahora que sabía que sus padres también podían estar en peligro. Habían confiado desde el primer momento en la persona equivocada. «¿Cómo iban a sospechar?».

Giró en el camino y se encontró de cara con un coche de policía aparcado allí y a cien metros por detrás, vio la casa al borde del lago, con las luces encendidas y otro coche aparcado en la entrada.

Pol se frenó en seco, mirando hacia el coche de policía. Estaba aterrado y casi no podía respirar. Haciendo un esfuerzo enorme, retomó la carrera hacia la casa, esperando que no fuera demasiado tarde.

Ana

Andrés entró en el comedor apuntando fijamente a ambas mujeres; la punta de su pistola cambiaba cada pocos segundos de encañonar a la doctora Martín a Ana y de Ana a la doctora Martín. Estaba bajo el umbral de la puerta del comedor, con el pasillo y la ventana por la que se había colado a su espalda. Parecía nervioso y repleto de ira. Sus ojos estaban muy abiertos y desprendían odio, mucho odio. Ellas dos estaban indefensas y, en el caso de Ana, malherida. No podían contar con la ayuda de nadie, ni siquiera de Hulk para intimidar a aquel hombre; Ana lo había dejado fuera de casa para que le diera el aire después de estar tantas horas encerrado.

—Andrés, si estás así por lo que ha pasado en casa de la señora González, a mí me da igual, solo quiero a mi hija —dijo Ana, con las manos levantadas en señal de indefensión y utilizando un tono muy pausado con la intención de relajar la situación.

—¡Cállate, joder! —gritó el hombre—. ¡No tienes ni puta idea! —¿Tienes a Valeria? —preguntó la doctora Martín.
Aquello hizo estallar al policía que, repleto de cólera, cruzó la

estancia y, con un fuerte manotazo, le golpeó en la cara, tirándola al suelo.

—¡¿Cómo te atreves?! —le gritó él, colocándose justo encima de ella y apuntando directamente a la cabeza de la doctora.
Ana percibió movimiento. Algo se movió en el pasillo.
—¿De verdad borraste las imágenes de la cámara? —continuó la doctora—. ¿Tan bajo has caído?
Ana no quería mirar directamente hacia la mancha negra que se

acercaba por el pasillo, por si alertaba al agente de policía.
—¡Cállateya!Estoterminaahora—dijomientras quitaba elseguro de la pistola y volvía a encañonar a la mujer tendida en el suelo, con el rostro enrojecido debido por el golpe que había recibido.
Todo pasó muy rápido y, antes de que Andrés pudiera disparar, apareció Pol por su espalda. Llevaba un gran jarrón que había agarrado de uno de los muebles del pasillo. Con un rápido movimiento, lo estampó contra la cabeza del policía. El jarrón se hizo añicos, pulverizándose en cientos de pedazos que volaron por el aire juntoconalgodesangreprocedentedel policía,quecayó inconsciente en el suelo mientras la pistola volaba hacia atrás un par de metros hasta caer sobre la moqueta del pasillo.
Tras aquello, Ana salió corriendo para abrazar a su hijo, pero él se apartó de ella.
—Espera, mamá.
Giró sobre sus talones para recuperar la pistola y volvió corriendo al comedor, pasando al lado de Ana sin mirarle a los ojos.
Ana se quedó helada al verel semblante de su hijo. Había decisión, rabia y seguridad.
El chico se arrodilló y colocó su pistola sobre la frente de la doctora Martín.
—¡Me vas a decir dónde está mi hermana! ¡Hija de la gran puta!

Pol

«Ya te tengo, desgraciada», pensó Pol mientras observaba el rostro supuestamente inofensivo de la doctora Martín.
—Pol, ¿qué estás haciendo? —quiso saber su madre.
—¡Es ella! Esta mujer es quien se llevó a Valeria y quien es probable que haya hecho que a papá también le pase algo malo.
Pol vio en su madre una mirada de incredulidad. «¡Joder! ¡Tienes que creerme!»
—Te lo voy a repetir una última vez, ¿dónde están? —preguntó el chico mientras se ponía de pie y mantenía firme la pistola apuntando a su cabeza.

—Ana… haz que tu hijo se calme, por favor —espetó la doctora desde el suelo—. Sin duda tiene un brote psicótico. Yo no tengo nada que ver con esto.
—Ah, ¿no? ¡Explica esto entonces! —gritó Pol mientras, con la otra mano, se sacaba del bolsillo del pantalón un libro pequeño y se lo daba a su madre.
Ella empezó a pasar las páginas y a contemplar las fotos que había allí.Enaquel momento,miróaPol,estavezconunamirada cómplice, sabiendo que su hijo decía la verdad.
Ambos miraron a la doctora y vieron que su rostro era distinto. La habían descubierto y era como si se hubiera quitado la careta que había llevado puesta todo ese tiempo. Su semblante ya no mostraba cordura ni la mirada comprensiva de alguien que quería ayudar a todo el mundo. Ahora, reflejaba su locura interior.
—Si me matas, nunca los encontrarás —espetó con una sonrisa cínica en una boca que ahora parecía mucho más grande que antes.
—¡Hija de puta! —gritó Ana mientras se abalanzaba sobre ella y la agarraba por la pechera.
Ella empezó a reír a carcajadas. El sonido era fuerte y estridente. Ana golpeó un par de veces a la doctora en el rostro, pero ella no hizo ningún gesto de dolor; parecía no notarlo. Solo se carcajeaba.
—Está loca de atar—susurró Andrés desde el suelo mientras recuperaba el conocimiento. —No dirá nada. Ha sido ella desde el principio.
—¿Sabes? El mundo es muy injusto. Se van los mejores y los auténticos monstruos se quedan para seguir haciendo de este mundo un lugar mejor. Hacía esto por justicia; no es justo que solo suframos algunos. —rugió Rosa mientras miraba con asco al que fuera su amigo.
—¡¿Qué estás diciendo?! ¿Esto va de tus traumas? —le gritó Ana mientras volvía abalanzarse sobre ella. —Todos tenemos traumas y no por eso vamos destrozando la vida de los demás.
La doctora volvió a reír a carcajadas, estaba totalmente fuera de sí y no podía parar.
—¡¿Traumas?¡ —dijo Andrés pensativo mientras se ponía en pie con dificultades con un hilo de sangre saliendo de la herida de su

cabeza. —¡Ya sé dónde está Valeria!
—¿Dónde? —exigieron Ana y Pol al unísono.
—Su primer gran Trauma. Ese que le dejó una marca de por vida: ¡La chica está en el pozo del pueblo!

Marc

Marc recuperó el conocimiento. Sus ojos se abrieron de par en par, a la vez que inhalaba una gran cantidad de aire frío mientras todo su cuerpo daba un respingo. Sus ojos no eran capaces de enfocar una imagen nítida; solo podía percibir oscuridad. De pronto y sin previo aviso, como si se tratara de un golpe seco, la cabeza empezó a dolerle de tal manera que pensó que le iba a estallar, provocándole incluso pequeñas lágrimas.

Estaba tendido en el suelo gélido, encima de algo húmedo y blando. Empezó a tiritar y, por instinto, su cuerpo intentó ponerse en pie para alejarse de aquel frío que le había calado hasta los huesos y parecía congelarlo por dentro.

Finalmente, con muchas dificultades debido a las articulaciones entumecidas y a los vendajes que llevaba por el cuerpo, consiguió levantarse. Pocoa poco,suvisiónempezóa enfocartodo lo que había a su alrededor. Apreció que tenía vendados el tobillo izquierdo y la mano derecha.

Se encontraba al borde de un gran lago, rodeado de montañas. Entonces se percató de que aquella sustancia blanda sobre la que había estado estirado era el barro junto a la orilla. A su izquierda distinguió un gran árbol, que le resultaba extrañamente familiar, aunque no sabía explicar por qué. De hecho, no recordaba nada: ni dónde estaba ni como había llegado hasta allí.

Dio un paso hacia el lago y contempló la superficie del agua, intentando recordar. Permaneció absorto durante varios segundos mientras el agua ondeaba, reflejando la luz de la luna, una luna llena

que acababa de aparecer cuando una gran nube se apartó y la dejó visible. Entonces recordó.

Los terribles acontecimientos de las últimas horas pasaron fugazmente por su mente como diapositivas: los disparos, los gritos, la persecución por el bosque, aquel pobre hombre amordazado, la discusión con Pol, Ana dándole ánimos cuando más lo necesitaba y, finalmente, a Valeria. La pieza que faltaba en el puzle de sus recuerdos y que hizo encajar todo. Su niña, su pequeña llena de vida, llevaba dos días desaparecida y desde entonces él había vivido una auténtica odisea para encontrarla.

Su mente trabajaba a toda velocidad para unir todas las pistas reunidas en las últimas cuarenta y ocho horas. Sin embargo, faltaba algo que diera sentido a todo. De forma inconsciente, volvió la vista hacia el árbol y reparó en algo que antes le había pasado desapercibido: una pequeña caja de madera.

Chapoteando por el barro, llegó ella y, con manos temblorosas, la abrió con ansiedad y desesperación, esperando encontrar alguna pista sobre el paradero de su hija. Y así fue. Una nota y una cuerda lo aguardaban en su interior.

Querido Marc:
La vida no es justa, pero lo peor es que esa injusticia no se reparte entre todo el mundo. Yo perdí. Lo perdí todo. ¿Es justo que solo pierda yo? Creo que no. Ahora vas a perder tú. Te estaré observando y espero que hagas lo necesario para salvar a tu pequeña Valeria.
Me lo has puesto en bandeja, querido. Mi intención era buscarte más tarde, pero cuando apareciste en mi consulta y me pediste más medicación para el dolor, te administré un fuerte somnífero (el mismo con el que se secuestró a Valeria).
Ahora la pelota está en tu tejado: si quieres que Valeria viva, exijo una vida por la otra. No tardes, pues ella no tiene mucho tiempo.

—¿Cómo he podido estar tan ciego? —susurró Marc, decepcionado en voz alta.
Sabía lo que tenía que hacer para salvar a Valeria y no dudaría, sin importar las consecuencias personales que tuviera que asumir. Agarró la soga del interior de la caja y levantó la vista hacia el mismo árbol que había visto en diferentes fotografías. Ahora sabía por qué le resultaba familiar. Y con decisión, mientras hacía un nudo en la cuerda, se encaminó hacia él para salvar la vida de Valeria a cambio de la suya.

CAPÍTULO 48
Valeria, Ana y Andrés

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó Valeria, ya casi sin voz.

No estaba segura de cuánto tiempo llevaba despierta. Su sensación era de, como mínimo, unos treinta minutos, aunque era imposible saberlo con certeza, ya que los primeros instantes estuvo completamente mareada.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Pol! —continuó desgañitándose mientras golpeaba las paredes embarradas que la rodeaban.
Cuando el mareo remitió y fue consciente de la situación, recordó haber bebido aquella botella de agua que la dejó dormida en pocos segundos. La habían trasladado a otro lugar y liberado de las ataduras. Se encontraba en un espacio muy pequeño, húmedo y de forma circular. Lo dedujo después de palpar las paredes con las manos, ya que, por desgracia, la escasa luz que tenía se filtraba por el techo, a unos ocho o diez metros de altura.
«¿Un pozo?», pensó mientras tocaba el barro de las paredes y chapoteaba en el del suelo con los pies.
—¡Socorro!
Se estaba quedando sin voz. Cada nuevo grito le producía una quemazón en la garganta, pero, tenía claro, mientras siguiera viva, intentaría salir de allí como fuera. Ya había tratado de trepar por las

paredes, el barro lo hacía imposible y además, dudaba poder escalar tanta altura.
De momento estaba viva. Según la nota que leyó en la furgoneta, debía beber aquel líquido para quedar dormida y ser transportada al lugar donde iba a morir. Sin embargo, nada en aquel sitio indicaba una muerte inmediata.
«¿Qué pasará?», se preguntó ella.
Sin previo aviso, su pregunta fue contestada cuando el agua empezó a inundar el pozo.

Ana y Pol salieron corriendo hacia el coche de la doctora Martín. No podían perder ni medio segundo.

Con el pulso acelerado y la adrenalina creciendo a toda velocidad en el interior de su corriente sanguínea, Ana arrancó el coche y con un fuerte acelerón puso rumbo hacia la plaza de Tobeda.

Tenía todo el cuerpo entumecido y mucho dolor en la pierna que había tenido que coserse ella misma, pero gracias a Andrés habían descubierto dónde podía estar Valeria y estaba dispuesta a perder la pierna si con ello recuperaban a su pequeña.

—Mamá, ¿crees que Valeria estará bien? —preguntó Pol con un nudo en la garganta.
—Eso espero.

Andrés se sentó frente a Rosa. Él estaba todavía aturdido por haber perdido el conocimiento y se ofreció a vigilar a la doctora mientras Ana y Pol salían a toda prisa hacia el pozo.

—¿Dónde está Marc? Se te ha acabado el juego, Rosa. Van a sacar a la chica del pozo y encontraremos también al padre.
—¡Suéltame! —se quejó ella mientras daba tirones con las manos para intentar soltarse de las esposas que la tenían sujeta a la silla.
—¿Dónde está?
—Nunca llegarán a tiempo, te lo aseguro.
—Rosa, por favor… —suplicó él.

—¿Todavía no te has enterado? ¡Toda tu vida suplicándome! ¿De qué te ha servido? ¡Eres un mierda! Ninguna mujer querría estar con alguien como tú —escupió con asco en el rostro de Andrés tras lanzarle aquella frase.
—i¿Qué yo soy un mierda?! —respondió con rabia. —¿Lo dices tú? Que llevas no sé cuántos años destrozando la vida a la gente. ¡Inclusoa tusamigos!Ahoraloentiendotodo.Dimela verdad:la ropa que apareció en casa de Diego hace años, la prueba que hizo que todo el mundo lo acusara, la colocaste tú, ¿no?
—Por supuesto —respondió ella con una sonrisa cínica—. Aquel orangután había estado toda la vida tratándome con desprecio. ¡Me apuntó con una pistola! ¿Sabes la cantidad de noches que he tenido pesadillas con aquel pozo? La noche que nos viste en su casa, ¿para qué crees que había subido allí? Para incriminarlo.
—Yo siempretequise ysupongo que poresofui incapaz dedarme cuenta de que estabas detrás de todo esto —dijo él con la voz rota por el dolor—. Te quise ayudar siempre, incluso cuando Jaime te abandonó y se llevó a Maika.
Aquello enfureció a Rosa.
—i¿Cómo te atreves?! No tienes ni idea de nada. ¡No hables de Maika!
—Loquesíque séesquevas apagarportodostuscrímenes,Rosa. Te esperan muchos años en prisión, eso te lo puedo asegurar.
La doctora estalló de nuevo en carcajadas.
—Eso ni lo pienses.
Abrió la boca y con su propia lengua empujó uno de sus incisivos, que se separó de la dentadura para tragárselo con un ruido bastante desagradable de succión.
Segundos después empezó a convulsionar.

Ana y Pol se bajaron del coche. La plaza de Tobeda seguía repleta de escombros y desperfectos porculpa del aguacero de la tormenta, pero ellos tenían clavada la vista en el pequeño pozo ubicado en el centro.

—¡Valeria! —gritaron madre e hijo mientras llegaban a toda prisa al pozo.
—¿Qué es esto? —preguntó Ana al ver una placa de metal colocada en la parte superior que no le permitía ver el interior del pozo.
—Lo habrán colocado para que la lluvia no lo inunde —supuso Pol.
Ana intentó apartarla, pero pesaba mucho para ella. Sintió cómo la desesperación se apoderaba de todo su ser.
—¡Valeria! ¿Estás bien? —gritó mientras aporreaba la placa de metal y luego se quedaba en silencio esperando una respuesta que nunca llegó.
—Mamá, vamos, juntos —espetó Pol mientras colocaba las palmas de sus manos sobre el metal—. Una, dos y tres. ¡Empuja!
Ambos empujaron, no solo con el cuerpo, sino con toda el alma. La vida de Valeria dependía de que pudieran mover aquella placa y, tras varios segundos en los que parecía que no serían capaces, la placa empezó a ceder. Poco a poco, la arrastraron hasta el límite de la estructura del pozo, hasta que finalmente, con un gran estruendo, la placa cayó al suelo dejando al descubierto el interior.

Andrés estaba paralizado y no sabía cómo actuar. Tras tragarse aquel diente, Rosa empezó a convulsionar y producir espumarajos por la boca. Andrés intentó ayudarla, pero nada pudo hacer. En cuestión de segundos, Rosa Martín perdió la vida.

—¡¿Valeria?! —gritó Ana mientras se asomaba al interior del pozo.

Su corazón dio un vuelco al ver que absolutamente todo el pozo estaba anegado de agua.
—¡No, joder! —vociferó Pol mientras se subía al pozo y saltaba a su interior, perdiéndose así en aquella profunda oscuridad.
El corazón de Ana latía tan fuerte que parecía que en cualquier momento se le saldría del pecho. Muchas burbujas salían a la superficie. Pasaron varios segundos —que para Ana fueron como horas—viendo cómo el número de burbujas cada vez era menor, hasta que finalmente dejó de aparecer ninguna.
—¿Pol? —susurró con miedo, sin saber qué estaba pasando con su

hijo.
Tras varios segundos de silencio, y con una gran bocanada de aire, su hijo emergió de las profundidades de aquel oscuro pozo, salpicando agua en todas direcciones.
—Mamá, ¡Valeria no está aquí!

CAPÍTULO 49
Pol y Valeria

Estaban abatidos.
No sabían dónde estaban Valeria ni su padre. Quizás ya era demasiado tarde para los dos.
Madre e hijo iban en silencio en el coche, volviendo a casa con la intención de hablar de nuevo con la doctora Martín o encontrar alguna pista nueva en su diario.
Pol estaba envuelto en una manta que encontraron en el coche, y la verdad es que jamás en su vida había sentido tanto frío como en aquel momento. El agua estaba helada y se había sumergido hasta el
final del pozo en busca de cualquier pista de su hermana. Llegaron a casa y se encontraron con Andrés sentado en el suelo,
llorando en silencio, con lamirada perdida, mientras acariciaba el pelo
del cadáver de Rosa Martín.
—¿Qué ha pasado? —preguntó Ana, con lágrimas en los ojos por la impotencia de que absolutamente todo estaba saliendo mal.
Andrés salió de su ensimismamiento tras escuchar aquella pregunta y con una calma sorprendente, explicó lo ocurrido durante la ausencia de ambos.
—¿Quesehasuicidadocomoenlaspelículasde Hollywood?¿Con
una pastilla de veneno que tenía preparada en la boca? —preguntó Pol, sorprendido, tras escuchar el relato.
—Necesito estar solo —fue la respuesta del agente mientras agarraba el cuerpo inerte de Rosa con ambos brazos y se marchaba

de la casa—. Lo siento, pero no he podido sacarle ninguna pista más antes de que se suicidara —dijo antes de salir al exterior.

Pasados treinta minutos, Ana tenía el diario de la doctora Martín entre las manos.
—¿Qué haces? —preguntó Pol.
—Intento ver si podemos sacar de aquí alguna pista.
—No pierdas el tiempo. Escribe sus crímenes después de cometerlos en ese libro de muerte —respondió Pol, acariciando a Hulk, que había vuelto a entrar en la casa.
—Entonces, ¿qué hago? —Ana tenía los ojos llenos de lágrimas. Empezaba a asumir que quizá su marido y su hija ya hubieran muerto.
—No sé, pero leer no creo que ayude ahora. No creo que haya marcado en ese diario con una equis el lugar donde… ¡OH, JODER! —gritó el chico, poniéndose de pie de un salto.
«¡Joder! ¡Claro que lo ha marcado!»
—Mamá, creo que sé dónde están. ¡Voy a por ellos!
—¡Espera! —gritó ella, incorporándose con dificultad por la herida de la pierna que volvía a dolerle muchísimo.
—Mamá, me vas a retrasar. Creo que sé dónde están, pero tengo que ir ya. Andrés ha dicho que antes de morir le comentó que no llegaríamos a tiempo; eso significa que todavía no había pasado.
Se miraron a los ojos y su madre le abrazó con tanta fuerza, con tanto sentimiento, que Pol sentió como si sus dos almas se tocaran.
—Salva a tu familia —le dijo ella, con lágrimas en los ojos.
Sin perder ni medio segundo, el chico salió corriendo de nuevo, mucho más rápido de lo que jamás hubiera creído posible. En su mente solo veía un gran árbol con unas letras grabadas.

Valeria estaba cada vez más asustada. El agua entraba despacio, hasta que empezó a colarse con un gran chorro.

Primero oyó el sonido; algo similar al rumor de un río resonando en el interior de aquella cárcel cilíndrica. Después lo sintió en los pies. Agua. Mucha agua. Estaba helada y sintió como si decenas de

cuchillos se clavaran en su piel. Desde la hendidura del techo, por la que se filtraba la luz de la luna, el agua empezó a caer. En cuestión de segundos le llegó a las rodillas.

«¡Joder! ¡Voy a morir ahogada!»
—¡Socorro! ¡Me ahogo! —gritó mientras palpaba las paredes. Encontró una pequeña abertura en la piedra a la altura de la cadera

y clavó allí la punta del pie derecho para impulsarse. El agua le golpeaba la cara con fuerza y resbaló. Cayó hacia atrás, golpeándose la espalda y el trasero contra la pared. Notó un dolor punzante: algo en el bolsillo trasero del pantalón se le clavó en la piel.

Cuando el agua ya le llegaba a la cintura, metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto que no era consciente que tenía.
Un rayo de esperanza recorrió todo su ser al verlo.
Aquello era, literalmente, su última esperanza.

CAPÍTULO 50
Ana y Valeria

Hulk estaba hecho una bola en el centro del comedor, y Ana permanecía sentada en el sofá, dolorida por la pierna y desesperada por no tener noticias de Pol.

El perro dormía profundamente, cuando, de pronto, levantó la cabeza, puso las orejas en punta y dirigió la mirada hacia la ventana que daba al lago. Se quedó quieto, sin mover un solo músculo. Estaba expectante, esperando algo.

—¿Hulk? —le llamó Ana.

No hubo respuesta. Permaneció así hasta que con un respingo, se incorporó de golpe y empezó a ladrar. Corrió hacia la ventana y saltó por ella, continuando con los ladridos en el jardín.

Ana salió tras él, con el corazón acelerado. Conocía muy bien los ladridos de su perro; no siempre eran iguales. Variaban en sonido, intensidad y ritmo según lo que quisiera expresar. Lo que hizo que se le disparara el pulso fue reconocer aquel ladrido en concreto. Hulk solo ladraba así cuando jugaba con Valeria, concretamente, cuando jugaban al escondite en el parque o en la montaña.

En el jardín, el perro movía la cola, mirando hacia la casa. En cuanto vio aparecer a Ana, salió corriendo hacia los árboles junto al lago. Avanzó unos veinte metros, se giró para mirarla y soltó otro ladrido.

«¡Quiere que le siga!»
Ignorando el dolor de la pierna, Ana echó a correr tras Hulk.

Valeria ya estaba nadando en el interior del pozo. Con mucho esfuerzo, temblando por el frío extremo que agarrotaba todo su cuerpo,comounapequeñarana, semanteníaafloteallídentro.Ahora debía de estar a unos cinco metros de la hendidura de metal por la que entraba el agua.

Estabaamaneciendo y, gracias a la luz del sol, pudo ver que aquella hendidura era una reja metálica, como las que colocan en las alcantarillas, con muchas aberturas rectangulares por las que caía una cascada de agua.

Se mantenía a flote gracias a la fuerza de sus piernas y se equilibraba con el brazo izquierdo. El derecholo utilizaba para sujetar el silbato para perros con el que jugaba con Hulk, llevándoselo una y otra vez a la boca.

Hulk iba unos veinticinco metros por delante de Ana. Lo rastreaba todo: árboles, piedras, y olisqueaba todos esos pozos que iban apareciendo junto a la orilla del lago. Cuando se daba cuenta de que se alejaba demasiado de Ana, retrocedía hasta donde estaba ella para correr en círculos a su alrededor mientras ladraba. Era como si intentara animarla a seguir corriendo.

Pero aquello no estaba resultando una tarea fácil. La mujer se dio cuenta de que estaba dejando un rastro de sangre detrás de ella. Su pantalón estaba totalmente cubierto de sangre.

«Algún punto, o todos, habrán saltado», pensó al ver el reguero color carmesí que iba dejando tras de sí.
Le dolía mucho, pero algo le decía que Hulk la estaba llevando al lugar correcto.
Algo cambió. El ladrido de Hulk se volvió más fuerte, más potente, con más determinación, y salió como una flecha hacia un aljibe a ras de suelo, justo en la orilla del lago, que tenían a unos treinta metros de distancia. Ignoró todo lo demás y empezó a girar en círculosalrededordeaquelpozo.Anaapretólosdientesparaaguantar el dolor y aceleró el paso. Cuando quedaban unos quince metros, se dio cuenta de que el lago había crecido y una gran cantidad de agua estaba entrando en aquel pozo.
—¡Socorro! —escuchó que alguien gritaba desde el interior.
—¡¿Valeria?! —gritó desesperada Ana mientras caía de rodillas sobre la tapa del pozo.
Allí estaba su niña, con sus ojos tan bonitos como siempre. Ana sintió que el mundo se detenía; por fin, la habían encontrado.
—¡Sácame de aquí! ¡Rápido! —los dedos de Valeria sobresalían por las aberturas de la reja.
El pozo estaba casi al máximo de su capacidad; el rostro de Valeria quedaría cubierto de agua en pocos segundos. Solo podía sacar los dedos por aquellos agujeros tan pequeños.
«¿De verdad la he encontrado para verla ahogarse delante de mis narices?»
Palpó la reja buscando alguna manera de abrirla y encontró una pequeña barra de hierro con un asidero. Lo agarró y tiró de él. No cedía. Vio el rostro de Valeria bajo el agua; tenía la boca abierta, el agua le entraba en los pulmones, se estaba ahogando. Sus ojos, siempre alegres y repletos de vida, se estaban apagando.
—¡NO! ¡NO MORIRÁS AQUÍ! —gritó Ana mientras agarraba aquel asidero con ambas manos y clavaba los pies en el suelo para empujar con todas sus fuerzas.

Notó cómo le sangraban las manos y también sintió cómo la herida de la pierna se abría aún más grande, pero aquel hierro, cedió. Por la inercia, Ana cayó sobre el barro que rodeaba el pozo, pero se puso en pie de inmediato y levantó la pesada tapa de metal. Valeria se hundía y Ana tuvo que sumergirse hasta la cintura para poder agarrarla. Tiró de ella hacia arriba con todas sus fuerzas y ambas cayeron al suelo.
Valeria no reaccionaba y Ana empezó a temerse lo peor.
—¡Cariño! Estoy aquí, soy mamá. Estás a salvo —dijo mientras le daba suaves golpecitos en la cara.
Era inútil. Había tragado mucha agua y tenía que expulsarla. Se colocó sobre ella y puso ambas manos sobre el pecho de su hija para iniciar las maniobras de reanimación.
—¡Vamos, cariño!
No pasaba nada.
—¡Valeria! ¡Vamos!
No reaccionaba.
—¡Joder! ¡VAMOS!
El agua salió disparada hacia arriba y de manera instintiva, Valeria se giró sobre sí misma tosiendo y expulsando una gran cantidad de agua.
Pasados unos segundos, se quedó tendida boca arriba, respirando con dificultad, y entonces vio a su madre, sentada a su lado, llorando sin parar y mirándola. Los ojos de Valeria se llenaron de lágrimas de inmediato y se lanzó hacia el lugar más seguro que puede existir en el mundo: el abrazo de una madre.
Ambas se fundieron en una y, en aquel instante, pudieron comprobar que las almas pueden tocarse.

Marc

Metió el cuello por el lazo que había hecho en la soga. Había trepado por el tronco de aquel árbol enorme y estaba sentado, a unos dos metros y medio de altura, sobre una robusta rama a la que había

atado el otro extremo de la gruesa cuerda. Miró en todas direcciones en busca de la doctora Martín.

—¿Dónde estás? —gritó al aire mientras cerraba el lazo alrededor de su cuello.
Se disponía a dejarse caer. Sabía que aquella caída solo tenía un viaje de ida y sentía miedo, pero no podía no hacerlo. Estaba convencidode queaquellapsicópataloobservaba,escondidaenalgún matorral cercano. Las indicaciones habían sido muy claras: muere tú para salvar a tu hija.
Cogió aire, disfrutando de aquella inhalación, consciente de que iba a ser la última.
—Valeria, Pol, Ana… os quiero.
Se dejó caer.
El latigazo se produjo en el momento en que la cuerda se tensó. Sacudió todo su cuerpo, pero no cumplió con su objetivo. El cuello no se partió. Ahora tendría que esperar algunos minutos, minutos agónicos, hasta que la cuerda lo asfixiara.
Notaba cómo la vida se le escapaba poco a poco. Empezó a ver imágenes inconexas en su mente. «¿Son recuerdos? ¿Me lo estoy imaginando? Joder, me muero».
—¡Papá!
Notó cómo la presión de la cuerda sobre su cuello desaparecía. De alguna manera estaba elevándose de nuevo hacia la rama desde la que se había dejado caer. El oxígeno volvió a entrar en sus pulmones y sus pensamientos empezaron a aclararse. Sintió que alguien lo agarraba de las piernas y lo empujaba hacia arriba. Bajó la mirada y, rojo como un tomate, con las venas marcadas por el esfuerzo, estaba Pol.
—Pol… —espetó Marc con dificultad—. Tengo que morir para salvar a tu hermana.
—¡No! ¡Es una trampa! Usa esto, no podré levantarte mucho más —le gritó el chico mientras, con una mano, le acercaba un cuchillo.
Marc lo agarró con dificultad y empezó a cortar la soga por encima de su cabeza. Apenas tenía fuerza en los brazos y la mano vendada le dolía muchísimo, pero finalmente padre e hijo cayeron al suelo.

Ana y Marc

—Era ella desde el principio… la maldita doctora Martín —explicó Pol a su padre.
—Joder… y yo voy y me presento en su casa pidiendo ayuda.

Menudo imbécil soy —le respondió Marc.
—Bueno, no había manera de saberlo. Parece ser que llevaba años haciendo cosas así y tenía una gran facilidad para culpar a los demás. Tras descolgar a su padre del árbol, buscaron por los alrededores
a Valeriasinencontrar ningún rastro. Polpensóquela doctoraquerría que murieran ambos junto a aquel árbol del lago, un árbol que marcó
la vida y, sobre todo, la mente de aquella mujer. Finalmente, al no encontrar rastro alguno de Valeria, dieron por hecho que no estaría allí y asumieron que quizá no volverían a verla.
Ambos caminaron de regreso a casa mientras Pol le explicaba a su padre todo lo que había descubierto en aquella casita tras leer el diario
personal de la doctora Martín.
Tras cruzar una pequeña arboleda, vislumbraron la casa e inmediatamente tuvieron la sensación de que algo había pasado. Había muchos coches y mucha gente congregada alrededor de la casita de madera. Ambos se miraron y aceleraron el paso. Al llegar, todas esas personas que estaban en el jardín les lanzaron sonrisas y abrazos a Pol y a su padre.
—¡Enhorabuena! —dijo la carnicera que los había atendido dos días antes.
—¡Cómo me alegro por vosotros! —gritó un anciano mientras daba un fuerte apretón en el hombro a Marc.
—¡Gracias al cielo! —espetó una mujer que ninguno de los dos había visto en su vida.
—¡Pol! —sonó una voz entre la muchedumbre que le resultaba familiar.

Paula, la chica con la que Pol se marchó justo antes del inicio de la tormenta, apareció entre la multitud y abrazó al chico.
—Cómo me alegro de que todo haya salido bien —le dijo cuando le soltó.
Padre e hijo se miraron extrañados y luego miraron a la chica. —¿De qué hablas? — preguntó Pol.
—No… ¿no os habéis enterado?
En ese instante y de forma instintiva, miraron hacia la casa y allí la vieron. Valeria estaba apoyada en la ventana, mirándolos fijamente con una sonrisa de oreja a oreja.
Los dos salieron corriendo y entraron en la casa. Se quedaron plantados en la puerta del comedor, en el mismo punto donde horas antes Pol había golpeado al jefe de Policía, mirando con lágrimas en los ojos a Valeria. Todos se abrazaron. Marc rompió a llorar como no lo había hecho en toda su vida llenaba de besos a su pequeña. Pol sintió una felicidad real y auténtica, una felicidad que no experimentaba desde antes de su etapa de ansiedad y depresión. También rompió a llorar cuando notó los cálidos brazos de su madre, que se unía al abrazo familiar, y Valeria acercaba el rostro a su oído para susurrarle:
—Gracias por no rendirte, Polete.
Una hora después, la gente empezó a marcharse a sus casas, celebrando que finalmenteValeria no había sufrido ningún daño. Tan solo dos personas se quedaron con ellos: la alcaldesa, Lucía, y el jefe
de policía de Tobeda, Andrés.
—Parece ser que en un par de horas la boca de Tobeda ya estará disponible para circular —informó la alcaldesa.
—Fantástico —contestó Ana, que estaba sentada en el sofá abrazando a Valeria
—HemospedidoqueostrasladenalHospital UniversitarioMiguel Servet, en Zaragoza. Estáis todos hechos un desastre, repletos de heridas, golpes y moratones; pasaréis allí un par de días mínimo —dijo Andrés.
—¿Por qué lo dices? ¡Si estoy estupendo! —le respondió Marc, que tenía todo el cuello amoratado con la marca de la soga, los ojos

inyectados en sangre, cojeaba por la herida del cepo y tenía algún huesecillo de la mano roto.
Todos rieron. Fue una carcajada que les salió del alma. Después detantoestrésy miedo,sentircómounsolocomentariopodíahacerte reír era maravilloso.
—Veréis, tenemos que hablar —dijo Lucía, rompiendo aquel momento tan agradable—. En cuanto el túnel quede despejado vendrán las autoridades y querrán saber todo lo que ha pasado aquí. Antes, Andrés y yo hemos estado hablando y creemos que lo justo es
que intentar olvidar todo lo que habéis tenido que hacer para encontrar a Valeria.
—No entiendo —contestó Ana.
—Quizás sea mejor que hablemos a solas.
Ana le dio un beso a Valeria en la frente y le pidió a Pol que la acompañara al piso de arriba.
—Bueno —continuó Andrés con cierta cautela en la voz, una vez se marcharon Pol y Valeria—. Siguiendo pistas, habéis cometido allanamientos, coacciones y algunas personas han perdido la vida indirectamente por vuestras acciones.
—Sí, asumo toda la responsabilidad de mis actos —añadió Marc de forma solemne.
—¡No seas idiota, Marc! —espetó Lucía.
—No me queda otra opción.
—Bueno… supongo que podríamos intentar arreglarlo —matizó la alcaldesa.
—¿Cómo? —preguntó Ana, lanzando una mirada de súplica a su marido, dándole a entender que si les estaban ofreciendo una salida, debían aceptarla.
—Siempre podemos obviar todo —zanjó Andrés.
—¿Y la muerte de Diego? —espetó Marc, sintiéndose fatal por el fatídico desenlace de aquel hombre.
—Suicidio —le corrigió Lucía.
—Sí, se suicidó después de que yo estuviera una hora pegándole. Las marcas de su cuerpo no se podrán ocultar.
—Verás, la auténtica culpable es Rosa Martín. Así lo veo yo, al

menos. Parece que culpó a Diego, que era su amigo, de aquellas falsas
pruebas hace muchos años. Si no hubiera secuestrado a tu hija, tú jamás habrías ido a su cabaña pidiendo respuestas. ¿Qué pretendes? ¿Ir a la cárcel? No seas tonto. Tu familia ha sufrido mucho y pasará tiempo hasta que podáis olvidar esto. No quieras meter más piedras en la mochila —zanjó Lucía mientras se ponía en pie y apoyaba una mano sobre el hombro de Marc.
—Marc… tiene razón —afirmó Ana.
—Si me das el consentimiento, puedo hacer que en una hora el cadáver de Diego desaparezca de su casa. Te aseguro que jamás será
encontrado y que tus huellas serán eliminadas de aquella pequeña cabaña en la cima de la montaña.
Ana suplicaba a su marido con la mirada para que aceptara aquella salida; sin embargo, conocía bien su profundo sentido del honor y la justicia que tenía. Por su parte, Marc libraba una lucha interna. Sabía que lo correcto era confesar la tortura infligida a Diego y cómo esta había terminado en su suicidio. Pero pensó en sus hijos, en su mujer y en que, en realidad, la auténtica culpable había sido la doctora Martín.
—De acuerdo—dijo al fin— hagámoslo.

CAPÍTULO 53
Valeria

Todos estaban dormidos excepto Valeria. Sus padres y su hermano se habían quedado fritos en el sofá, a la espera de una ambulancia que llegaríaen un par de horaspara trasladarlos a un hospital en Zaragoza. Valeria no los culpaba; a juzgar por su aspecto físico y sus heridas, habían pasado mucho para intentar encontrarla y, seguramente, llevaban casi dos días enteros sin dormir.

Ella estaba en el suelo, acariciando a Hulk detrás de las orejas mientrasél ledaba pequeñoslametones enlasmanos.Notenía sueño; ya

había dormido demasiado por culpa de la doctora Martín.

«¿Por qué llevaría tantos años haciendo esto? Secuestraba a chicas y luego forzaba a los padres a suicidarse. ¿Por qué?» Pensó que jamás podría entenderlo, que aquellas preguntas quedarían siempre flotando en su mente y no obtendrían respuesta.

Hasta que lo vio.

Sobre la mesa había un libro pequeño y antiguo. Se levantó y lo agarró con manos firmes.
«¿Este es el diario del que hablaba Pol?»
Valeria lo abrió y se sumergió en la mente perturbada de la doctora Rosa Martín:
Pretendo plasmar mi vida en este pequeño diario, sabiendo que algún día, antes o después, me atraparán y no tengo ninguna intención de pasar por una condena. No hago nada malo, simplemente reparto "suerte" a todo el mundo. No es justo que la vida castigue tan duramente a algunos y mientras tanto, premie a otros. Yo solamente intentaba igualar las cosas. Y como sé que en el momento en el que me atrapen, todo terminará, quiero dejar constancia en este pequeño escrito de cómo ha transcurrido todo.
1989:
Estaba felizmente casada con Jaime y nuestra pequeña Maika tenía cinco años. Yo llevaba la consulta de Tobeda, como lo había hecho mi padre antes que yo. Éramos una familia respetable y contábamos con el apoyo de todo el mundo, en especial el de mis amigos Diego y Andrés.
Todo se torció una mañana de primavera, cuando yo me marché a la clínica y Jaime se marchó con Maika a jugar al lago. Mi pequeña empezó a perseguir un conejo que correteaba por allí mientras mi marido se despistaba leyendo a la sombra del árbol más grande que hay a la orilla del lago. Maika tropezó con una rama y cayó al lago. No sabía nadar.
Cuando llegué a casa me encontré a Jaime devastado y el cuerpo frío y sin vida de mi niñita sobre la mesa.

Entré en un estado de shock que me impedía aceptar la realidad. Para mí, era como si estuviera dormida y en cualquier momento fuera a despertarse. No lo aceptábamos. Por eso, no dijimos nada sobre la muerte de Maika.
Pasados unos días me desperté temprano y mi marido no estaba en casa. Salí en su busca y me lo encontré ahorcado en el árbol donde se había puesto a leer mientras nuestra hija se ahogaba. El muy cobarde no pudo soportarlo y se quitó la vida.
Me abandonó en mi dolor, me dejó sola. Por eso, cuando me preguntaron por mi familia, me inventé que se había marchado sin decirme nada y se había llevado a Maika. Supongoque,desde mi puntode vista, fue algo parecido a lo que ocurrió.
Enterré los cadáveres bajo mi casa.
1992:
Llegó al pueblo de vacaciones una familia absolutamente idílica. No pude soportarlo. Fue la primera vez que lo hice. Secuestré a la chica y culpé a Diego, colocando pistas falsas cerca de su casa a la mañana siguiente de acostarme con él.
1993:
Gané mucho dinero. La señora González me pidió que redactara informes falsossobre su hija. Quería que pareciera que tenía una de esasenfermedades raras y lohicea cambio de mucho dinero. Al pocotiempo, su hija murió poresa supuesta enfermedad. Creo que Andrés sospechó de mis informes, pero nunca llegó a confirmar sus sospechas.
1996:
Me suspendieron de empleo y sueldo por atender borracha a varios pacientes. Lo estaba pasando mal. Lo que hice a aquella familia me atormentaba por las noches, pero no me sentía mal por ello; más bien sentía en el pecho la necesidad de repetirlo. Así que aproveché el dinero que me dio la señora González para viajar por toda España.
1996-2026:
Durante estos treinta años he repartido justicia por todo el país. Cada vez lo hacía mejor, más limpio. Hasta que decidí volver a Tobeda. Allí estaba mi sitio.
2026:

Una familia de cuatro acaba de llegar. Ella será la siguiente, creo que se llama Valeria. Ya lo tengo preparado todo: la furgoneta, los conejos para dejar los mensajes y muchas ganas de ver cómo se reparte la suerte por igual. Creo que será divertido volver a acusar a Diego.

Valeria cerró el libro. Aquella mujer estaba loca de atar y por desgracia, había destrozado muchísimas familias, aunque por suerte, no la suya.

CAPÍTULO 54
Marc, Ana, Pol y Valeria

Una semana después de todo, abandonaban el hospital de Zaragoza. La herida de Ana había sido más complicada de lo esperado y Marc necesitó varias dosis de antibióticos a causa de sus heridas. Viajaban en coche, dirección Barcelona. Vuelta a casa.

Ana estaba feliz; al fin y al cabo, estaban todos bien. Marc se sentía culpable por dos motivos: el primero, por haber llevado a su familia al valle de Tobeda; el segundo por haber escurrido el bulto con lo ocurrido con Diego. No asumió su parte de culpa y al parecer, un incendio totalmente "accidental" había reducido la casa a cenizas con Diego dentro.

Pol había cambiado; ya no se sentía triste con la vida. Después de todo lo vivido, daba gracias por estar vivos y por tener toda una vida por delante, una vida que, sin duda, estaría repleta de oportunidades.

Y Valeria seguía siendo Valeria: una chica feliz, con ganas de comerse el mundo y agradecida por tener una familia tan fantástica como la suya.Aunqueaquella experiencia había sidoterrible y le había dejado en ella una gran cantidad de preguntas.

—Oye, hayvariascosasque noentiendodetodoesto—dijodesde la parte de atrás del coche, con su hermano a su izquierda y Hulk hecho una bola sobre sus pies.

—¿El qué, cariño? —preguntó Ana.
—Pues … creo que la doctora Martín no pudo secuestrarme. —
¿Cómo dices? —inquirió Marc.
—Ella no es muy alta y los brazos que me agarraron por detrás

eran más altos y mucho más fuertes. Además, estoy casi segurade que conseguí darle en la cara con el paraguas. Y ella no tenía ninguna marca.

—El paraguas estaba roto y con sangre en la punta —espetó Pol. —
¿Sabéis qué os digo? —preguntó Ana—. Me da absolutamente igual. Lo importante es que estamos bien y la culpable no volverá a hacernos daño. Mejor no darle más vueltas, ¿vale?

Se quedaron en silencio, pero aquellas preguntas persiguieron a Valeria durante los años siguientes. Algo no cuadraba, no del todo. Faltaba algo.

Apoyó la cabeza en la ventanilla y observó a lo lejos las montañas del Pirineo. Fue en ese instante cuando supo que algo había cambiado dentro de ella. Aquellas montañas, el secuestro, todo aquella la transformó y le dio una personalidad más fuerte. No le gustaba que quedaran piezas sueltas en el puzle, y fue allí observando aquellas cumbres, cuando decidió que sería policía y ayudaría a las personas a encontrar a sus seres queridos desaparecidos.

EPÍLOGO

Lucía estaba sentada en su despacho del ayuntamiento, contestando correos y atendiendo llamadas.
Llamaron a su puerta.

—Adelante.
La puerta se abrió y entró Andrés, el jefe de policía.
—¿Lo has hecho? — preguntó ella.
—Sí. He quemado la cabaña de Diego, junto con su cadáver y el de Pablo. Y también he hecho desaparecer la vieja furgoneta en la que retuvieron a Valeria, tal y como me pediste. Ya inventaré cualquier cosa en el informe para justificar que Pablo estuviera en aquella casa.
—Perfecto —musitó la alcaldesa. —Ha estado cerca. Si no hubiéramos convencido a esa familia de dejar correr el asunto, se habría investigado todo y entonces nos habría salpicado.
Se hizo un silencio tenso entre los dos.
—Esto no me gusta…—balbuceó el policía. —Pero realmente habría sido muy difícil justificar que la doctora retuvo a esa niña en una furgoneta en desuso, que yo, el jefe de policía, que llevo enamorado de ella desde mi niñez, le regalé hace unos meses. Y eso sin contar que uno de mis agentes sabía desde el primer momento que tu hermano estaba implicado y no intervino.
—Mi hermano ya está ingresado en un centro de desintoxicación de Madrid —zanjó la alcaldesa con frialdad.
—Sí, pero confesó contigo antes de marcharse. Espero que mantenga la boca cerrada allí.
La alcaldesa se puso de pie y golpeó la mesa con ambas manos, derramando una pequeña taza de café.
—¡Todo esto es por la puta droga! Por la puta droga que le suministraban. Primero ese niñato de Pablo y después la enferma mental de la Doctora Martín —gritó, roja de rabia. —Sí, mi hermano confesó. Me contó que la doctora le pidió que secuestrara a Valeria a cambio de grandes dosis de ese medicamento asqueroso con el que se drogaba. También me explicó que Pablo estaba al tanto de toda esta mierda, aunque no quiso participar. Para proteger a mi hermano, tuve que acceder a las cámaras de seguridad y borrar el video en el que se le veía llevándose a esa niña. ¡Estamos todos cubiertos de mierda hasta el cuello! Le he dejado muy claro a mi hermano que, por el bien de todos, debe mantener la boca cerrada.
Tras aquello, volvió el silencio.

Finalmente, el policía se levantó del asiento y se encaminó hacia la puerta, pero cuando tenía la mano sobre el pomo, la alcaldesa volvió a romper aquel silencio incómodo.
—¿Cómo supiste que era ella? ¿Cómo dedujiste que era Rosa?
El hombre se quedó rígido y con un movimiento lento se giró sobre la alcaldesa, reflejando una gran culpa sobre su rostro.
—La señora González me hizo ver que años atrás, Rosa aceptó un soborno para falsificar un informe médico. Creía conocerla y jamás habría pensado que algo así fuera posible. En ese momento, todas las piezas me encajaron. Intuición, supongo.
Tras estas palabras, el viejo policía salió del despacho de la alcaldesa de Tobeda y nunca más volvieron a hablar de lo ocurrido aquellos días.

AGRADECIMIENTOS

A lo largo de todo este proceso, han sido muchas las personas que me han apoyado y animado a continuar con este bonito proyecto.

Quiero dar las gracias a todos mis lectores beta, esos que leyeron el primer manuscrito y dándome una opinión sincera, me ayudaron a pulir la historia para hacerla mejor.

Gracias, Sara, por impulsarme y darme ánimos a lo largo de todo este proceso, en especial cuando aparecía el síndrome del impostor y me hacía pensar que no valía la pena seguir escribiendo.

Mención honorífica para mi amigo y compañero de equipo: Roberto, por haberme diseñado semejante portada para mi libro.
Y finalmente, pero no menos importante, le doy las gracias a mi compañero más fiel, mi perro. Gran parte de la historia se desarrollaba en mi cabeza mientras paseábamos por el parque. Gracias, Rocky.
Y, por último, gracias a todos esos lectores que habéis llegado hasta

el final de la novela. Gracias de todo corazón. Esta historia también es vuestra.